



LA MAGIA DE
CABRAL

FACUNDO CABRAL

Pla Ventura

La magia de Facundo Cabral

La magia de Facundo Cabral

2006. 1ª edición

Autor: Luis Pla Ventura

Diseño de la contraportada: Matías Aguiar

Corrección de estilo: Raquel Rico Andreo

Edita: *Area Oberta, s.l.*

Avda. Juan Carlos I, 63

Entlo. Local 5 • Tèl. 96 655 20 38 • IBI

Imprime: Esquermo

Nº Depósito Legal:

ISBN: 84-935451-0-4

Pla Ventura

La magia de
Facundo
Cabral



INTROITO

Unos amigos queridos, Antonio Granero y Miguel Ángel Agüera, apasionados por todas las cosas de la vida, como en realidad debe ser la existencia de un ser humano, tras la venida a Ibi del maestro Cabral, me sugirieron la idea de que las vivencias del cantor argentino en nuestro pueblo, quedaran inmortalizadas en un pequeño libro. Ambos, embelesados por lo que supuso la actuación de Facundo Cabral en nuestro pueblo, se ilusionaron en que con un libro, legáramos a generaciones venideras lo que supuso el paso del maestro Cabral en nuestra tierra querida. Lógicamente, Granero y Agüera me encomendaron tan bella tarea puesto que sabían mejor que nadie de mis relaciones de afecto con el maestro. La Concejalía de Cultura, con la anuencia de nuestra alcaldesa, la señora Mayte Parra, así como el resto de los componentes del Excmo. Ayuntamiento de Ibi, me cursaron la invitación para tan noble fin y mejor tarea. Era, sin duda alguna, el mejor halago que pudiera recibir en mi vida: armar un libro en torno a la filosofía de Facundo Cabral, el cantor argentino que confesaba entre tantas cosas que cualquiera tenía que ponerse de pie escuchando a Wagner.

Es notorio que semejante honor, lo recibí con el mejor agrado; con la ilusión de un niño pequeño ante la llegada de su juguete preferido. Convengamos que hablar de Facundo Cabral siempre es reconfortante y tratándose de inmortalizar lo que supuso tener entre nosotros al cantor más grande de toda Hispanoamérica, el lujo, para mi persona, era algo indescriptible. Recordemos que, Facundo Cabral cautivó tanto y de tal manera que, los que estuvieron presentes, todavía siguen emocionados y, los ausentes, quedaron expectantes ante lo que les habían contado. Había que darle forma a la idea y en estos meses, para tal menester viví.

Me ilusionaba hacer algo muy sencillo, como en realidad es la grandeza intrínseca del maestro Cabral que desposeído de todo bien material, sus pertenencias, caben todas en una pequeña mochila que siempre lleva consigo. Su tesoro es él; justamente, todo lo que anida dentro de su corazón. Ese Facundo Cabral que decía: **“¡Qué cosa tan extraña el hombre! Nacer, no pide, vivir no sabe y morir no quiere; ¡qué cosa tan extraña el hombre!”**

Por esta razón, sabedor de los gustos del maestro, me fascinaba la idea de inmortalizar su viaje a Ibi. ¿Qué decir de él cuando, de su persona, el mundo lo ha dicho todo? Siendo así, entendí que realmente, el protagonista auténtico era Facundo Cabral. ¿Qué hacer? Ante todo, sugerirle al maestro alguno de sus mejores textos que, como lección inenarrable, podría servirnos a todos y, así lo hice. Junto al maestro, con sus letras, podremos extasiarnos en este paseo por el universo que él nos regala; deleitarnos con los pasajes más hermosos de su prosa; conocer a tantos personajes que, tras leerle, comprenderemos su mundo y sus anhelos. Cabral escribió estos textos en la Guadalajara de Arreola, pero su verbo es capaz de pasearnos

por el mundo; ese mundo que él tantas veces ha recorrido y en el cual, ha conocido a personajes extraordinarios, los cuales nos los presenta con una nitidez tan maravillosa que, por un momento, tenemos la sensación de haber convivido con ellos. Por tanto, el libro, será un homenaje de Ibi hacia el maestro y, de tal manera, el mundo, una vez más, podrá deleitarse con su narrativa extraordinaria. Nos preocupaba el título; barajamos infinidad de ellos y, al final, la lógica nos dijo que, **LA MAGIA DE CABRAL** sería el título que lo podría resumir todo. En definitiva, este será un libro mágico puesto que, el noventa por ciento de sus textos, los ha parido Facundo Cabral.

Ante este evento apasionante, al amparo del mismo, existe una persona en el mundo que como autoridad en materia, podía y debía decir todo lo que sabe de Facundo Cabral, que irremediablemente, es el todo. Ella es Ingrid Matta, médico homeópata colombiana, persona extraordinaria, de vasta cultura, amiga del alma y, como explico, la mejor conocedora de la vida y obra de Cabral. Ingrid, con la ternura que le caracteriza, cuando le propuse que fuera ella la que escribiera el prólogo, se me quedó atónita; Ingrid Matta no lograba entender que, con la de millones de personas que existen en el mundo, fuera ella la que gozara del honor que, para ella suponía narrar en un libro armado en España y que, a su vez, pudiera hablarnos de aquello que tanto sabe; de la filosofía de Facundo Cabral. La elección estaba clarísima; Ingrid Matta tenía que ser la gran protagonista de la historia y, junto a Cabral, deleitarnos con su verbo pleno de amor, de sabiduría, de encanto, de enormes conocimientos en la vida y obra del maestro que con toda seguridad, deleitará a nuestros lectores. Ahora, a modo de confesión ante Ingrid, debo decir que, alguien muy cercano a ella me sugirió la idea del prólogo con sus letras y la dicha, tras leer lo que ha escrito, debo de confesar que es inmensa.

Estas letras, amigo lector, no son otra cosa que la gratitud hacia los que han hecho posible este libro: El Excmo. Ayuntamiento de Ibi como entidad, y las personas que de forma altruista, han querido sumarse a este lindo homenaje que Ibi, le rinde al maestro Facundo Cabral. Mi gratitud, ante todo, al maestro que, ilusionado, ha querido regalarnos sus sentimientos con sus letras, prueba evidente de que, pasados algunos meses, Facundo Cabral, viajero incansable por el mundo, sigue gozando del cariño que Ibi le profesó; a Ingrid Matta que, con su prólogo, adornará y enganará esta obra que sin ella, no sería nada; al señor concejal de Cultura, Antonio Granero que, de forma apasionada, me inculcó tan bella idea; a Raquel Rico, encargada de las correcciones, maquetación y supervisión de todos los textos. A todos, mi gratitud más sincera y mi más grande afecto y respeto.



Confieso haber trabajado de forma apasionada en este libro que con toda seguridad, no me pertenece; primero porque, lo que uno hace, automáticamente, ya es patrimonio de los demás y en segundo lugar, porque mi persona, en esta ocasión, sólo puede aparecer como un pequeño adorno para el libro puesto que, los grandes protagonistas no son otros que Facundo Cabral e Ingrid Matta. Para ellos, mi abrazo más entrañable. Si mi ilusión ha valido la pena para que este libro sea una realidad, con ello, me sentiré el más dichoso de los mortales. Ibi y Cabral merecen este libro y mucho más. Nos queda, desde España, mostrarle nuestra gratitud más sincera al maestro Cabral y a su vez, tener la dicha infinita de ser los primeros en el mundo que tras una actuación suya, nos motivara de tal modo que, como ven, ha nacido este humilde libro. Y digo humilde porque la grandeza de Cabral, jamás podría entenderse sin la humildad que a tan gran hombre le caracteriza. Posiblemente, el mensaje que nos legara Facundo Cabral cuando estuvo entre nosotros, unido a la bendición Divina, todo ello ha motivado que desde España naciera **LA MAGIA DE CABRAL**.

PRÓLOGO

Voy a contarles que días atrás fui sorprendida gratamente por mi entrañable amigo Pla Ventura. Me refiero al momento en el que me sugirió que le prologara su nuevo libro en el que nos detallará los pormenores de la inolvidable visita de un hombre tan singular y extraordinario como es Facundo Cabral, a su amada España el día 30 de abril de 2006 y la fantástica entrevista que le concediera anterior al concierto, enriquecida además con algunos de sus escritos inéditos hasta este momento que, en un acto de amor, Facundo le ha entregado.

Pla y yo nos conocimos en un grupo muy hermoso, en el cual seguimos la filosofía de Facundo Cabral, grupo al que solemos llamarle la casita azul, de esto hace ya más de cinco años, Pla Ventura, captó toda mi atención desde el primer momento que lo traté, posee una personalidad encantadora, arrolladora diría yo; de gran sensibilidad espiritual, y un gran sentido humano, y su esencia es el amor. Un tipo singular donde los haya. Me siento dichosa y profundamente agradecida con Dios por permitirme conocerlo, porque Pla Ventura se convirtió para mí en mi mejor amigo, para toda la vida. Después de recorrer el camino de la amistad, he descubierto en él, un ser lleno de verdades, de transparencia, de sentimientos lo suficientemente

claros, intensos, importantes y profundos, como para pensar que soy privilegiada al ser su amiga. Desde entonces siempre ha habido entre nosotros una gran empatía, y especialmente nos une nuestra admiración por el maestro Cabral. Diría que descubrí que vibramos en la misma frecuencia. En el momento que me contara que había escrito otro libro sobre el maestro, libro que se titulaba, *Mi encuentro con Facundo Cabral*, basado en una entrevista que le concediera el Maestro desde México, sentí fascinación, fue un libro bello, y ahora luego de un gran esfuerzo del que soy testigo, logró que el maestro volviese a España, y que como fruto de su nueva visita se gestara este nuevo gran libro.

Antes de proseguir quiero agradecer a Dios, por unirnos en el aprecio y admiración de la obra de un trovador, un cantor para siempre, un poeta de la vida que ama tanto al hombre como lo amó su madre Sara. Este hombre sabio que nos habla de Dios, que es todo hombre con la frescura y el vigor de un hombre nuevo, porque el hombre nuevo nunca llega, siempre está. Siempre he creído que para poder hablar de algo o de alguien primero debe conocersele. He de reconocer que le he seguido desde mucho tiempo atrás, digamos que veinte años, dada la gran influencia que ha tenido Facundo Cabral en mi vida, siempre estuve atenta a su mensaje como si presintiera que en él encontraría la clave de algo muy importante, y así fue. Que alegría y ligereza siente mi corazón desde entonces.

Le conocí por vez primera en San José de Costa Rica, a fines de septiembre de 1992, por esas bellísimas casualidades que nos regala el Universo me encontraba ahí en ese momento, y pude asistir al concierto que diera en el Teatro Nacional, de ahí salí más cautivada aún. Al día siguiente me fui de caminata por la Plaza de la Cultura y mientras apreciaba las lindas

y coloridas artesanías, algo inesperado vieron mis ojos: Facundo iba rumbo al hotel donde se hospedaba abriéndose paso entre músicos que tocaban alegremente una marimba, lo seguí con mis ojos y luego decidí abordarlo para darle mis agradecimientos por el extraordinario acontecimiento que había vivido la noche anterior y del cual, él había sido el protagonista. Fue mi primer contacto personal con él. Desde entonces le seguí con más vehemencia...

Por Cabral siento un profundo respeto; he procurado que nada de este hombre sabio se me escape; escucharlo es mi gran pasión y podría asegurarles que a partir del momento en que le conocí, mi vida cambió para siempre en muchos aspectos.

Unificador, pacifista, Facundo posee una belleza espiritual cautivante, y su vida está llena de tantos matices al igual que un fino manto de nácar, nácar que debe en gran parte su fuerza, resistencia y flexibilidad a su estructura interna, el nácar ha fascinado a todos porque sus reflejos irisados proyectan luminosidad, y en este caso hasta la belleza de su alma...



De Facundo Cabral se han dicho muchas cosas a su favor, pero aún así, siento que nunca lograremos dimensionar su grandeza, hablar de Facundo, me motiva, me emociona, me conmueve. Cada vez, aun escuchando el mismo mensaje, descubro cosas nuevas, es como leer entre líneas, como una fuente inagotable de sabiduría. Definitivamente nadie es como él.

El maestro es toda una leyenda; ha pasado su vida entera, componiendo y peregrinando, haciendo gala de su desprendimiento y el uso de su profundo sentido de libertad puesto que ningún sitio lo retiene, convirtiéndolo en un nómada incansable, lo que le ha permitido llevar su pensamiento y su arte alrededor del mundo. De él podemos decir que de no estar convencido de lo que dice, no lograría contactarse tan fácilmente con el público y sus seguidores, ahí radica gran parte de su éxito. Sus relatos están impregnados de sabiduría y sensibilidad, que unas veces nos transmite con un humor fresco, y otras con gran solemnidad, sus relatos no pierden vigencia. A él particularmente no le preocupa ni le angustia el modo cómo se comunicará con el público desde el escenario, con su guitarra como única acompañante. No suele llevar nada preparado, simplemente se deja fluir cuando ingresa al escenario. Con su absoluta transparencia logra ese contacto íntimo entre él y su público, es casi como una comunión, como el mismo suele decirlo y es por eso que el no necesita romper el hielo, porque el público lo percibe y él está ahí para contarnos su propia historia que es fascinante y se convierte en puro gozo. El lo llena todo, lo ilumina todo, diría que tiene luz propia.

He encontrado y admiro la gran coherencia entre lo que canta, siente, dice y vive, es un creativo convencido de lo que hace por lo que el público cree lo que él está diciendo o cantando. Facundo nos habla de que existe una realidad diferente

a la que el hombre moderno está viviendo, nos habla de un nuevo estado de conciencia, de una conciencia que nos hace descubrir que hay una armonía perfecta en la relación hombre (vida, hombre)—cosmos. Su única religión y en la cual es un doctor, es el Amor; a partir de ahí, ha logrado compartir sus vivencias con gente de todo el planeta, ha visitado más de ciento sesenta y cinco países, y ha regresado a muchos de ellos una y otra vez; ha convivido con diversas culturas e ideologías políticas. Su secreto está en que practica la única religión universal que no es otra que la del Amor, la más perfecta porque lo abarca todo. Nos recuerda cómo el hombre, la vida misma, el cuerpo, la naturaleza, están en constante renovación, y como respetar y amar cada momento, cada lugar, cada cosa, cada ser y de esta manera poder llegar a sentirnos nuevamente livianos, más amorosos, más libres, mas plenos.

De él se podría decir que ha vivido intensamente y que cada experiencia la ha convertido en una ganancia, acumulando tanta riqueza con los tesoros más grandes del universo como son la felicidad, la paz, la plenitud, el amor, y la libertad... Tengamos en cuenta que ha utilizado todo su potencial, su inteligencia clara y su conciencia para vivir en plena concordancia con su sentir y ha sabido transmitirlo a todos, porque como bien lo dice él mismo: ***“esto no es mío, no me pertenece, lo que uno hace no es de uno, yo estoy contando una experiencia que es válida para cualquiera, no tendría ningún derecho a apropiarla...”*** descubriremos entonces que estamos ante un hombre dispuesto a compartir, no para convencernos sino para, a través de sus vivencias, ayudarnos a mejorar nuestras propias vidas.

Me gusta llamarle genio por sus ideas, por esos destellos de imaginación iluminada, por su originalidad desbordada, en realidad es un ser de extraordinaria sabiduría puesta al servicio de

la humanidad. Yo diría que es un gran místico de nuestros tiempos, también un sabio, filósofo, y poeta. Es muy claro que tiene una visión poética de la vida, pero no se siente un iluso porque la vida, ante todo es un poema, “Se feliz, no le pidas permiso a la razón” suele decirnos.

Da gusto verle tan calmado, tan sereno, y no hay duda que es un gran armonizador; su vida es una constante celebración. He ahí un gran contraste con el hombre moderno que parece estar dividido interior y exteriormente, porque se encuentra en un constante conflicto. En la medida en que usted, respetado y querido lector, se adentre en su obra, narrada con la destreza y fluidez de la incomparable pluma de Pla Ventura, un gran conocedor de su vida y obra: irá descubriendo como nos proyecta al amor y a la unidad, como nos descubre la opción de elegir un mundo nuevo y extraordinario a través de situaciones aparentemente triviales del diario vivir y nos enseña como es de enfermizo pensar una cosa y hacer otra, lo que nos produce conflictos constantes. El nos muestra cómo es posible ser coherentes con la coherencia, cómo tener una percepción más universal y disolver la ilusión dualista de felicidad y tristeza, de



éxito y fracaso, para alcanzar los más altos estados de conciencia que sólo es posible cuando ejerciendo nuestro derecho de ser libres, dejamos nuestro ego. Sólo así podremos lograrlo.

Alguna vez se escribió en la portada de su primer disco publicado en Argentina, de Bob Dylan “¿poeta o profeta?” Y esto tiene mucho de cierto, creo que difícilmente podremos ubicarlo dentro de una categoría específica, dado que es un hombre multifacético, multidimensional...

Definitivamente, Facundo es un nuevo tipo de místico que además se interesa por los acontecimientos mundiales, es capaz de indicar a los demás con absoluta claridad las técnicas para seguir el sendero, combina mente y corazón, inteligencia y sentimiento.

“Gracias a mi obra, mi tiempo se extenderá en los demás, por eso cada cosa que escribo es un dibujo en la eternidad.”

Influenciado profundamente en lo espiritual por Jesús, Ghandi y la Madre Teresa, en la literatura por Borges su gran amigo, y Withman; su vida toma un rumbo espiritual de observación constante a todo lo que ocurre a su alrededor, no conformándose siempre con lo que ve, y su carrera como cantautor toma el rumbo de la crítica, incomodando a algunos pero como contraste cautivado cientos de corazones.

“Me he transformado en un hombre libre, es decir, que mi vida se ha transformado en una fiesta que vivo en todo el mundo, desde la austeridad del frío patagónico a la lujuria del Caribe, desde la lúcida locura de Manhattan al misterio que enriquece a la India, donde la Madre Teresa sabe que debemos dar hasta que duela.”

“Cuida el presente porque en él vivirás el resto de tu vida. Libérate de la ansiedad, piensa que lo que debe ser será, y sucederá naturalmente.”

En reconocimiento a su constante llamado a la paz y al amor, en 1996 la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) lo declaró “Mensajero Mundial de la Paz”

“Para tener una visión equilibrada del universo debemos escuchar todas las voces y nuestra intuición, donde todos somos sabios. Sabiduría es comprender y justicia, armonizar diferencias.”

El oficio de cantor es una de sus extensas meditaciones: ***“Ser cantor no es un oficio, es ser espía del viento, pues se canta con su voz, que es Dios repartiendo el verbo”.***

Desde siempre sentí una gran fascinación, por los cerezos en flor y en Facundo descubrí la magia de convertir los inclementes inviernos en eternas primaveras. Les contaré ahora como he logrado hilvanar esa fascinación de los cerezos en flor con lo que representa para mí ser interior, la vida y obra del Maestro:

Japón es el testigo de este milagro año tras año: aún no terminaba la guerra, y los árboles de cerezo se empecinaban en florecer nuevamente. Debieron haber ignorado el paisaje mustio que los rodeaba, ellos insistentemente seguían preparándose instante a instante para su floración que era inevitable pese a la guerra, aún la sombra de la muerte no los podía cubrir, tenían el privilegio de seguir vivos, pese a todo el terreno estaba aún fértil, así tendrían la oportunidad de engalanar el pai-

saje con su sublime florecimiento. En un sitio donde parecía no haber esperanzas, la vida llenaba cada árbol, cada rama, con todo su esplendor. Delicados racimos en flor empezaban a abrir por doquier, y la suave brisa iba esparciendo cada pétalo como una señal de esperanza. Estos árboles, año tras año han soportado los fríos más intensos para florecer nuevamente y cuando aparezcan indefectiblemente llenarán de amor, alegría a muchas personas y sin duda habrán esparcido su suave fragancia y sus delicados pétalos y llegará la brisa nuevamente y poco a poco se llevará consigo los pétalos y juntos crearán una danza, la danza de la vida, una oda a la alegría, y descenderán gozosamente para convertirse ya desde el suelo en el tapiz más fino y maravilloso que pudiésemos imaginar y parecerá entonces que ha florecido el suelo, como un regalo de la tierra y se fundirán nuevamente uno a uno todos sus pétalos para abonar el terreno donde la primavera siguiente volverán a florecer perpetuamente los cerezos... y entonces... escuchando el corazón exhala una fragancia del espíritu de la paz.

Y así como una capa de pétalos sobre otra capa de pétalos forman un tapiz, así mismo lo escogió mi corazón como modelo de vida espiritual, así como un monarca de las flores, el cerezo, simboliza el espíritu de un campeón de la vida que vive plenamente hasta el fin.

La obra y vida de Facundo Cabral, nos invita a danzar con las estrellas, a fundirnos con la luz, a sentirnos uno con el todo, a renacer cada día, a desprendernos, a servir, a amar lo que hacemos, a amar a todo y a todos, a meditar en silencio, a disfrutar de este paraíso que es la tierra, a dejar de juzgarnos y juzgar, a sumergirnos en el amor para proyectarlo luego al mundo y así juntos construir un mundo nuevo, más humano, ***¡Sí Señor!***

Mi ser se siente honrado y agradece tu invitación para prologar tu nuevo libro, *Pla Ventura* y esta obra tiene su éxito asegurado ya que el universo en su infinita sapiencia ha unido a dos seres extraordinarios. Me refiero a ti y al maestro Facundo, por lo que presiento que este libro será maravilloso y para todos aquellos que asistieron o no al concierto, será un documento valiosísimo que les aportará mucho a sus vidas.

Pla Ventura y yo estamos seguros que esta obra, de este estupendo facilitador, le llegará a quien le tenga que llegar, y será lo que tenga que ser en el proceso evolutivo de cada ser. Nuestro deseo no ha sido otro que mostrar un testimonio de su vida y su proceso.

Gracias a los dos por enriquecer grandemente mi vida, y como dijera el ilustre escritor colombiano, Premio Nóbel de la Literatura 1982, Gabriel García Márquez, *¡El verdadero amigo es quien te toma una mano y te toca el corazón!*

Siento que debo incluir este texto que bien podría ser el resumen de esta obra:

Espíritu Santo: que no se me olvide que soy uno con Dios. En la unión de mis hermanos con mi Ser y en Eterna Paz y Santidad... que no se me olvide.

Y para concluir, querido lector, al adentrarse en esta fascinante obra, usted irá descubriendo las múltiples facetas y sorpresas que nos ofrece el maravilloso Facundo Cabral.

Me gusta volver a España, porque allí reina la alegría, dijo...

Desde Santiago de Cali, Colombia, mi país, que tanto amo y donde Facundo Cabral es un ídolo, porque ha logrado ganarse el amor, respeto y admiración.

Ingrid Matta

LAS CONFESIONES DE FACUNDO CABRAL

La fecha, el 30 de abril de 2006, será inolvidable para España y, mucho más, para este pueblo alicantino que en el mundo se le conoce como Ibi (Alicante), ciudad industrial, trabajadora y abnegada que no regateó esfuerzo para que, en uno de sus teatros, en dicha fecha, albergáramos al maestro Facundo Cabral para que nos deleitara en un concierto memorable. Dentro de mi ser, no puedo negar la dicha que sentí con el maestro puesto que por el precio del amor hacia mi persona, Facundo Cabral, logró estremecernos con su guitarra, con sus canciones, con sus oraciones y, por encima de todo, con sus tremendas convicciones que sin lugar a dudas, resultaron ser el detonante que calara en el corazón de todos los asistentes al Teatro Salesianos, para rendirse ante la evidencia del maestro argentino. Yo sabía de las ilusiones de Facundo con esta su venida a España y por tal motivo, he querido abordarle puesto que su verbo, lección impenitente, suele calar en el alma de todos cuantos le amamos que en el mundo, ya somos esa ingente minoría pero que sumados, somos millones de personas los que gozamos de su arte y a su vez, tomamos sus más bellas lecciones.

Me gustaría gozar del don de la sabiduría para poder definir a Facundo Cabral, tarea siempre ardua porque este cantor argentino, vagabundo de primera clase por el mundo, hermano de cualquier hombre y a su vez, de cualquier raza, ha sido capaz de inspirar las sensaciones más bellas entre sus homónimos, de ahí las definiciones mágicas en torno a su persona. En realidad, resulta muy fácil conmovirse con Facundo Cabral. Su tremenda personalidad puede con todo pero a su vez, son sus convicciones las que arrebatan, las que incitan para que las criaturas mortales, tras conocerle, queramos formar parte de su hermosa “secta” que en realidad, no es otra que la propia humanidad. Es decir, formar parte de ese bello colectivo de hermanos por el mundo que siguiendo su filosofía, hemos sido capaces de encontrar el camino de la verdad. Médico del alma, armonizador de corazones, cantor de convicciones, orador de predicciones, profeta de la propia vida, narrador de las vivencias más hermosas, amante de la verdad y promulgador de la misma; estas y cientos de definiciones más que juntas, demuestran que, con Cabral, nos hallamos ante un tipo tremendamente singular; un creyente convencido, seguidor de aquel que naciera en una cuna de paja y que a su vez, llegó a ser el más grande: JESÚS. Muchos son los argumentos que desgrana Facundo Cabral, tanto en sus conciertos como en su vida cotidiana, razones de peso específico por las cuales, el primero que se siente a su lado, tres minutos más tarde, se convierte en seguidor empedernido de su bellísima filosofía.

Ahora ya, sin más preámbulos, dejemos que sea el propio Facundo Cabral, sabio entre los sabios, el que nos explique sus formas y maneras de entender su vida que sin lugar a dudas, es un hecho apasionante.

—Ante el hecho de su salud, la primera pregunta, maestro, es totalmente obligada. ¿Cómo se encuentra?

Estoy mejor; me han detenido el cáncer y mi ánimo es fantástico, hasta el punto de que en estos días, hice una gira por Venezuela, otro país que me fascina y ahora, estoy gozando del cariño de todos ustedes, los españoles de Ibi.

—Si me lo permite, maestro, debo decirle que le veo muy bien, su aspecto es envidiable pero quién lo diría ya que hace ya muchos años, un día de la vida, le diagnosticaron su enfermedad y si mal no recuerdo, le dieron como tres meses de vida. ¿Dónde está el milagro?

Yo diría que ha sido mi propia convicción ante la vida; fíjate que posiblemente, mi desapego por la vida resultó ser lo que me ha dado la posibilidad de seguir en este mundo. En definitiva, mucho me temo que, podemos hablar de milagro puesto que, cuando menos, mi actitud, logró conmover a la ciencia y, por encima de todo, demostrarles que estaban equivocados. Como quiera que, hace ya muchos años, decidí vivir el presente porque no existe otra estación en donde pasar la vida, por esa razón, Dios me dio la chance de seguir entre ustedes.

—Antes de su gira venezolana, maestro, sabíamos que venía usted a España para participar en un programa de TVE, precisamente, en “El Loco de la Colina”, con Jesús Quintero y ahora, como una bendición, estamos con usted, en España y, de forma concreta, en Ibi. En realidad, ¿a qué se debe esta dicha tan grande de poder gozar de su presencia?

La dicha es mía y, te la debo a ti que tan desinteresadamente te tomaste tanto de tu tiempo y el de tus gentes para que, mi presencia entre vosotros, sea la realidad que ahora estamos viviendo. Fíjate que, tras tantos años caminando por el mundo, hoy, una vez más, en Ibi, siento que para mí todo es nuevo. Y es cierto puesto que, cada día, en la vida de todo ser, es una completa novedad.



—¿Qué siente, como es nuestro caso, al tener que actuar en una ciudad pequeña, como es Ibi?

El marco, me parece perfecto; los lugares comedidos son los ideales para mis conciertos. He actuado, como es lógico, en las grandes ciudades del mundo pero, repito, para contar mis vivencias a modo de conciertos, los lugarcitos mesurados son lo ideal. Trescientas, cuatrocientas butacas son el marco perfecto para que, juntos, gocemos de una velada inolvidable.

—¿A quién quiere usted conquistar?

A nadie. Soy yo siempre el conquistado. Los hechos así me lo demuestran. Yo subo al escenario tan liviano de equipaje como camino por el mundo. Posiblemente, la claridad de mis expresiones, unida a mis convicciones, es el detonante de que, tras mis conciertos, quedamos todos armonizados y como las pretensiones más son de compartir y nunca de conquistar, como te decía, es el público el que me conquista a mí.

—Por lo que intuyo, no es usted un amante de los grandes bullicios; digamos que, más bien todo lo contrario, ¿verdad?

Una vez me invitaron a una fiesta multitudinaria y, quedé asombrado; luego, tal acto, se lo contaba a Borges y me dijo, ¡cuidado! en las grandes fiestas no existe la alegría porque ante

todo, la alegría es íntima y jamás se debe extrapolar hacia multitudes enfervorizadas. Por todo ello, sospecho que hoy, junto a vosotros, reinará la alegría.

—Maestro, ¿es la vida lo que usted soñaba?

Decía Krishnamurti que, la vida es lo que es y no lo que a los demás nos gustaría que fuera; por ello, si somos capaces de aceptarla, posiblemente, enfrente tendremos el espejo que nos mostrará lo que queremos ver.

—Usted ha pasado por trances muy amargos, por ejemplo, perder a sus seres más queridos, entre ellos, su madre, su esposa y su hija. ¿Cómo reconfortaría usted a los que han pasado por semejantes trances?

Me aferré a la vida. Sin lugar a dudas, la fuerza motriz que lo puede todo; es más, eso de perder suena pretencioso. Yo no perdí a nadie; se marcharon antes, se nos adelantaron en el camino, pero poco más. Es cierto que las personas a las que uno



ama, aunque cambien de estadio, siempre viven con nosotros; es un acto de amor. Por el contrario, si no has conocido, jamás las has podido amar. Hablo en un sentido íntimo en torno a los seres queridos, pero en realidad, me sigo considerando un hermano que camina por el mundo.

—Hagamos, aunque breve, un recorrido por su vida, por su historia tan apasionante. Por ejemplo, ¿cómo recuerda a Sara, su ejemplar madre?

Hay personas que, en devenir de su existencia, resultan totalmente inolvidables; recuerda que elegí a Sara como madre, por la misma razón por la que Dios la eligió como hija; nunca usó agenda porque hacía lo que amaba y, eso, se lo recordaba el corazón; es decir, se dedicó sólo a vivir y no le quedó tiempo para otra cosa. Ella caminó solita, con siete hijos e hizo miles de kilómetros caminando de pueblo en pueblo. Un prodigio de mujer de la que tanto aprendí.

—Al respecto de su inolvidable madre, hay una maravillosa anécdota de ella, de las muchas que protagonizara en su vida. Pero prefiero que nos la cuente usted. Sospecho que ya sabe usted a qué me refiero; aquella en que su madre hizo armar su propio cajón.

Es la que hace referencia en torno a tan singular mujer que, era tan agradecida con la vida que hasta cuando comíamos de la basura, se arrodillaba para darle las gracias por haber encontrado la comida. De tal modo, Sara, nos obligó a que construyésemos el cajón que tenía que llevarla cuando muriera y, una vez armado, en su parte superior de dicho cajón, a instancias tuyas, pusimos ¡¡gracias!! Le daba las gracias al cajón que tenía que llevarla cuando muriera. Un prodigio de mujer que, como gran legado, me regaló su humanidad y, con tan bello tesoro, voy caminando por el mundo.

—Su madre, muchas veces, cuando le pedían que le calificara a usted siempre decía lo mismo: Facundo es un baúl. ¿Qué mensaje quería lanzarnos Sara ante tal definición?

Ella quería decir que un baúl como tal, por fuera, puede valer muy poco, sin embargo, —y ahí es donde ella enfatizaba— dentro puede haber un tesoro incalculable; lógicamente, para ella, yo era su gran tesoro. Y esa es mi herencia, saberme dentro de ese baúl que ella definía.

—Siguiendo con la hermosa filosofía de Sara, su inolvidable madre, me han contado que, poco antes de morir le llamó a usted en la Nochebuena de 1985 y, en silencio y en soledad, le susurró algo bellissimo; digamos que fue su último consejo antes de morir. ¿Nos puede relatar aquel momento?

Para mí, resultó ser algo sublime. De la gente que conozco, —me dijo, porque ella era muy mesurada en sus definiciones— eres el mejor hijo que he conocido en mi vida; es más, muerdo contenta porque cada día te pareces mucho más a lo que cantas y escribes. Ella no sabía leer ni escribir, pero como era tremendamente inteligente, aprendía párrafos enteros de la Biblia y los iba predicando por los pueblos. Es más, tenía su intrínseca filosofía y decía, “por nacer al revés siempre he sido rebelde, por eso no creo con nadie con estrellas en la frente” “prefero caminar a pie que con caballo prestado, alguien, por aceptar una manzana, quedó para siempre endeudado”.

—¿Cuándo compone usted, maestro?

Yo soy, lo que podríamos decir, un payador; mi madre ya lo era. Improviso sobre el escenario y puedo asegurarte que todas mis canciones nacieron al amparo de lo que el público me iba demandado. A este respecto podría decirte que por ejemplo, NOY SOY DE AQUÍ... nació una noche de inspiración en el mismo escenario en donde actuaba; unos días más tarde, en otra ciudad, me la reclamaron y, se me había olvidado. Pero, bendición del cielo, en aquella actuación mía, tras la misma, se

me presentó un señor en el camerino y me entregó una cinta grabada del día anterior, cuando canté esa canción, la había grabado y de ese modo, la recuperé para siempre.

—Lo que mucha gente no sabe, maestro es que, usted, ha escrito bellísimas piezas musicales, entre ellas, la SUITE CABRAL o CANCIÓN DE CUNA; todo ello, al margen de sus canciones mundialmente conocidas. ¿Por qué no ha seguido en esa línea de creatividad?

Eso fueron momentos de inspiración que, en cualquier noche, tuvo Dios la gentileza de inspirarme para dejar, como tantas otras cosas que hice, ese legado musical.



—¿Para quién canta usted?

Ante todo, para mí. Mi madre, que componía algunas canciones a mi lado decía que, si la música que escribo te gusta, será maravillosa; y si no te gusta, seguirá siendo maravillosa.

—Empezó usted siendo un cantor protesta y acabó armonizando al mundo y a sus gentes con sus canciones, con sus oraciones y con su verbo inigualable. ¿Qué Cabral es el más auténtico, el que pregonaba aquella libertad o el que ahora armoniza, como usted dice?

Como diría Sara, ni antes era tan malo para que no viniera nadie a verme; ni ahora soy tan bueno para que todos me presen su atención. Recuerdo que, en los inicios de mi carrera, mis canciones, tenían la virtud o el defecto de dividir; y eso no era bueno, de ahí las situaciones con las que muchas veces me vi envuelto; más tarde, supe cambiar para armonizar todos los corazones del mundo y, a partir de ahí, me llegó el éxito. Era yo el equivocado, nunca los demás; ellos, hicieron lo que debían; era yo el que fallaba, de ahí que, cuando me di cuenta, supe reflexionar a tiempo y, aquí me tenés.

—¿Qué siente cuando, por ejemplo, en México, le definen como un decididor de buenas palabras?

Siento un rubor especial. Son cosas de la inspiración del individuo y al respecto, yo he sido un afortunado. Sin embargo, lo que pregono, no es mío; me fluye desde el fondo de mí ser para hacer felices a los demás.

—Y si le damos la categoría de hombre genial, como tantas veces se le ha definido en el mundo, ¿qué piensa?

Yo no diría tanto; más bien quizás sea un hombre libre; uno de los más libres. Fíjate si soy libre que, mi madre me decía que era tan afortunado que hacía lo que amaba y encima, me pagaban.

—¿Qué es para usted el amor?

Todo, absolutamente todo. Cuando existe el amor, ciertamente, no caben las barreras. No puedo creer a nadie cuando dice que, el trabajo, por decir algo, le aparta del ser amado. Cuando uno está enamorado lo deja todo; la pobreza, la riqueza, el trabajo, la ciudad, los amigos; todo se deja por el más bendito amor. Quién no es capaz de renunciar a todo por el amor, en realidad, no está enamorado. Yo conocí a mi mujer a las diez de la mañana y a las diez y cuarto, ya estábamos viviendo juntos. Esta podría ser la parte afectiva entre un hombre y una mujer pero, el amor, en todas sus acepciones, es algo maravilloso. Amar a las gentes es algo sensacional; y hay muchas formas de decirlo y demostrarlo. Por ejemplo, un amigo, te abraza, y en dicho envite te está diciendo que te quiere; mi madre, cuando me llamaba y me decía te extraño, en aquel momento, donde me encontrara, tomaba el primer avión y me iba a verla. La fuerza inusitada del amor, en todas sus vertientes, arrasa con todo.

—¿Qué piensa usted de las cárceles?

Yo estuve en una cárcel cuando era muy joven y puedo confesar que la cárcel no es algo físico. Allí dentro supe aprender las maravillas de la literatura y, de alguna manera, a saber discernir entre el bien y el mal. Pasados los años, he ido comprendiendo que, en realidad, gran parte de la humanidad vive encarcelada; el que vive con la mujer a que no ama, por supuesto, está encarcelado; aquel que trabaja en algo que detesta, imagina que prisionero vive. De la cárcel, como tal, se puede salir; yo salí, ahora bien, de donde no se puede salir es de las cárceles a que te he referido.

—Es cierto que, las cárceles no rehabilitan a nadie y eso, lo sabe usted muy bien; entró usted siendo un chico rebelde y tres años más tarde, había dejado usted todo su odio y rencor para con la sociedad en que vivía y, al salir, era usted un hom-

bre nuevo; es más, yo diría que salió usted totalmente rehabilitado, instruido, culto y, si me lo permite, artista. ¿Cuál fue el secreto?

La biblioteca. En ella me refugié y empecé a conocer a los grandes maestros de la literatura; allí conocí a Octavio Paz, Chesterton, Borges, Juan Rulfo y otros muchos que por fortuna para mí, con ellos, descubrí un mundo nuevo que en devenir de mi existencia, tanto me ayudó. Como antes te decía, yo estaba convencido de que de allí dentro saldría; lo que no sospechaba era que, aquel período de reclusión, tanto bien pudiera hacerme.

—Su infancia y juventud, maestro, resultó ser un tanto apocalíptica. ¿Qué le hizo rebelarse contra el mundo?

Las injusticias que tuve que vivir; yo no estaba de acuerdo con aquel partido que era mi vida y de ahí, mi rebelión. Éramos muy pobres y, desde los siete años trabajé como peón golondrina; es decir, de la papa a la uva y, viceversa: una niñez e infancia muy duras que, afortunadamente para mí, pude salir. Un día, conocí el Sermón de la Montaña y tras aquel momento, comprobé que mi vida podía y sería otra. Todo ello, al margen de las grandes lecciones que pude tomar en la cárcel, como antes te comentaba.

—¿Es el trabajo una maldición bíblica?

Por supuesto que, todo aquel que está en lo que no ama, está estafándose a sí mismo y, a su vez, estafando a la sociedad. Si uno trabaja en algo que le apasiona y llena su vida, aunque trabaje dieciocho horas al día, jamás le pesará. Por el contrario, aquel que tenga el trabajo como una condena, aunque lo haga veinte horas, siempre será un desocupado. Fíjate que como siempre dije, todo aquel que trabaja en lo que ama, está benditamente condenado al éxito; que llegará cuando deba de llegar; pero de que llegará seguro.

—En realidad, maestro, ¿es usted un cantor o un literato?

Yo soy un ser humano que ama al mundo y a sus gentes. Soy una persona que tras encontrarme con Dios, lo demás, me resultó todo muy sencillo. Digamos que, la literatura es mi esposa y, la música mi amante; les amo a las dos y, en esa tesitura discurre mi vida. Ellas, mi esposa y mi amante se conocen de sobra, y en realidad, he sabido llevarme muy bien con las dos.



—Hemos hablado de su literatura y usted, entre otros muchos libros que ha escrito, en mi poder, guardo como un tesoro memorable uno de ellos que bien podría ser uno más, sin embargo yo lo considero como algo muy especial: está escrito a mano y se titula LOS PAPELES DE CABRAL. ¿Cómo nació esa mágica idea de armar un libro manuscrito?

Yo quería que, mis lectores, como tú mismo confieras en dicho libro, se llevaran gran parte de mi corazón, de ahí que naciera desde lo más profundo de mí ser esa feliz idea que tú has apuntado. Entregué, en LOS PAPELES DE CABRAL, mis más bellas ilusiones y como te digo, jirones de mi corazón. Un libro, por sí mismo, es algo bello y, de mi parte, al escribir de mi puño y letra, al armarlo, quise que fuera todavía más emotivo.

—Inevitablemente, señor Cabral, ante su persona, tenemos que hablar de México, no puede ser de otra manera. ¿Qué supuso este país en su vida?

México es como mi casa; digamos que, resultó ser el país que me apartó de lo que era mi vagabundeo por el mundo y, entre otros muchos países, me abrió las puertas de España, un país al que amo tanto. Antes de llegar a México, yo cantaba por las plazas, en las universidades; siempre a expensas de que, las gentes, al salir de ver mi actuación, pagaran si lo creían oportuno. Después de que México me abriera las puertas al mundo, las gentes, pagaban antes de entrar a mis conciertos y la diferencia era notable. Allí llegué en 1972 y, gracias a Jacobo Jabludovsky que me dio la chance de mostrarme tal como era, a partir de aquel momento, cambió el signo de mi vida. Pocos rincones quedan en México que yo no haya tenido la fortuna de recorrer. Allí conocí a personas tan extraordinarias como el Chente Fernández, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Juan José Arreola, Lola Beltrán, José Alfredo Jiménez, Juan Rulfo y a su

esposa Clarita Aparicio; un sin fin de personas que, todas, sin distinción, calaron muy hondo en mi vida.

—Hasta el punto de que, si no recuerdo mal, una vez, en el programa de TV de Verónica Castro, usted, hasta se atrevió a cantar las rancheras de José Alfredo Jiménez. ¿Cómo recuerda aquella experiencia?

Extraordinaria. Me apasionaba tanto la música de José Alfredo que me atreví; canté, en la citada ocasión, PA TODO EL AÑO, LA QUE SE FUE y EL REY, tres de las canciones más emblemáticas suyas y junto al Mariachi 2000 que me concedieron el honor de acompañarme, en México, pasamos una velada formidable.

—¿Qué siente usted al evocar la memoria de aquel argentino que, con sus letras, conmovió al mundo y que para mayor dicha, era su amigo? Me refiero a Jorge Luis Borges.

Era un hombre genial. Cada vez que yo llegaba a Buenos Aires, por supuesto, iba a su casa para verle; podía haberme ido a las canchas de fútbol pero, me ilusionaba mucho más com-



partir mi tiempo con Borges, que cada día, me llevaba una bella lección a su lado. Yo respeté muchas las convicciones de Borges y posiblemente, su grado de racionalidad tan elevado, no le permitió abrir su corazón para que, por dicha puerta, entrara el Dios que yo tanto amo. Él, en nuestros encuentros, me decía, “háblame de tu Dios, amigo Cabral”. Y yo siempre le decía lo mismo; “Me dejé llevar, maestro” Al final, ante Borges triunfó la verdad y un día antes de morir, en Ginebra, cuando contaba ochenta y cinco años de edad, se confesó y tomó la comunión.

—Entre otras personalidades, en sus visitas por el mundo, conoció usted a la Madre Teresa y, al respecto, estoy seguro que podría usted contarnos muchas anécdotas relacionadas con la Madre. ¿Qué recuerda usted de tan sublime mujer?

Podría contar anécdotas bellísimas de tan singular mujer; ella era una enviada de Dios, de eso no me cabe duda alguna. Recuerdo ahora un hecho que, me conmovió muchísimo. Fíjate que, en una visita de Lady Di a la India, cuando se encontraron con la madre, ésta estaba bañando a un leproso y, una ayudan-



te de Diana de Gales, se atrevió a decirle a la Madre: “Madre, yo no bañaría a un leproso ni por un millón de dólares” Y la Madre le respondió: “Yo tampoco, porque a un leproso solamente se le puede bañar por amor” De igual manera, un día, en uno de nuestros encuentros, le pregunté las razones por las cuales me explicara por que no le interesaba el mundo de la política y la Madre me respondió: “Yo no puedo darme el lujo de la política; un día, estuve cinco minutos escuchando a un político y, en eso cinco minutos, se me murió un viejecito en Calcuta”

—¿Qué es el miedo, maestro Cabral?

Sin lugar a dudas, el peor dictador que jamás hayamos conocido. Nacemos esencialmente libres y, por esa bendita razón, debemos disipar toda clase de miedos en nuestras almas. Decir miedo es tanto como atentar contra la propia libertad del ser humano y, la honorable libertad no puede ser, siquiera cuestionada por el honorable amor.

—Una vez, maestro, en la primera ocasión que nos entrevistamos, me atreví en preguntarle en torno a la muerte y quedé aterrado cuando usted me dijo que, le fascinaba la idea de la muerte. ¿No le tiene miedo?

No. La muerte es solo un cambio de estadio; un viaje largo, pero nada más; allí iremos todos, por tanto, no caben miedos ni temores. Al respecto de la muerte, viene ahora a mi mente una reflexión que me hicieron los Tarahumaras, allá por la sierra madre de Chihuahua en que, como ellos dicen, no le temen a la muerte porque, cada día, cuando se van a dormir, dicen que, cada noche, están ensayando la muerte. Por tanto, no caben mayores miedos. En realidad, las criaturas mortales, somos alma y espíritu, por ello, nunca moriremos. Recuerdo que, en cierta ocasión, mi madre acudió al médico y, al ser preguntada por éste en torno a su salud, le dijo: “Yo estoy bien, doctor, es mi cuerpo el que está mal” O sea, que su alma inmortal, esta-

ba inmaculada, como en realidad era ella. Yo te diría más; todos los que se nos adelantaron en el camino, para los que les quisimos, todos viven dentro de nuestro corazón. Recuerda que, Sara y Soledad, nuestras madres, viven junto a nosotros, en lo más profundo de nuestros corazones porque, jamás las hemos podido olvidar. Por tanto, aunque en su día, enterramos sus cuerpos, lo mejor de ellas, su alma, la llevamos prendida junto a nosotros.

—En sus canciones, señor Cabral, no existen lamentos ni amarguras, ¿es ese el detonante de su éxito?

El éxito llega cuando tiene que llegar. Un buen día comprendí que respecto a mis canciones, yo debía de armonizar el corazón de las gentes y así discurrió mi vida. Yo, por propio pudor, evito cantar lamentos puesto que, mi vida privada y mis problemas, son míos. Al respecto, recuerdo una frase maravillosa de mi madre que decía: “Calla, milonga calla y ahoga las penas mías que, para cantar, me sobran mis alegrías.”

—Si me lo permite, Cabral, quiero enfatizar en torno a una bellísima canción suya a la que conocemos como VUELE BAJO. Dicha canción, la he escuchado cientos de veces y, en cada ocasión que lo hago, encuentro un mensaje subliminal. ¿Nos puede explicar dicho mensaje?

Es una manera de armonizar, como siempre es mi anhelo y, en esta ocasión, si se me permite, Vuele Bajo es un deseo, una ilusión para que, los hombres, a diario, sigamos siendo niños; nada es más bello que retornar a la infancia puesto que, de tal manera, erradicaremos para siempre la maldad y, la bondad, como mejor argumento, adornará nuestras almas.

—Tras haber recorrido ciento sesenta y cinco países en el mundo, ¿no tiene la sensación de estar cansado?

No. Jamás. Yo soy el gran andariego de la sociedad; un nómada empedernido. Me gusta viajar porque, a su vez, me

agrada llevarme los mensajes más insospechados de todos y cada uno de los países que he visitado. Mi escuela, más que a nadie en el mundo, ha sido la calle, sus gentes, sus ciudades, sus mares, sus ríos.....soy el discípulo abnegado de la vida.

—¿Cómo podría usted definirse en una sola frase?

Precisamente, con una frase que alguien dijera una vez de mi persona que, sinceramente, me llegó hasta el fondo de mi alma. “Terriblemente argentino; maravillosamente Cabral”

— Usted supo triunfar, consiguió el más grande de los éxitos y, si me lo permite, con una sola canción, **NO SOY DE AQUÍ...**, —al margen de otras muchas— logró ser mundialmente famoso y, por lo que veo, sigue siendo usted, el dulce ermitaño de siempre. ¿Le asusta el éxito?

Me abruma, esa es la verdad. Recuerdo que, cuando empezaba, me surgió un éxito y, me vi desbordado; automáticamente, me marché a vivir a la Isla de Pascua porque, no lo entendía; eso de tener que dar las mismas explicaciones todos los





días a las mismas gentes, es algo que me abrumó. Luego, en el devenir de los años, respecto al éxito, me fui moldeando con mi propia persona y traté, en la medida de mis posibilidades, ser el mismo de siempre.

—Por cierto, según usted, ¿en qué se diferencia la fama del éxito?

Ante todo, el éxito, es la consecuencia de un trabajo realizado con amor. No es casual el éxito de Juan Gabriel, ni el del Chente Fernández, por citarte algunos hombres que viven junto al éxito. Detrás de cada éxito, sin lugar a dudas, hay un trabajo fantástico. La fama puede ser una estupidez. Todos conocemos a infinidad de famosos que, tres minutos más tarde, pasada la euforia, nadie les conoce y, lo que es peor, ninguna huella han dejado.

—Decía usted aquello de, “Si amas al dinero, a lo sumo llegarás a un banco, pero si amas a la vida, con toda seguridad, llegarás a Dios.” ¿Qué pasa con el dinero, maestro?

Pasa que, no todos estamos preparados para “digerir” ingentes cantidades de dinero. ¿Qué le pasó a Maradona? No estaba preparado para ese nivel y, se desmoronó. Diego venía de un lugar más que humilde, y la fama y el dinero, le perjudicaron más que le ayudaron, aunque parezca algo paradójico. Posiblemente, Bill Gates, si esté preparado para tener la fortuna que tiene, y por eso le llegó. Yo no estoy preparado para esas alturas. De cualquier manera, como yo necesito menos dinero que Julio Iglesias para vivir, sólo por eso, Dios me hizo más libre puesto que hacer cada día lo que amo, eso no tiene precio.

—En realidad, como usted se explica, es uno de los pocos mortales que se lleva el gran lujo de ser el dueño de su vida, tesoro inmaculado reservado para muy pocas personas en el mundo. ¿Cómo logró semejante riqueza?

Si la libertad es el primer sinónimo de la riqueza, en realidad, soy uno de los seres más ricos del mundo. Hacer en cada momento lo que mi corazón me pide es algo fantástico. No tengo horarios; no estoy sujeto a nada; no me debo a nadie. Posiblemente, como nunca me sometí a las disciplinas del mundo, porque sencillamente no quise acumular nada, en realidad, mi premio ha sido el mayor: LA LIBERTAD. Recuerdo que en cierta ocasión, el señor Rockefeller me quería invitar a almorzar y, el hombre, con todo el respeto del mundo, se atrevió a preguntarme en torno a mi agenda, por aquello de buscar una fecha y una hora para encontrarnos y quedó aterrado cuando le dije que, la agenda, la tenía que mirar él puesto que yo tenía todo el tiempo del mundo, por tanto, quedaba a su disposición.

**—Dicen maestro, que usted es un hombre de grandes creati-
vidades, portador de un ingenio singular puesto que, sus
“personajes” todos los que aparecen en sus conciertos, por
momentos, tenemos la sensación de que son auténticamente
reales. ¿Es todo producto de su fantasía creativa o, en realidad,
tiene algo que ver con su vida?**

Mi vida, la que ha vivido con tanta intensidad, me ha per-
mitido no tener que inventar nada; todo lo que cuento es pro-
ducto de las sensaciones y vivencias que la vida me ha otorga-
do; unas veces para bien y otras para mal, pero siempre como
grandes lecciones que, pasados los años, todo me ha servido
para enseñarle al mundo, a modo de chanzas, la singladura de
mi vida. Fíjate que, pese a todo, he tenido la fortuna de ni
siquiera no tener que inventar nada; mis vivencias han llena-
do todos los espacios de mi existencia y con solo ordenarlas y
darle forma; ahí nació esa forma apasionada con la que vivo y
trato de contársela al mundo.

**—En su grandeza, señor Cabral, hasta ha conseguido vivir
sin enemigos. ¿Es esa su mayor felicidad?**

Me quedaba uno que era mi padre y, cuando cumplí 46
años, le conocí, le perdoné y, desde aquel instante, sentí que
había cambiado el curso de mi vida. Es maravilloso vivir sin
enemigos, te lo digo desde el fondo de mi corazón.

—¿Cómo son sus amigos, pobres o ricos?

Yo tengo amigos en todas las esferas de la sociedad y, jamás
a nadie se me ocurrió preguntarle su condición respecto al
poder económico; son mis amigos y como tales, les quiero. Pero
es cierto que, en esta complejidad que para algunos resulta la
vida, algunos de mis amigos, siendo pobres, se creen ricos; y
seguro que lo son por su bendita forma de ser; en otros, ocu-
rre todo lo contrario. Nunca me preocupó nada de esto puesto
que, yo quiero a la gente por lo que es, nunca por lo que tiene.
Es verdad que, no hay que ser inevitablemente pobre o rico

para ser feliz; no importa nada de eso. Si el dinero se gana con honradez y con alegría, bendito sea; si se tiene menos dinero, seguramente, la vida te compensa con otras alegrías.

—En su vida, maestro, de cuando usted empezaba, hay una anécdota muy curiosa que, le rogaría nos la comentara. Se trata, nada más y nada menos, de la primera vez que usted cantó en público. ¿Cómo recuerda aquello?

Con nostalgia, con mucho cariño; resultó ser el principio de mi carrera como cantor y, dicha noche, para mi, será inolvidable. Acudí a un hotel a pedir trabajo y, el director, al verme con la guitarra, sin preguntarme nada me dijo; “Súbase al escenario” Yo tenía que suplir a un telonero que había enfermado; es decir, matar el tiempo hasta que apareciera el artista que habían contratado como tal. Una vez en el escenario dije a los asistentes; “Como yo no se a que he venido por aquí y, quizás ustedes tampoco sepan a qué han venido, vamos a entretenernos todos juntos y de tal manera, intentaremos pasar la velada.” Al terminar mi actuación, llamé a mi madre y le dije: “Madre, soy



artista; he cantado para un montón de gente” Y mi madre me dijo; “Muy bien, hijo, mañana, cuando se te pase la borrache-
ra, hablamos en serio y me dices a qué te dedicas”.

—Hemos hablado de tantas cosas, señor Cabral pero, para usted, ¿qué es un ídolo dentro del mundo de la canción?

Podría nombrarte a muchos, como es natural y lógico, pero por ejemplo, ahí está el Chente Fernández que, sin lugar a dudas, ha sido la verdadera medida de la canción popular, — como lo será eternamente José Alfredo Jiménez— y, durante tantos años, ha sido la voz de un pueblo que le adoró y, lo sigue adorando. Yupanqui resultó ser un cantor universal. Ahí está el caso de Carlos Gardel, que tantísimos años después de su muerte, su pueblo, jamás lo ha olvidado y, lo que es mejor, a diario, siguen sonando sus canciones. Recuerdo una expresión de mi abuela en torno a la muerte de Gardel que, dicha afirmación, lo resumía todo. Yo le pregunté a la abuela respecto a qué tipo de sensación tuvo cuando murió Gardel y, sus palabras, resultaron conmovedoras; me dijo: “Caramba, ahora si que somos pobres de verdad”. Se había marchado el ídolo y, su pueblo, quedó como huérfano. Esa es la verdadera medida de un ídolo y, sin lugar a dudas, Carlos Gardel, lo fue con todo su esplendor.

—Tras tantos años de éxitos, maestro, ¿cómo logró que no le venciera la vanidad que, si se me apura, hasta sería lógica en todo artista?

Porque soy, ante todo, aquello que digo y siento. No pretendo engañar a nadie; ni lo haré nunca. Tengo una filosofía de vida, la cual la entiendo hermosa, y apearme de dichas convicciones, sería como engañarme a mi mismo y, si nunca engañé a nadie, hacerlo con mi persona, sería un pecado gravísimo.

—¿Cuál es su gran tesoro? Y se lo pregunto puesto que, ante usted, nos encontramos con un personaje irreplicable, des-

poseído de todo bien material que, por no tener, no tiene ni casa para vivir y, su persona, mora en un hotel de Buenos Aires. ¿No entiende usted de bienes materiales?

No necesito de yates ni automóviles porque los tienen mis amigos; es decir, soy un vagabundo first class. En definitiva, todo lo material que podamos tener, es todo prestado puesto que, a la ahora de la partida, todo lo tenemos que devolver. Mi gran tesoro, como tú preguntabas, es el legado, la herencia fantástica que me dio mi madre que, con sus bellas palabras y mejores acciones, supo hacer de mí un hombre de profundas convicciones. Llevo a Sara prendida en mi corazón, por tanto, sigo siendo un hombre inmensamente rico.

—Respecto a su madre, tras escucharle, cualquiera podría pensar que tenía usted con Sara, lo que llamamos el complejo de Edipo. ¿Se lo han dicho alguna vez?

Irremediablemente, yo adoraba a Sara por su grandeza y, para mayor suerte mía, era mi madre. No se puede pedir más. Ocurre que, al respecto de Sara, resulta que, mi amigos, cuando la conocieron, eran ellos lo que tenían complejo de Edipo, pero no con sus madres, sino con la mía.

—La gran mayoría de sus partidarios que, dicho sea de paso, son millones por el mundo, le conocen como el gran cantor argentino y sin embargo, su gran pasión, siguen siendo los libros; digamos que, narrar, sigue siendo su tarea más bella. ¿Qué encontró en la literatura que, quizás, la música no pudiera darle?

Como antes te dije, son amores distintos. Con la literatura, voy construyendo el mundo que a mi me gusta, el que siempre imaginé; esencialmente, el que quiero vivir. Narrar, sencillamente, me da la chance de poder contar la forma y manera que yo entiendo para cambiar el mundo; un mundo enloquecido que hace guerras porque quiere morir; un mundo que elige políticos porque de tal manera, ya tienen a un culpable para

echarle las culpas de aquello que odian. Escribir, en definitiva, es una manera de hacer el amor con todo el mundo y, ese placer, no quiero que nadie me lo quite.

—¿Qué le duele, maestro, de la sociedad actual?

Ahora, nada. Vivo en paz, sin lugar a dudas, la mejor forma de vivir. Antes me rebelaba contra el estereotipo que pudiera conformar esta sociedad enloquecida que nos movemos. Pasados los años, me convertí en un ser solitario; en un hombre apasionado por todas las cosas de la vida y, mi modus operando, intento contárselo al mundo en todas y cada una de mis actuaciones.

—Cualquiera, tras escucharle, podría pensar que está usted en contra del mundo actual. ¿Cuál es su visión del mundo?

Me puede doler, como antes dije, las formas y modos con las que se comporta la sociedad actual, pero yo amo al mundo y a sus gentes; amo los delfines, la literatura, la música, los cantores, los niños, las mujeres; yo siempre estoy ahí para todo aquel proyecto que tenga algo que ver, justamente, para seguir construyendo la vida.

—Antes, maestro Cabral, me ha dicho que el miedo es el peor de los dictadores pero, ¿qué piensa usted de los dictadores, y lamentablemente, en la vida, usted ha conocido a muchos?

No soy capaz de emitir juicio alguno de algo a lo que no amo; para mí, los dictadores no existen; yo pienso que, por ejemplo, Pinochet, no ha nacido, por tanto, para mí, no existe.

—Se lo he preguntado porque sin embargo, en su vida, sí existe un “dictador” imaginario que usted creó y que, a diario, cuando usted lo sube al escenario, nos sigue conmoviendo. Hábleme de él, por favor.

Érase una vez un dictador que no era un déspota, sino un buen hombre al que le dieron todo el poder y, al final, se cansó de no tener con quien perder al póker y de aguantar a la reina de la primavera; pero antes dejó estas hermosas leyes, órdenes amorosas que hablaban de él y de su vida. Dijo:

-Ordeno que en este pueblo nada valga tanto como la vida.

-Ordeno que hayan flores en todas las ventanas y cualquier día de la semana, tenga la luminosa categoría del domingo; el lobo y el cordero pastarán juntos, por tanto, su comida, tendrá el mismo gusto aurora.

-Ordeno que los hombres se liberen de las mentiras del silencio y que la verdad sea la única bandera a esgrimir en la vida.

-Ordeno que respetemos y amemos a nuestros mayores puesto que, dicha acción, inevitablemente, en el día de mañana, será la gran lección que habremos legado a los nuestros.

-Ordeno que en este pueblo nada valga tanto como la vida, entonces, la verdad, será lo que tomaremos unidos de las manos.

-Ordeno que el dinero tenga fecha de vencimiento para que nadie pueda acumularlo para poder tener poder sobre sus hermanos.

—Tras tantos años, señor Cabral, sigo pensando que, sigue siendo usted un médico del alma, ¿verdad?

Esa es mi intención. Me llena de orgullo que, mucha gente, al escucharme o leerme, fuera capaz de salir de la droga; guerrilleros de Hispanoamérica, tras estar conmigo, fueron capaces de dejar las armas. Yo pienso que, empecé para entretener a la gente y, pasados los años, hasta estoy convencido que, mi labor, tiene mucho que ver con la salud; relajo, hago pensar, armoni-

zo y, como no pretendo conquistar a nadie, al final, soy yo el conquistado.

—¿Qué es el futuro para usted?

Nada; sencillamente, porque es algo que está por venir y, hacer planes de futuro, me parece un acto de insensatez. A cada día le basta con su propio afán; el mañana no interesa. Vivamos el presente puesto que, es, ha sido y será, la única estación en la que pasaremos el resto de nuestros días.

—Canta, escribe, pinta, compone. ¿Qué le queda por hacer, maestro Cabral?

A mi edad, creo que pocas cosas; pero fíjate que, pese a todo, sigo creyendo que, hago muchísimas más cosas de las que podría hacer cualquier persona con mis años. Pasa la vida y sin darnos cuenta, apenas nos damos cuenta de que no nos queda gasolina en el tanque. Sigo escribiendo y, en este instante, trabajo en varios libros a la vez que, en breve, quiero terminar; intento grabar canciones que tenía olvidadas porque, de lo contrario, además de olvidarlas, se perderían.

—Hace siete años, maestro, me cupo la fortuna de conversar con usted y, aquel diálogo, tuve la dicha de plasmarlo en un libro bello que, gracias a usted, pude titular MI ENCUENTRO CON FACUNDO CABRAL. ¿Cómo entendió usted aquella filosofía mía por aquello de inmortalizar sus palabras?

Como algo grandioso; recuerda que, como te dije, era la primera vez que, desde España, alguien se preocupaba de contar los pasajes más hermosos de mi vida; la conversación que mantuvimos, mis anécdotas más bellas y, por encima de todo, me cautivó que publicases, en dicho libro, los irrepetibles mandamientos de la Madre Teresa, aquella mujer ejemplar que, para mi suerte, un día, en México, me entregó su amistad para siempre.

—Hablando de canciones, ¿qué motivó que usted grabara “Guantanamera”?

Pues que es una canción muy bella a la que yo le debía un gran respeto y, con la admiración que sentía, al final, para estar en paz conmigo mismo, decidí grabarla. Sigo creyendo que, “Guantanamera” es uno de los grandes tesoros de la música Hispanoamericana, digamos, un prodigio de ternura.

—¿Qué siente, Cabral, tras sus actuaciones cuando llega al hotel?

Una paz infinita. Al pensar que, en mi concierto, he sido capaz de dibujar sonrisas en el rostro de todos los espectadores, es algo que, en la soledad de mi habitación, me sigue emocionando; es un lujo que Dios me ha dado que, en soledad, pretendo disfrutarlo; y a fe que lo consigo. Igualmente, ha habido momentos en que, al bajar del escenario, pensaba que no había dado todo lo que sentía o, quizás me faltó la inspiración del momento pero, en definitiva, tras mis actuaciones, me refugio con la paz.

—La UNESCO, maestro, en su día, le declaró como MENSAJERO MUNDIAL DE LA PAZ. ¿Es éste su mayor título?

Ese premio es otro agradecimiento que la debo a la vida. Pero, en honor a la verdad, no caben títulos cuando todos somos hermanos y uno sólo es el Padre.

—Si mal no me han contado, tenía usted 9 años y, junto a su madre, en una manifestación del público argentino para mostrarle su fervor al general Perón, hizo usted parar el coche presidencial para dirigirse a él y, a su vez, a Evita, la esposa de Juan Domingo Perón. Cuénteme todos los detalles de dicho encuentro.

Andábamos buscando trabajo y, en aquel lugar, pensé que era el momento idóneo para mostrarle al presidente mis ilusiones. Me puse frente al automóvil presidencial y, el chófer, no

tuvo más remedio que parar. “¿Qué querés?” Me dijo el general. ¿Hay trabajo? Le pregunté. Tanto el general como la señora Eva Duarte, en aquel instante, nos emplazaron para que, al día siguiente, mi madre y yo acudiésemos a la Casa Rosada. Allí fuimos y, dos días más tarde, teníamos casa y trabajo. Claro que, en aquel fugaz encuentro, el general, se quedó sorprendido cuando le pedí trabajo. Aquí todo el mundo pide limosna y tú, pibe, eres el único que me ha pedido trabajo, me dijo tras encontrarnos. Por esta razón, jamás juzgaré a nadie y, menos, al general y a la señora Evita puesto que, gracias a ellos, tuvimos casa y trabajo.

—Uno de sus grandes proyectos de cara al futuro, señor Cabral, no es otra cosa que, transcribir las conversaciones que usted mantuvo con Jorge Luís Borges, sin lugar a dudas, cuando eso llegue a nosotros, será un regalo inolvidable. ¿Cómo lleva ese maravilloso proyecto?

Estoy avanzando mucho al respecto. Será algo muy bello dada la enorme calidad literaria y humana de ese compatriota inolvidable que se llamaba Borges. Yo, claro está, ya lo gocé cuando conversé con él; ahora, por tanto, quiero que lo disfrute el mundo. Por problemas de salud, el pasado año, estuve un tanto parado al respecto, pero ahora lo tengo como muy avanzado.

—¿Nos quiere dar, por favor, una primicia de todo cuanto habló usted con el maestro Borges?

Si. De Borges me impactaron muchas cosas; su calidad humana, su noble forma de ser, su sencillez; pero lo que más caló en mi fue cuando me dijo: “Cabral, he cometido el peor de los pecados; no fui feliz”

—Hemos empezado hablando de España, maestro y, así quiero terminar. ¿Podemos decir que, para nosotros, los espa-

ñosles, será éste un año de gracia al haber gozado de su presencia en España?

La gracia, ante todo, será para mí; será la mía puesto que, como sabes, estoy feliz por haber pisado esta tierra en la que vives y a la que yo tanto amo. Confío en que mi salud me acompañe como en este instante y que, a su vez, España y Cabral, el año que viene puedan fundirse de nuevo en este abrazo que extrapolo para todos los españoles y, para ti, como testigo de este encuentro memorable con los españoles. Recuerda que, este año, sólo había actuado en Venezuela y, al parecer, por lo que me cuenta Pablo, nuestra venida a España ha sido tan gratificante que, para el tramo final del año, los últimos cuatro meses, nos han reclamado de distintos países, entre ellos, México que haremos una gira sensacional. Digamos que, haber pisado tierra española una vez más, ello ha sido como una fuerza magnética que me impulsa hacia todos los países desde donde ahora me reclaman.

—Convengamos que, mantuvimos esta bella plática antes del concierto del maestro y, al final, le pedimos como broche para esta conversación, sus impresiones en torno a Ibi y a sus gentes. ¿Cómo se ha sentido entre nosotros, maestro?

Maravillosamente Cabral, esa sería la definición más bella por todo lo que he sentido junto a vosotros. He gozado como nunca encima del escenario y, al final, he podido palpar la felicidad que nos embargó a todos; a mi el primero. Las reacciones de las gentes fueron bellísimas y, por ello, me llevo un recuerdo imborrable de Ibi. Me ha parecido un pueblo muy lindo; trabajador por encima de todo y, como sabes, cuando el hombre canta, Dios lo respeta, pero cuando el hombre trabaja, Dios lo ama y, por todo lo que he visto, el trabajo, para Ibi, debe ser la gran bendición de todos ustedes, la infraestructura empresarial en que he visto en ese polígono industrial inmenso, así me lo ha delatado.



—Gracias, maestro Facundo Cabral. Que Dios le siga bendiciendo.

SENSACIONES INOLVIDABLES

El pasado día 30 de abril del año en curso, en Ibi, resultó ser toda una fiesta. En tal fecha se produjo un encuentro fantástico entre el maestro Facundo Cabral y las gentes de este pueblo que, ajeno a la grandeza del maestro, tras su concierto, todos quedaron anonadados. Pude comprobar con mis ojos que, tras la actuación de Facundo Cabral, la gente había quedado como transportada a otro mundo; sin lugar a dudas, lo que pudimos presenciar, era otro nivel, de ahí las reacciones de las gentes que, emocionados y contentos, no daban crédito a lo que estaban presenciando. En Ibi, como en tantos puntos del planeta, se produjo aquello que entendemos como el milagro de Cabral. Así tuvo que ser porque, en realidad, no podía ser de otra manera.

Tras más de una década, regresaba el maestro Facundo Cabral a esta España que tanto ama. Venía para ser entrevistado en un programa de TVE y al margen de ello, el destino quiso que, Ibi, resultara ser el punto de encuentro entre este cantor universal y, la certificación, —TVE al margen— de que había estado en España. Fuimos muy afortunados los lugareños de este bello pueblo alicantino puesto que, Cabral, en este viaje, nos regaló su arte, armonizó nuestros corazones y, por encima

de todo, nos hizo comprender que a Dios gracias, existe un mundo mejor.

desde Buenos Aires

FACUNDO CABRAL

Vivirás una experiencia inolvidable

"el cantor y poeta más importante de Argentina y, seguramente de todo el mundo"

30 abril 2016
19 horas

centro cultural d'Ibici

Escuela Municipal de Música y Artes Escénicas

Me cupo la fortuna de entrevistar al maestro antes del concierto y, sus palabras, aquellas que quedaron grabadas en mi alma, serán las que apasionadamente, engalantarán este libro que, desposeído de cualquier pretensión, solo aspira a recordar, si acaso a inmortalizar lo que supuso que, por vez primera, Facundo Cabral, pisara esta tierra que, repleta de gente noble y trabajadora, tuviéramos la dicha de compartir con el maestro, una jornada inolvidable. Convengamos que, tras el concierto,

Cabral se sintió plenamente satisfecho puesto que su sentir caló en el alma de los presentes que, de forma íntima, entendieron sus palabras, sus canciones, como una lección tan bella como emotiva. No era para menos puesto que, la magia de Facundo Cabral pudo con todo. Como tantas veces se ha dicho en el devenir de su historia, a lo largo de su carrera fabulosa como cantor universal, un hombre solo, encima de un escenario tan grande, y al que abarrotó por completo. La comunión entre el cantor y sus espectadores, resultó ser un compendio de felicidad, una dicha compartida; la gente lloró de emoción, pudimos reír con sus ocurrencias, con sus improvisaciones que inspiradas desde el más allá, Facundo, arrebatava el corazón de los presentes y, en el transcurso de los días, hasta de los ausentes puesto que cada espectador que estuvo en el teatro, más tarde, por obra y gracia de su propio corazón, se convertía en el portador de la más bella de las noticias; hasta me atrevo a decir que, los presentes en el concierto, auspiciados por la magia de tan celebrado cantor, lo contaron por el mundo y, convertidos en decisores de la más hermosa noticia, de voz en voz, al final, todo el mundo, en Ibi, ha podido saber que, un día 30 de abril del año 2006, en dicha ciudad, ocurría un hecho tan relevante como hermoso; sencillamente, la actuación en este pueblo alicantino del cantor más emblemático que pisa ahora mismo este planeta.

A estas alturas, posiblemente, a nadie le queden dudas respecto a Facundo Cabral. Pese a su inmensa popularidad en el mundo —como antes dije— para Ibi, Cabral, era el enigmático desconocido. Y sabedor de tal situación, el maestro afrontó el reto con esa dignidad que siempre le ha caracterizado por donde quiera que va. Ciertamente para Cabral, situaciones como la descrita, a lo largo de su vida, las ha vivido con toda intensidad; por ello lógicamente, la situación, nunca llegó a inquietarle, de ahí que el citado reto, lo afrontara, más que con

incertidumbre, con la ilusión de conocer algo nuevo, de ahí que, el éxito, al final, le sonriera de forma apasionada. Soy testigo de cuanto digo y, confieso, certifico, escribo y ratifico que, el éxito nos llegó a todos hasta el fondo de nuestras almas. Era el triunfo del maestro y, como tal, así lo percibimos todos. En Ibi, afortunadamente, a lo largo de su historia, han habido espectáculos brillantísimos, algunos, hasta inolvidables; eventos de toda clase y condición pero, lo que Facundo Cabral pudo contagiar en los corazones de las gentes, dicha magia, jamás había ocurrido en esta villa alicantina. El llamado milagro Cabral ocurría en Ibi y, nosotros, así lo certificamos. Yo quiero ser, como dijera el maestro, el mensajero por la paz; el promulgador de algo tan bello que, raramente, lo podamos volver a gozar en esta villa. De hecho, gracias a este libro, soy y seré, el mensajero de un acontecimiento tan extremadamente relevante que, al paso de los años, resultará inolvidable. Como se desprende de estas líneas, me siento orgulloso de ser, para este evento, el decidor de las palabras más bellas del maestro Facundo Cabral.

Tengo que confesar que, en este libro, apenas hay nada mío; es algo que se desprende desde muy lejos. Si acaso, de mi parte, quiero que queden en estas páginas las sensaciones más lindas que pude sentir junto al maestro, de ahí, la entrevista que con él mantuve y por la que, irremediablemente, ha desnudado su alma para nosotros. Igualmente, como se desprende en estas páginas, queda mi gratitud hacia su persona; justamente, la gratitud que Ibi quiere mostrarle y regalarle. Una vez más, para este menester, quiero ser, así me siento, el portavoz de este hombre genial que, en la universidad de la vida supo ser el sabio que ahora es.

Los datos biográficos en torno a Facundo Cabral podrían ser extensísimos. Sus vivencias, las que ha tenido a lo largo y ancho del mundo son, sin duda alguna, el escaparate más bello donde se reflejara la actitud de su vida. Ciento sesenta y cinco países del globo terráqueo pueden dar fe de sus vivencias, de sus canciones, de sus conferencias y, ante todo, de la gran felicidad que ha repartido entre sus hermanos por el mundo. Facundo Cabral, como es notorio, nació en Argentina y, al poco tiempo, eligió el mundo para vivir. Como confiesa en su canción, ni es de aquí, ni es de allá; siempre caminando. Su grandeza ha sido, sin lugar a dudas, conocerse a sí mismo. Y de tal modo, pudo conocer a los demás. Sus amigos, como él confesara, no son otros que, sus hermanos por toda la tierra. Facundo, en su peregrinar, quizás sin pretenderlo, logró los amigos más reconocidos; pero en todas las esferas de la sociedad. Jamás Facundo Cabral se entretuvo perdiendo el tiempo por aquello de conocer si, sus amigos, en realidad, eran pobres o ricos; eran sus amigos, lo siguen siendo y, lo que le importaba era conocerles en su interior, logro que, con una sola mirada, el maestro, era capaz de definir. Sin embargo, en el dulce periplo que ha conformado su vida a lo largo de sus 69 años que esta primavera recién ha terminado de cumplir, ha tenido la oportunidad de conocer, esparcidos por todo el planeta, a innumerables personalidades de todas las esferas; cantores, humanistas, literatos, artistas de cualquier faceta; en definitiva, hombres y mujeres de bien que, como él confiesa, tantas lecciones le aportaron. Dos mujeres le marcaron para siempre y con toda seguridad, le indicaron el camino más bello a seguir. Ante todo, Facundo Cabral, como suele confesar, es el retrato de su madre a la que él define con ese cariño indescifrable cuando dice: “Se llamaba Sara, la elegí como madre, por la misma razón por la que Dios le eligió como hija; nunca usó agenda puesto que, hacía solo lo que amaba y eso, se lo recordaba el corazón; se dedicó solo a vivir y no le quedó tiempo para otra cosa”.

Cuando se tiene esta actitud por una madre, comprender al que lo dice, suele ser tarea muy sencilla y, este es el caso de Facundo Cabral. Sus palabras le delatan constantemente. Evocar a Sara, su irrepetible madre, es la constante en su vida y en sus canciones. Igualmente, Sara, cuando alguien le quería contar sus penas respondía de la siguiente manera al interlocutor que tenía delante: “Calla milonga calla las penas mías que, para cantar, me sobran mis alegrías”. Sara era un payador, — porque la acepción de payadora no existe— y solía componer muchas canciones con su hijo. Ahí está ahora su legado, su obra toda que, encarnada en la persona de su hijo, gracias a Facundo Cabral, millones de personas, esparcidas por todo el mundo, han sabido armonizar sus corazones.

Otra mujer que le marcó para siempre a Facundo Cabral resultó ser la Madre Teresa de Calcuta. Y así me lo confesó decenas de veces el maestro. La Madre Teresa era el referente, el punto mágico de encuentro donde, Facundo, junto a ella, solía sentirse muy cerca de Dios. Las vivencias del maestro Cabral junto a tan singular mujer, inapelablemente, le dieron al maestro la chance de poder vivir una vida armoniosa; junto a la madre aprendió a bañar leprosos, a curar heridos; tanto en el cuerpo como en el alma. Pero, por encima de todo, quiero adivinar que, Cabral, junto a la Madre Teresa, pudo conocer el amor en su más bendita acepción, de ahí la dicha que le embarga cada vez que se refiere a tan singular mujer. Aterrado quedó el maestro Cabral cuando, en uno de sus encuentros con la Madre, ésta le confesó que alguien le comentó, precisamente cuando estaba bañando a un leproso: “Madre, yo no bañaría a un leproso ni por un millón de dólares” Y, la sorpresa de Facundo resultó ser todavía mayor cuando comprobó la respuesta de la madre: “Ni yo tampoco lo haría, porque a un leproso, sólo se le puede bañar por amor”. Vivencias tan singulares como las descritas son las que marcaron a Cabral para, en

el devenir de sus días, conocer a sus hermanos en el mundo; hermanos de toda índole y condición; pero, ante todo, la Madre Teresa, con sus acciones, supo acercar a Cabral junto a Dios, tarea noble que, como se comprueba, solo puede darse cita en una persona de su noble talante.

A mí me emocionó la respuesta de Facundo Cabral cuando, en cierta ocasión, al preguntarle por Eva Duarte, la esposa del General Perón, en aquellos años, presidente de Argentina. La anécdota que le salvó la vida, como él confiesa, no es otra que, en cierta ocasión, al poco tiempo de llegar Juan Domingo Perón a la presidencia de Argentina, en una manifestación popular en su honor, Facundo, junto a su madre, se encontraba entre la multitud. Al ver que se acercaba el coche presidencial donde ellos estaban ubicados, Facundo, que contaba con nueve años de edad, hizo parar el coche y, el general Perón, al ver al chiquito delante del automóvil, le dijo al chófer que parara



que, al chico, había que escucharle. Facundo se dirigió al presidente y le dijo: “General, quiero trabajo; para mí y para mi madre”. Ante esta actitud, tanto el general como su esposa, la señora Eva Duarte, no dudaron en atenderle y, lo que es mejor, la respuesta que le dieron. “Bien, muchacho, hemos visto, en todos los viajes que, todo el mundo nos pide limosna; tú, junto a tu madre, eres el primero que nos ha pedido trabajo.” El hecho, como vemos, es relevante y, lógicamente, marcó los destinos de Facundo Cabral y de su madre. Al día siguiente, madre e hijo, estaban trabajando cuidando y limpiando una escuela. Por esta hermosa razón, Facundo Cabral, siente una gratitud especial por la memoria y obra de Eva Duarte y el General Perón puesto que, ellos, con su nobleza, cambiaron el curso de sus vidas puesto que, hasta aquellos momentos, Sara y Facundo caminaron por el mundo en la búsqueda de lo que el General Perón les había dado: EL TRABAJO.

A mi me subyugó, desde siempre, la hermosa filosofía de Facundo Cabral. Todos los valores esenciales de la vida, Cabral, los lleva a cabo con una dignidad admirable. Aquello de que, tras tantos años vividos, a estas alturas de su existencia, el maestro se sigue considerando un vagabundo de primera clase, es algo que nos puede hacer reflexionar. Fijémonos que Cabral lo tuvo todo sin ser dueño de nada. Y en ese, su vagabundeo tan especial, ha sido el mundo y muchas de sus gentes las que, de forma filantrópica, han querido arropar al cantor argentino para que, como él dijera, jamás le faltara de nada; ha sido, -lo sigue siendo- un ser humano becado por la propia sociedad en que vive. Allí, en cualquier lugar donde Facundo Cabral se encontrara, siempre ha habido un hombre o mujer, dispuesto en ayudarle, razón por la cual, desde siempre, llenó a Facundo de las más bellas convicciones para seguir caminando por la vida.

Respecto a mi persona, Facundo Cabral, me iluminó en mi camino, justamente, el día que, de su voz, brotó una frase, —de las miles que tienes escritas y dichas por el mundo— maravillosa y que, la misma, me hizo comprender la realidad de mi existencia. Dijo: “Aquel que trabaja sin amor, aunque labore doce horas al día, siempre será un desocupado”. Si extendemos dicho pensamiento y lo extrapolamos hacia la inmensidad del universo, muy pronto comprenderemos que, si amamos lo que hacemos, sin lugar a dudas, al margen de la dicha que nuestro trabajo nos puede hacer sentir, seguro que estaremos más cerca de Dios. No existe otro motivo para trabajar si no es por amor. Si estás en aquello que no amas, como diría Facundo, te amargas tú y envenenas a todo el barrio. Como sentenciara Cabral, no vivas una vida equivocada que, al final, lo pagarás muy caro. Y, el error, inevitablemente, no es otro que no haber sabido discernir a la hora de buscar el trabajo. Yo he visto a basureros, a las cinco de la madrugada, recogiendo la basura y cantando. ¿Cabe mayor felicidad? Y, dicho trabajo, ante los ojos de cualquiera, podría ser detestable. Sin embargo, como digo, he visto a personas felices en tan digno menester, por brutal que nos parezca. Igualmente, he visto a directores generales de empresas totalmente amargados porque, en realidad, lo que pretendían era ser bomberos y, equivocadamente, por ambición, eligieron el trabajo que ahora mismo les humilla. Ellos se lo buscaron, de tal manera que, ahora, que sufran en su amargura y que no culpen a nadie. He conocido a funcionarios que, en su interior, soñaban con ser deportistas y, como les faltó valor, se inclinaron en la búsqueda de ese sillón que, ahora, a diario, les parece estar sentados en la silla eléctrica. Conozco a barrenderos que, por convicción, le dan lustre y limpieza a las calles y, en su alegría, jamás reparan en esa gente que desdichada y peor organizada, ensucia las calles como en realidad, lo hace en su propia casa. He podido conocer a personas, hombres y mujeres que, para escapar del hastío de sus vidas, no han tenido

mejor idea que dedicarse a la política; de ahí que, cualquier boludo, en un momento determinado, para matar su aburrimiento, hasta pueden llegar a la presidencia de un país. Miles de ejemplos podría dar respecto a la filosofía del trabajo. Pero el más bello de todos se refleja por sí mismo: EL AMOR. Ponerle amor a todo aquello que uno haga, sin lugar a dudas, es el camino que conduce al éxito. Aprendí, como se desprende en estas humildes líneas, la razón para amar todo lo que hago, por ello, gracias a Facundo Cabral, soy un hombre nuevo; pero, en mi caso, no debe haber novedad puesto que, la grandeza interior, es la que todos somos portadores, es cuestión de encontrarla. Si Cabral resultó ser el norte mi vida, ahora, Dios lo quiera, si la filosofía del maestro, así como sus lecciones le sirven a cualquiera, con toda seguridad, con este libro, podremos hablar de que ha sido todo un éxito.

Facundo Cabral, entre otros muchos galardones, en su día fue nombrado MENSAJERO MUNDIAL DE LA PAZ, premio que le entregaba la UNESCO en reconocimiento a toda la paz que con sus canciones ha recorrido el mundo para con el corazón —su mejor arma— promulgar esa felicidad en la que vive



y sin duda, consigue que se contagie entre las gentes de cualquier parte del globo terráqueo. Si antes con lo escrito, Cabral nos explicaba la forma y manera por la que él entendía el trabajo; ahora en otra de sus facetas inenarrables, nos habla de la PAZ. Sigo creyendo que, aquel mágico día en que LA UNESCO decidió premiarle de tal modo, en realidad, estaban premiando al precursor más importante del universo respecto a la paz, puesto que jamás cantor alguno, a lo largo de la historia, ha sido capaz de basar sus canciones, ante todo, por la paz. Obviamente, los cantores, en sus conciertos o grabaciones, nos ofrecen alegría; si acaso, su única razón de ser. Facundo Cabral, además de la alegría, nos contagia con su paz y, lo realmente hermoso es que, sus conciertos, valen por igual en cualquier parte del mundo; es decir, sus formas de entender la vida, mezcladas con sus canciones, le sirven a todo el mundo; ricos o pobres; blancos o negros; hombres y mujeres; presidentes y criados; todos sienten las mismas emociones y, esa grandeza solo puede venir dada por la paz, no existe motivación mayor.

Facundo Cabral, en su condición de vagabundo first class, hasta se ha permitido el lujo de apartarse de los circuitos comerciales y, todo lo que le sonaba a mercadotecnia, le parecía horrible, de ahí, su alejamiento de esos medios que, llenos de poder e intereses creados, manejan al artista como si de un muñeco de trapo se tratase. Cabral ha grabado muy pocos discos; no por falta de canciones que, las tiene por decenas y lo que es mejor, muchas de ellas, son mundialmente conocidas porque, otros intérpretes, se las han grabado para colmarme de felicidad. Como podemos ver, Facundo Cabral es feliz encima de un escenario, escribiendo un libro, rasgando su guitarra o compartiendo con sus amigos; pero aborrece, en grado sumo, todo lo que suene a interés comercial; se le desgarran su alma cuando comprueba que, un cantor, como pueda ser su caso, puede grabar un disco y que, de ese arte, las aves de rapiña sean

las que se lleven los suculentos beneficios, dejando para el autor e intérprete, las más asquerosas migajas. Sabedor de tales miserias, el maestro, ha grabado discos para sus amigos; y lo han hecho de forma artesanal; como en tantas ocasiones ha armado sus libros. Era en sus primeros años de cantor cuando, ilusionado, grabó el primer disco y, dicha grabación, al margen de no reportarle beneficio alguno, inevitablemente, le robó su intimidad; se asustó del tal éxito, lo dejó todo y se marchó a vivir a una isla apartada del mundo. Por supuesto que, no era aquello lo que Cabral había soñado; si ser artista era perder libertad, con toda seguridad, estaba dispuesto en dejarlo todo para no tener que renegar de su condición de hombre libre. Como vemos, aquel éxito, le abrumó; pero logró aturdirle tanto que tras aquel momento, Facundo Cabral comenzó en la dura tarea por buscarse y, a su vez, encontrarse consigo mismo. En aquel instante supo que, tras aquella decisión, su arte, sería patrimonio de las grandes minorías del mundo que, gozosos, allí donde él actuara, le cobijarían con todo el cariño posible. Ese fue el camino y, a lo largo de los años, Cabral, por ser como decidió ser, no tuvo que renegar de nada ni de nadie. Jamás tuvo un eco multitudinario; pero es que tampoco nunca lo buscó. A cambio de todo eso, el maestro, obtuvo su mejor éxito que, como se ha demostrado a lo largo de su vida, no ha sido otro que, su propia libertad. La gran mayoría de los artistas sueñan con ser prisioneros de su fama, por tanto, encarcelados con su éxito; si se me apura, una cárcel hermosa, pero cárcel al fin y al cabo. Queda muy claro que, el maestro, cambió todo éxito por la paz, por la intimidad, por la libertad, por ser un hombre soñador que, en cualquier parte del mundo, siempre encontró mucho más de lo que en realidad podía necesitar. Sus ilusiones, como sus conciertos, suelen hablar en voz baja; su mensaje sigue siendo subliminal y, su forma de orar, sin prenderlo, es la que convence a todos. Al respecto de todo cuanto digo, una vez, a la salida del Lincon Center, un periodista se le acercó a

Facundo Cabral y le dijo: “Maestro, Dios es injusto con usted puesto que, debería tener tanto éxito como Julio Iglesias” A lo que el maestro le respondió: “Dios es siempre justo. Julio Iglesias tiene más éxito que yo porque necesita de más dinero que yo para vivir. Como quiera que Dios sabe dar a cada cual lo que precisa, a Julio le dio más lana, más éxito, pero a mi me hizo más libre, que es lo que yo anhelaba”

Me cupo la fortuna de filosofar con el maestro Cabral y sus convicciones me llevaban hasta el paraíso. Tuve la dicha de platicar con Facundo Cabral y, su idea, la que embruja a todo el mundo, en mi caso, no podía quedarse como una excepción. Pudimos conversar de miles de cosas y cuando le hablé de su idea por lo que puede suponer una cárcel puesto que él, de adolescente, estuvo tres años en una cárcel de menores, de ahí que, al respecto, Cabral podía hablar en propiedad. Desde luego, la idea del maestro en torno a la pérdida de libertad, no se circunscribe a cuatro paredes cuando a uno le encierran. Existen millones de personas esparcidas por el mundo que, inevitablemente, son prisioneros de su propia existencia, de ahí que, como Cabral confesara, la cárcel no es una cuestión meramente física. Encarcelados viven todos aquellos que cada noche tienen que acostarse con una mujer a la que no aman; presos viven aquellos que hacen un trabajo al que odian; privados de libertad están todos los que viven en un lugar que no les gusta; sin libertad caminan aquellos que no conocen la palabra de Jesús. Como podemos comprobar, la cárcel es mucho más que cuatro paredes y una reja muy grande, lo cual quiere decir que, muchos, aún estando privados de lo que llamamos libertad física, tienen su alma libre, por tanto, son autores de la libertad que en definitiva han elegido. Algo que nos aterra, como es la cárcel, a Facundo Cabral le sirvió para cambiar el curso de su vida. Cuando todos creían que, aquellos tres años que pasó privado de libertad le condenarían para el resto de su vida, se equivocaron por completo puesto que, en dicho perío-

do de tiempo, Cabral se “entretuvo” en conocer a los que más tarde confesaría como sus maestros; aquellos sabios de la literatura que, con sus libros, le hicieron comprender que existía un mundo mejor.

La soledad que tanto asusta a las gentes de este mundo, para Facundo Cabral resultó ser el faro para descubrirse a sí mismo puesto que acompañado, jamás hubiera podido conocerse en su interior. Dice el maestro: “Como no tengo una mujer, vivo con todas; como no tengo una casa, vivo en el mundo; no necesito de yate ni de automóvil porque lo tienen mis amigos; quiere decir que, en soledad, he logrado ser un vagabundo reconocido.” Es aleccionador escuchar a Cabral cuando confiesa que, su vida es algo más que un horario o un matrimonio; justamente, dos motivos para perder la libertad en el resto de tu existencia. Ciertamente, si vivimos sujetos a un matrimonio y a un horario, difícilmente nos podremos conocer. Pasarán los años y, al final, comprobaremos que somos los grandes desconocidos en nuestro interior. La soledad te hace libre, como el sol te aporta la luz para tu existencia. La convicción de Cabral respecto a que nadie decida por él, es algo subliminal; no tiene que ir de compras ni de vacaciones y, llegado el caso, de hacer algo de esto, lo decide él, pero jamás por el antojo de una mujer que, aunque sea por amor, te convierte en su esclavo. La honorable libertad para vivir en soledad, no te la puede quitar, ni el honorable amor puesto que, por amor, se han llevado a cabo millones de encrucijadas que, inevitablemente, ha perdido el que ha apostado. Pese a todo, el amor nunca muere, si acaso, cambia de lugar.

Desde el respeto que Facundo Cabral le profesa al mundo y a su gente, en torno a lo material, el maestro, supo forjarse su propio medio de vida, y sus pertenencias caben todas dentro de

una mochila que siempre lleva consigo. Seguramente, como él confiesa, ha sido el destino el que le ha llevado por los senderos por los que siempre caminó; pero no es menos verdad que, lo material, nunca le subyugó. Posiblemente, su mejor patrimonio, su soledad, es la que le ha permitido la licencia más hermosa, vivir desposeído de todo aquello que nos encadena a la sociedad en que vivimos. De mi cosecha particular, quiero adivinar que, un lance amargo del destino, tuvo mucho que ver con su actitud actual en la vida. La pérdida de su mujer e hija en aquel accidente de aviación, sin duda alguna, cambiaron el rumbo de Facundo Cabral y, dicho trauma, en vez de envilecerle, le permitió pensar y, ante todo, decidir en soledad para, de tal modo, conseguir la libertad en todos los órdenes de su existencia. Hasta a la peor de las desgracias, como a él le ocurrió, se le puede sacar el partido debido. Cualquiera —como era su caso— enamorado de aquella mujer, al perderla, junto a la que era su hijita pequeña, podía haberse derrumbado para siempre y por el contrario, él, con sus convicciones tan personales, supo superar el dolor y, lo que es mejor, darle un nuevo sentido a su vida.

Si hablar del amor, desde cualquier ámbito, puede resultar fascinante, platicar del mismo con Cabral, es algo inenarrable, hasta el punto de que, como confiesa el maestro, “el amor no muere, cambia de lugar”. El amor, por supuesto, es el único motor que puede mover al mundo. Amar, sin lugar a dudas, no es algo solamente algo físico, por aquello de que se amen un hombre una mujer; la vida, irremediamente, está impregnada por el amor. A mi me cautivó la historia de amor de Facundo Cabral con la que, en su día, resultara ser su esposa. Hasta en este aspecto, Cabral es único e irrepetible. Era un día mágico allá por tierras de San José de Costa Rica. Paseaba el maestro en su caminar mañanero por una de sus avenidas y, una muchacha, veinte años más joven que él, se le acercó para pedirle un

autógrafo puesto que, la noche anterior, la citada mujer, quedó embelesada con la magia del maestro Facundo Cabral. En dicho encuentro se produjo el flechazo más insospechado y, Cupido, unió a dos seres en pocos momentos; un hombre y una mujer que, hasta aquel momento jamás se habían conocido y, tres días más tarde de aquel encuentro, vivían juntos la más apasionada historia de amor. Luego, como antes expliqué, el destino, quiso romper aquella felicidad, pero nunca el amor porque, en el devenir de los días, pese a la primera tristeza tras haber perdido Cabral a sus seres queridos, esposa e hija, decidió seguir creyendo en el amor; de otra manera, pero el amor en su más bella acepción. Respecto al amor, tengo la fortuna de que Cabral ha logrado el mayor de los éxitos junto al amor; sencillamente, por hacer aquello que ama; doctrina la que él difunde con toda intensidad y a su vez, con la inmensidad con la que produce el amor. Cuando se hacen las cosas por amor, el éxito está más que asegurado.

Terriblemente sólo... ...maravillosamente libre, era el título de su espectáculo y, en definitiva, su concierto, no era otra cosa que, el fiel reflejo de su vida; el espejo donde Facundo Cabral se mira cada día y, a su vez, desde el que permite ser observado por todo el mundo. La soledad, como él confesara, resultó ser su más fantástica decisión; pero su soledad, sin lugar a dudas, es la que la llevó hasta la más absoluta libertad. Al respecto de la libertad, Facundo Cabral tiene innumerables anécdotas. Podría citar muchas pero, me quedo con aquella cuando, Rokefeller le preguntó como tenía su agenda puesto que, el magnate, quería invitarle a cenar. Ante tal invitación, Facundo le respondió de la siguiente manera: “Yo no suelo usar agenda puesto que, como mi madre hiciera, hago solo lo que amo y, eso, me lo recuerda el corazón; soy libre y, dispongo de todo el tiempo del mundo; es usted el que tiene el problema; por mi parte, podemos cenar cuando su agenda se lo permita a usted”

La anécdota, como tal, podría servirnos para esbozar una sonrisa, aunque, lo que transcribe la misma, no es otra cosa que, la gran libertad de que goza el maestro Facundo Cabral.

Somos reacios a entender el hecho de la muerte, por ello, la idea de Cabral respecto a la misma nos puede valer mucho. Somos cuerpo y alma y, el primero, como tal, apenas tiene valor; sigo creyendo que, el cuerpo, en definitiva, no es otra cosa que el vehículo de nuestra alma para caminar por el universo que, tras la partida del cuerpo, nos quedará la eternidad. Muy poco valdría nuestro espíritu si, como dijera Facundo Cabral, todo quedara en nuestro cuerpo; somos mucho más que eso. Es aleccionador pensar que Facundo Cabral hace unos años, a causa de una cruel enfermedad, los médicos le pronosticaron tres meses de vida y han pasado más de doce años desde aquella fatal noticia. ¿Dónde radica la magia? Sencillamente, en el desapego por la vida que el maestro supo darle a su cuerpo y, a partir de ahí, se produjo lo que entendemos como el milagro. Este cantor argentino que sigue embelesándonos, en aquel momento, supo entender que, si partía hacia lo infinito, más allá le esperaba esa otra vida que, en realidad, es la que más le ilusiona; tener la certeza de que, tras este caminar por el valle de lágrimas, nos espera un paraíso infinito. Como diría Cabral, hablar de la muerte es algo muy pretencioso porque, en definitiva, no hay muerte, hay mudanza; cambiamos de estrado, pero seguimos siendo los mismos para, en el universo de la eternidad. Nos convertimos en inmortales; será mortal nuestro cuerpo, queda muy claro; pero nuestra alma, en el universo, seguirá siendo plena y llena de vida. El maestro ha vivido siempre con esas convicciones y, en vez de restarle ánimos lo que podía ser el hecho de su enfermedad, a diario la misma, sin él pretenderlo, le afianzaba en esta vida, por la cual, como él ha confesado, solo estamos de paso. Si me tuviera que marchar ahora mismo, —me confesaba— sólo podría decir gra-

cias; gracias a la vida que me ha dado tanto. Y le asiste la razón. Siempre hay que dar gracias; por lo vivido, por lo amado, por lo sentido, por lo conseguido, por lo anhelado. Todos nos marcharemos y, algunos, torpemente, no se dan cuenta de que lo conseguido en la tierra es todo prestado; algunos, hasta se aferran como locos por la absurda causa del dinero y los bienes terrenos. Recordemos que, el carpintero tendrá que devolver el martillo, el labrador el arado; todo elemento de trabajo como cualquier bien material, se quedará en este mundo; seguramente para ser utilizado por otras generaciones, nada es más cierto; pero, como dirían en Argentina, jamás hemos visto un entierro con aparejos. La madre de Facundo decía aquello de: “la muerte me está siguiendo para interrumpir mi vivir, pero le costará mucho trabajo, desanimarme en el vivir” Y decía esto una señora fantástica que, plena de vida, hizo que le armaran el cajón que la llevaría hacia su tumba. Sara, la madre de Facundo Cabral, supo vivir y, a su vez, prepararse para morir. ¿Estamos todos preparados para semejante trance? Pregunta de difícil respuesta, pero que, a diario, deberíamos planteárnosla. ¿A dónde iremos? Seguramente, hacia un mundo mejor, de eso no me cabe la menor duda.

El hombre inteligente, como sentencia Facundo Cabral, no espera la suerte; la provoca a través del trabajo. Y entendamos como suerte aquello que los demás o el propio azar, nos arreglen la vida sin trabajar; a esta necedad, muchos la llaman suerte. Recordemos que, la única suerte que existe en el mundo es la salud; esto si es un tesoro incalculable; lo demás, lo debemos de ganar todo con trabajo. Se me cae el corazón a pedazos cuando escucho a tantas gentes que, sin el menor ánimo para la lucha diaria, sostienen sus ilusiones con las quinielas y demás juegos de azar. Todos los que esperan el milagro de lo imposible, a diario, se siguen sorprendiendo cuando ven un gran éxito, una gran empresa, una gran realidad y, todo lo acha-

can a la suerte. Pues bien, detrás de todo eso que nos obnubila hay un trabajo desmesurado, una dedicación sin límites y, por encima de todo, un esfuerzo difícilmente cuantificable. En la empresa o en el éxito, no hay suerte; hay dedicación, constancia, perseverancia y ganas de ser. La llamada mala suerte que algunos quieren esgrimir, en realidad, no existe; somos nosotros los que nos equivocamos. Al respecto, Facundo Cabral es una prueba de todo lo que digo porque, él mismo, como confesara muchísimas veces, no le llegó el éxito hasta que supo cambiar, hasta que pudo comprender que, el error, era suyo, de nadie más. Facundo, con sus canciones, en los primeros años de su carrera, dividía y, en realidad, el gran éxito, le llegó cuando se dio cuenta que, lo suyo era para armonizar, nunca para dividir. Me han engañado, solemos decir cuando algo ha salido mal; las cosas salen mal cuando no se programan, cuando no se conciencia uno de la verdadera medida en todo aquello que debe hacer. El culpable, respecto al fracaso, siempre es uno mismo; sin embargo, el éxito, es algo compartido. Podría dar miles de ejemplos al más puro estilo de Cabral en torno a la suerte. Por citar uno mismo, convendría decir que, la fortuna, se alía con nosotros cuando, como a mi me pasara, tienes un grave accidente de automóvil y sales ileso. Pero es que, en definitiva, eso es exactamente así; la suerte suele ser caprichosa y, aparece cuando menos la esperas: APARECE, esa es la definición; buscarla no es otra cosa que un signo latente de pobreza espiritual. Respecto a los juegos de azar, ¿quiénes son siempre los afortunados? Justamente, aquellos que, por capricho, por entretenimiento, en un momento dado, han jugado una boleta; pero jamás con la intención de esperar que, dicha boleta, sea el remedio de sus males. Esta situación, respecto al juego, ocurre de este modo en el noventa y nueve por ciento de los casos. ¿Alguien puede pensar que Donald Trump es un hombre de suerte? El que lo pensara, vive equivocado. Este hombre, como otros miles de seres humanos esparcidos por el mundo, apostó

fuerte, usaron una inteligencia desmedida, un trabajo desmesurado y, al final, con dichos componentes, como no podía ser de otro modo, lograron el éxito. Me conmuevo cuando, por ejemplo, Emilio Botín, multimillonario español, se sigue levantando todos los días a las seis de la mañana para comenzar su jornada laboral; y tiene setenta años. Pero en su fuero interno se sabe comprometido con su empresa, con su causa, con su propia vida, razones de mucho peso que le obligan a desempeñar su papel con la misma convicción que aquel primer día que empezara su andadura empresarial. Cierto es que, algunos empresarios, para lograr su cometido, utilizan medios nada saludables para el resto de la sociedad; pero esa es la parte que les debemos de criticar, cuando menos, a los que les falte la honestidad en su trabajo. Pero, por encima de los desalmados que podamos conocer y encontrarnos en la vida, respecto al mundo de la empresa, en el ámbito que fuere, hasta llegar al éxito, se han dado cita miles de circunstancias y, a ninguna se le conoce como la suerte.

El mundo actual ya no necesita de las guerras, —aunque las siga habiendo— puesto que, a diario, las fabricamos. El mundo está muy mal, como diría Cabral, por las fechorías de los malos y, a su vez, por el silencio cómplice de los buenos. Nos matamos a diario sin necesidad de enfadarnos. No necesitamos de disputas para enfrentarnos; convivimos con toda maldad que nos rodea; no sobran elementos de destrucción, de ahí que como dije, las guerras, para sembrar la muerte, ya no son necesarias. Coches y drogas, dos elementos que viven junto a nosotros y que, a diario, certifican el caos en el que andamos sumidos. Pude platicar con Facundo Cabral al respecto y, coincidimos en lo mismo. Vivimos en una locura permanente pero, es la decisión de la propia sociedad y, el individuo, ha decidido que ese sea su futuro y, al final, lo pagará muy caro; lo están pagando ya. Fijémonos que, por ejemplo, todas las prohibicio-

nes que las leyes de tráfico llevan consigo, apenas han servido para nada; pero en ningún sitio del mundo. El alcohol, lamentablemente, a diario, le gana la partida al sentido común, de ahí los miles de accidentes que sufrimos cada día y, lo que es peor, que muchos de esos accidentes producidos por la estupidez del individuo, en demasiadas ocasiones, involucran a infinidad de inocentes que, en realidad, nada tienen que ver con los desalmados del volante. En estos momentos, para llegar al caos final, ya no necesitamos de la bomba atómica; sería suficiente con que cualquier gobierno, del país que fuere, regalara la gasolina durante un fin de semana que, la destrucción, estaba servida. Igual un día lo llevan a cabo y entonces, en el mundo, quedaremos los que debemos de quedar; y sin duda, serán (seremos), todos aquellos que utilizando el cerebro, el sentido común, la educación, el civismo, el respeto y las buenas formas, seamos capaces de comprender que, el mundo, en su desenfadada locura, irremediablemente, nos lleva hasta el abismo. Todo esto que digo, en realidad ya lo vaticinaba el maestro Cabral que debido a las vivencias que ha tenido por el mundo, por las lecciones que la vida le daba allí donde se encontraba, era algo sencillamente imaginable. Hemos caminado muy deprisa; en todos los órdenes, pero seguimos queriendo más. Queremos destruirnos y las pruebas así lo evidencian. Al volante, como podemos comprobar, murieron aquellos términos que antaño definían al individuo; cautela, precaución, ausencia de alcohol, cumplimiento de las normas de tráfico, cordura en definitiva. Todo ha quedado atrás y, los resultados, los tenemos cada día; muertes y más muertes que, en definitiva, no resuelven nada. Y nada resolverán porque, a diario, el muerto, siempre pensamos que es el otro; hasta que nos llega a nosotros o, en su defecto, a alguien muy cercano a nuestra vida. Pero la causa efecto es siempre la misma; el afán por destruirnos. Corremos, —nunca mejor dicho— hacia un abismo insalvable. ¿Los motivos? Son miles, pero yo enumeraría uno solo y, seguro que acertaba. La

inconsciencia. La gente no sabe que, un automóvil, ante todo, es una bomba a punto de estallar y, a diario, comprobamos que estalla y se lleva por delante decenas de muertos. Miremos si somos inconscientes que, todo eso pasa a diario y, todos, sin distinción, al volante, nos creemos Fernando Alonso. Algunos, infantilmente, llegado el momento del accidente, argumentan el hecho de la prisa. Te estabas jugando la vida y, cuando el accidente ha sido tremendo, confiesas que tenías prisa; lo confiesan, claro, los que han quedado inválidos para siempre porque, los muertos de la carretera, esos ya no hablan; pero seguro que dirían lo mismo: las prisas. Todos vivimos esclavizados por la máquina del tiempo, esa que conocemos como el reloj; nos falta tiempo para todo cuando, en realidad, el tiempo, bien administrado, sería el tesoro más grande que pudiéramos tener; los despilfarramos y, luego, argumentamos, llegado el caso, que teníamos prisa. El mundo se destruye a sí mismo y, buscan inventos para ello; el automóvil es el instrumento adecuado para tal fin. En realidad, el vehículo de transporte, sea cual fuere, debería servirnos de placer, de recreo, de embeleso por la causa del paisaje y, como vemos y decimos, lo hemos convertido en el arma mortífera de nuestra propia destrucción y, siendo más livianos en nuestro pensamiento, para que miles de personas hayan quedado inválidas para siempre. A propósito de las prisas, hace unas fechas me encontré con un hombre que me hizo reflexionar; ha quedado en una silla de ruedas y sus planteamientos, me llegaron hasta el fondo de mi alma; me las hizo este amigo y los podrían hacer cualquiera de los miles de seres humanos que viven de esta forma tan desdichada; algunos, por su culpa; y digo algunos puesto que, este señor, está postrado en un sillón de ruedas por una cruel enfermedad. No puede mover las piernas pero, su cerebro, tan claro como el usted, querido lector, me hacía reflexionar hasta lo inimaginable. Este hombre que, hasta el momento de su enfermedad, era un eslabón más de la sociedad en que vivimos, —no digo ni

mejor ni peor, uno más— ahora confiesa que le sobra todo; que ya no tiene prisa para nada; hasta el dinero le sobra. Este amigo ha tenido que vivir su peor desdicha su tremenda amargura para entender el mensaje. La vida es algo más que un chalet en la montaña; que un crucero por el Nilo, que unas vacaciones en Cancún. La vida es, en definitiva, como diría Cabral, el arte del encuentro; encontrarnos para sabernos hermanos y, como tales, intentar vivir una vida digna y sin aspavientos. Como vemos, la lección más importante, la que la vida nos ofrece cada día, solo somos capaces de tomarla cuando ya es demasiado tarde; cuando ya somos presa de la desdicha. Yo resumiría que plenos de dicha, como es el hecho de la salud que disfrutamos cuantos la gozamos, fuéramos capaces de entender el mensaje que la vida nos enseña.

Siempre queremos más —más elementos para destruirnos— y, como quiera que somos insaciables ante el mal, por eso nació y creció la droga; la peor peste que podamos conocer pero que, lamentablemente, está “triunfando” por el mundo. Unos pocos comercian con la droga y, millones de seres humanos, la consumen. ¿Quién tiene mayor grado de culpabilidad? Unos, ante el hecho del consumo de las drogas, por aquello de la edad, suelen ser inocentes por desconocimiento; otros, por aquello de probar sensaciones nuevas y, los más, por puro capricho. El mundo civilizado se está destruyendo desde este frente. Como explico no necesitamos guerras cuando, la mayor batalla la vivimos a diario y con toda intensidad; solapada, es cierto, pero la gran verdad es la bestialidad que ello produce. Evitar la droga, ante todo, no sería una causa de orden ni de autoridad, ante todo, debería ser de concienciación del propio individuo; obviarla, olvidarla y, sin consumo, pronto morirían los traficantes. En realidad, todo debería estar basado en la individualidad de cada ser humano y, concienciado, decidir como tal; pero estamos diseccionados por tantas cosas que, en

realidad, no somos otra cosa que, unos pobres prisioneros de una sociedad a la que llaman civilizada y por la que, menos civismo, encontramos de todo. Fijémonos que, el ser humano, sabedor de las desdichas de este mundo, se aferra a las mismas cuando, en realidad, evitarlas, sería muy sencillo. Consumimos drogas con la misma intensidad que consumimos programas basura de televisión; acciones que nos empobrecen y envilecen, todo a la vez. Desdichadamente, de vez en cuando, en este peregrinar por el mundo, te encuentras con gentes que, al enseñarles un libro, se quedan anonadados; no lo entienden. Es comprensible que no podamos escapar de los destinos del que todo lo puede; pero es horrible que, de todo aquello que podemos evitar, para colmo, lo hagamos como un modo de vida. Por estas y miles de razones más, un día de la vida, en cualquier lugar del mundo, nos encontramos a un hombre de la talla de Facundo Cabral y, los presentes, quedan estupefactos; un hombre que, además de sus canciones, a modo de metáforas, chanzas, sonrisas y anécdotas, nos presente un mundo de sensaciones que, a diario, lo tenemos al alcance de la mano y, se nos escurre entre los dedos como el agua cuando la cogemos con las manos. Y tiene que ser un hombre como Cabral el que, a diario, nos recuerde que somos ricos, inmensamente ricos; que todos somos hermanos, hijos del mismo padre, por tanto, discutir al respecto, no deja de ser una tarea inútil. El éxito de este cantor argentino está más que asegurado puesto que, el mundo, en su locura, cuando es capaz de parar un momento para escucharle, de repente, se dan cuenta que, la vida es algo más, mucho más que las drogas, los bienes materiales, el abuso de poder y el vivir por encima unos de los otros. Si en realidad, todos partiremos hacia el mismo destino, dividirnos, en este paseo terreno que es la vida, ello, como sentenciaba Cabral, sigue siendo un error sin límites. Si el trabajo es lo único que nos dignifica, nadie puede entender que, a estas alturas de la vida, dos mil y pico años desde que vino aquel hermano mayor

para darnos su vida por nuestra causa, algunos, todavía no hayan entendido el mensaje subliminal. Muchos, inútilmente, a diario, quieren vivir el futuro y, ahí se equivocan. Como diría la madre de Facundo Cabral, si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes. Ahora es el presente y, en ese presente vives; no lo desperdicies. Los planes de cara al futuro sólo sirven los planes de pensiones puesto que en definitiva, serán otros los que los perciban; no existe plan alguno de cara al mañana puesto que a diario, miles de personas están pensando en el porvenir y hoy mismo, les hemos enterrado.

Me asombró, como me asombra todo lo de este hombre llamado Cabral que, del mundo hizo su morada y, entre otras muchas lecciones, me emocionó cuando me habló del amor. Me contaba Cabral que, para él, el amor, era algo libre, espontáneo, sin ataduras y, de tal manera lo vivió; incluso le llegó al instante. A las diez de la mañana conoció a una mujer y, tres horas más tarde, ya habían decidido vivir juntos. Si todo lo de este hombre suele rozar el milagro, respecto al amor, igualmente, lo vivió con una intensidad inusual; como se amaba antaño. Amor es el equivalente a la propia libertad de cada cual partiendo desde el profundo respeto de cada cual entre un hombre y una mujer. Si hay amor no existen barreras, ni ataduras, ni siquiera compromisos; el amor lo vence todo. Decía Jorge Luís Borges que, cuando uno está enamorado se da cuenta que, la otra persona que vive a su lado, es única en el mundo. Y es cierto. Cuando amas y eres amado, —miles de seres he conocido me lo han ratificado— el otro sigue siendo único e incuestionable. El amor, como dijera Leonard Cohen, no tiene cura pero, en realidad, es el remedio de todos los males. Nadie estando enamorado podría hacer la maldad. Pero, de forma desdichada, en el manto del amor se quieren tapar muchos males. Estamos hablando del amor y nada es más bello; sin embargo, la sociedad hace muchos años, inventó aquello que conocemos como el matrimonio y en definitiva, dicho sacramento, no deja de ser

un conflicto de intereses que, como se demuestra cada día, acaba con el amor, con las parejas y en muchos casos, hasta con la vida de uno de los cónyuges. Si en realidad existe el amor, todo lo demás, como dirían los mexicanos, viene sobrado. Decía Alejandro Casona que, en el amor, no manda nadie; obedecen los dos al unísono. La idea como vemos, no deja de ser realmente maravillosa, hasta el punto de que, el que sabe amar, no sabe la riqueza que tiene. Estamos hablando del amor verdadero y lamentablemente, en la sociedad en que nos movemos, lo que prima a diario, tanto de una parte como de la otra, es el amor fingido. Uno ama mientras el otro finge amar; uno de los dos perderá y, lo lamentable es que, el perdedor, justamente el que ama, no sabe que está siendo utilizado. Es horroroso que amparándose en el amor, muchas gentes, lo finjan para lograr sus propósitos. Aunque resulta duro y amargo, a veces uno, hasta logra entender ciertas barbaries entre algunos matrimonios. Es incalificable que hombres y mujeres, amparándose en la bondad de sus cónyuges y a su vez, fingiendo amor, se unan para, desde la parte traidora, comenzar una vida equivocada y plagada de intereses bastardos. Todos los que humillan al propio amor, en definitiva, son gentes sin alma que, por puros intereses, quieren doblegar al enamorado. Al final, el que ama, al sentirse engañado, opta por la solución salomónica del abandono de la pareja; otros, resignadamente, aceptando su desdicha, deciden vivir sin amor por aquello de sentirse acompañados; algunos, prisioneros de la locura que les ha producido el desencanto del desamor, acaban de mala manera pero, tampoco es aconsejable el hecho. Las traiciones del amor suelen ser muy variopintas; contaba Facundo Cabral que salió del pueblo dejando una novia y veinte años después, al regresar, se encontró una cuñada. Lógicamente, Facundo, al ver lo que se había convertido aquella muchacha con el paso del tiempo, le dijo a su hermano: ¡Gracias, el ladrón tiene que hacerse cargo de lo que robó!

LA MAGIA DE FACUNDO CABRAL

Este libro es una caja llena de herramientas para vivir, para armar nuevos juegos, para mejorar o ajustar los viejos. Crear, siempre crear porque en el matiz, en la variedad, está la continuidad de la fiesta, en el cambio constante está la vida, en la multidireccionalidad está la riqueza, por ejemplo, cuando me cansé de mi pueblo me subí al tren que me llevaría al mundo, a los ríos rápidos y a las tumultuosas ciudades, a los mares rojos y azules y negros, a todas las maneras de la música, a Delacroix y Klee, a las piedras de Henry Moore y a los alambres de Giacometti, lo que quiere decir que desde que subí al tren todo se agigantó; desde los matices a la soledad, que no me abandonó jamás, a la que aprendí a amar porque siempre conté con ella.

Años después, cuando me cansé de hacer cosas por los demás (festejar aniversarios, pelear con los dictadores, ir a la costa en verano, votar, comprar un automóvil, aguantar parientes de la mujer amada, comencé, empujado por Henry Miller, que había sido empujado por los budistas, la lucha más grande de todas las luchas: la lucha por no luchar, lo que me costó mucho porque no es fácil hacerse a un lado, el rebaño que te rodea te empuja, te mete en la cancha aunque no quieras jugar,

de pronto estás a la cabeza de una manifestación o en la cola de un banco, en una comisaría o en el Registro Civil, encerrado en una oficina o ahorcado por una corbata, pero al final lo conseguí: ya no tengo nada que hacer, no hay nada que me distraiga de la vida, nadie me espera, por eso puedo vivir con todos.

Es confusa la condición del ser humano: nace bajo una ley universal pero lo encadenan a una local, lo engendran por accidente pero lo obligan a organizarse, nace enfermo pero le exigen salud eterna, lo debilitan con el miedo pero debe ser fuerte para la patria y para el hogar, está rodeado por una multitud de mujeres pero sólo le permiten una, le encienden el animal pero lo obligan a ser razonable. Sin duda, es confusa la condición del ser humano, por eso la locura es tanto una caída como un salto a lo desconocido, una liberación de la esclavitud social, de la muerte existencial, la respuesta más fuerte a las represiones de la familia, de la cultura y de la ciencia, que amputa en nombre de la salud mental. El loco se opone, sin saberlo, a ser programado por los que controlan el mundo exterior, suicidamente, es decir, de espaldas al mundo interior, que es nuestro modo de ver lo que nos rodea, el maravilloso mundo de las fantasías y los sueños, el infinito mundo de la imaginación. El loco, como el artista pero sin saberlo, prefiere la experiencia propia, la multidireccionalidad del yo, la peligrosa y excitante libertad, el loco sospecha (que es una manera misteriosa de saber) que las revoluciones exteriores no cambian nada, que lo único revolucionario es revolucionarse.

Por algún rincón del mundo, o de mi pueblo, andará lo que fui y lo que pude haber sido y no fui; los horrores y las felicidades posibles, por algún costado debo seguir siendo sólo argentino, es decir, un inmigrante cruzado por aquí para que naciera un padre que, para mi bien, poco y nada conozco, en algún puerto debo seguir levantando el ancla para que se vayan otros, o cultivando la tierra para que coman otros, los que

ahora me escuchan porque no soy el que debería ser, en algún lugar se habrá cansado de esperarme la mujer que ni siquiera sospecho, pero esto no me quita el sueño porque sólo se puede sobrevivir comulgando con el presente, sin las cadenas del pasado ni la ansiedad que provoca la idea del futuro (el presente, el momento, el instante, es una constante reencarnación, un estar despierto para no perdernos las revelaciones).

Los misterios me rodean, y esto es excitante, pero también amo a la razón, aunque sólo me explique lo artificial (también sé que, fácilmente, puede ser mi verdugo, la razón que ha cegado a los occidentales). Encuentro las huellas de las infinitas manos de Dios en todas partes, entonces sólo me queda gozar su obra y cantar su gloria, retrato lo que puedo porque los cambios de la naturaleza son constantes (a veces parece lo mismo pero nunca es lo mismo, pero me consuela saber que cada cosa es un resumen de la totalidad). A veces reaparece el miedo de mi abuelo en mí, entonces veo enemigos en todas partes, hasta las hojas del invierno se apresuran a sepultarme de una buena vez, y las canciones, a través de la mediocridad que no soporto, me envenenan desde las radios que estallan en los aeropuertos y las cafeterías, en los supermercados y en los taxis. A veces no le encuentro sentido a nada, por eso ni siquiera salgo a comer o a conversar con mis amigos. Entonces, al borrarme, le doy chance al olvido, y soy nadie antes de ser nada, es decir, soy un muerto que camina entre los vivos, un muerto que ya no duda de que hay más en nuestra memoria que en nuestra vida, a la que me trajeron sin que lo pidiera, a este mundo violento e incómodo, sentenciado a muerte antes de aprender a vivir, es decir, impotente antes de desarrollar mi potencia, la única sorpresa sería cómo se cumpliría la sentencia: un automóvil que me destruiría por fuera o un cáncer que me devoraría por dentro, el smog, el stress o un tiro, sea como fuere ante la indiferencia del universo, y esta ciega y gigantesca brutalidad es la causa de la desesperación de los humanos que ni siquiera

sospechan porqué corren y se odian y se temen y se matan, sólo de vez en cuando se conmueven ante los juegos de un niño o la leve sonrisa del abuelo que espera la sentencia en la paz del valle, ya olvidado de las disputas por la cima de la montaña (por el mar dorado que es el trigal, cruza la caravana negra detrás del cajón donde Matilde dejó su esqueleto para volar al otro lado de la vida, donde la luz y el silencio son para siempre), pero no hay que preocuparse demasiado porque todo es apariencia, una grandiosa, una caótica apariencia, hasta nosotros sólo somos la idea que tenemos de nosotros, y esto lo venimos sospechando desde Parménides. En este lío, en este juego de espejos, los religiosos son soñadores de sueños tranquilos que ansían despertar en un paraíso lleno de buena gente.

Por el sastre de mi pueblo aprendí las artimañas, es decir, el disfraz que cada uno elige para parecer lo que cree ser o lo que le gustaría ser, algo que todos terminan creyendo que son, por ejemplo, sé que basta un traje caro y un automóvil grande para ser un señor; un título de abogado y un discurso convincente para ser gobernador, un vestido negro y cara pálida para dar lástima, una peluca blanca para ser juez y una sotana negra para ser cura (el sastre de mi pueblo era devoto de Borges, por el que supimos que también la democracia es una farsa, el mismísimo caos provisto de urnas electorales, un curioso abuso de la estadística, a lo que mi madre agregaba: no somos iguales, y de estas diferencias que tanto nos excitan nacen nuestros hijos).

No hay moral sino morales porque no hay un grupo sino muchos, pero detrás de todas ellas, o el promedio de todas, es sólo una, por eso, cuando estamos solos, fuera de la secta o el grupo, todos sabemos qué es lo que está mal y lo que está bien, una moral universal que se hace oír en la conciencia de cada uno, y ésa es la prueba de que todos pertenecemos a una sola Humanidad, por eso las divisiones son ilusiones homicidas y suicidas, prejuicios muy peligrosos para todos, hasta San

Agustín llegó a decir que las virtudes de los paganos son vicios magníficos.

Sólo desde el uno mismo se puede reconocer al uno mismo que hay en cada individuo (esto es imposible desde una etnia, desde una secta, es decir, desde la religión o la política), por eso sólo desde el uno mismo podemos comenzar a hablar de lo que tenemos en común y no de lo que nos diferencia, que es lo que hemos hecho hasta ahora, y que nos ha costado y nos cuesta tanto hacer. La diversidad es lo que nos enriquece, entonces debemos buscar la armonía de desiguales, no la igualdad, que además de ser una ilusión, empobrece y masifica.

Sólo el que ha llegado a su propio punto central puede llegar al punto central de todos, lo que quiere decir que sólo puede haber una comunicación profunda de individuo a individuo.

Para pertenecer a la especie humana, el único requisito es ser humano, al fin y al cabo somos más semejantes de lo que creemos, aunque un aborto signifique cosas muy diferentes para una mujer de Montecarlo que para una mujer de Somalia (de todas maneras, los mitos son inventos de la poesía que fija la sociedad que no puede crear y menos, dirigirse a sí misma).

La hospitalidad es la verdadera cultura, que por ella vive, la hospitalidad que acepta todo, la hospitalidad que me acercó al Quijote y al Kybalion, al libro tibetano de los muertos y al Popol Vuh, a Wallace Stevens y al Eclesiastés, y la hospitalidad es ética, o la ética es hospitalidad (lo mejor es generoso, siempre se da, por esos siempre tiene más). Y esto es bueno recordarlo para ponerlo en acción en estos días de exilios y destierros, de inmigraciones forzadas, de exclusiones, es decir, de fobias suicidas porque la espalda que des, se te dará, y esto es la muerte para todos.

Dijo Meleagro, un siglo antes de Jesús, y lo dijo para que fuera su epitafio: la única patria, extranjero, es el mundo en el

que vivimos, y de un solo caos venimos todos los mortales. Pocos vivos toman conciencia de este muerto, y nada tan real, es decir, tan digno de tener en cuenta. Este epitafio es un llamado de atención, un alerta y un decreto (de ningún Congreso ha salido un decreto de semejante categoría, ni saldrá porque no hay político que pueda estar tan despierto).

No hay nueva patria porque hay un sólo Universo y es necesario recordarlo ahora que estamos tan disgregados, que casi todos somos inquietos vagabundos en un mundo cada día más hostil, social y naturalmente. Desde la economía, que genera terroristas, a los huracanes y las inundaciones (no podemos sentirnos extranjeros cuando somos compatriotas, y vale recordar que la patria es la Tierra, es decir que, aunque te cueste creerlo, somos hermanos, desde el Sai Baba hasta Pinochet, desde Hitler a la madre Teresa). Sólo habrá paz cuando seamos lo que debemos ser, lo que está previsto que seamos: cosmopolitas, ése es el plan de la Naturaleza, sólo así la capacidad humana alcanzará su razón en el único nivel previsto, el colectivo; porque la Humanidad es un solo cuerpo. Eso es lo que sucede con las hormigas y las cucarachas, que nos sobrevivirán (una función que no se cumple, un órgano que no se utiliza es peligroso porque es una contradicción, y una contradicción es un suicidio general). La naturaleza concibió al hombre, como a todo, como un todo, y para eso debe cumplir con todas sus facultades, y para eso; a partir de él, debe estar comunicado con todo, con el uso total de la razón para que no lo gobierne el animal, que es sólo un vehículo para tareas inferiores, y como nuestro paso por la Tierra es corto, debemos tener conciencia de que como individuos, somos un eslabón, que lo que importa es la continuidad, la especie, que va acumulando conocimiento de individuo a individuo, de generación en generación, y eso es el verdadero progreso (crecemos todos o no crece nadie).

La sociedad nos separa de nosotros, es decir, de nuestra naturaleza, y de los demás, por eso debe ser superada. Lo peor es que por la competencia, se nos hace creer que podemos vivir, crecer sin los demás, que si no son socios (que nos debilitan con el engaño), son enemigos (que hacen que perdamos la fuerza cuidándonos de ellos), y la lucha es constante y en todas partes porque todos quieren lo mismo, lo que tienen los que “avanzaron” más, que son los que más están en peligro pues son los que más dividen, además del odio que trae la envidia (típica de una sociedad competitiva); que no los deja vivir, además de las ocupaciones con las que se salvan de la familia, que es el primer error porque se casan cuando no saben lo que quieren, es decir, antes de completarse. Si todos quieren lo mismo, pocos pueden tenerlo (externa incomodidad, todos se pelean por lo mismo, todos van de vacaciones al mismo lugar y al mismo tiempo, todos siguen la misma orden cultural: bautismo, escuela, casamiento, divorcio, pleitos, desconfianza, y la eterna sensación de vacío), y como si esto fuera poco, de vez en cuando llega un dictador que los mete a todos en la misma celda para decidirlo todo, cosa que hace descansar a la mayoría, por eso hay quien todavía defiende a Pinochet y a Castro (nada más grato a un ciudadano que la irresponsabilidad).

En medio de esta desconfianza, de este caos, presiento un orden mundial, civil, cosmopolita, donde el individuo pueda trabajar (por los pocos que hoy lo hacen, progresamos) en plena libertad, como Picasso, que por eso pudo crear tanto (nada tan efectivo como el hombre que está en lo que ama, nada más saludable que el hombre que traspasa el sentido común que, según Borges, es el más común de los sentidos, que no se conforma con el término medio y busca las alturas).

En un mundo inhóspito y cruel, demasiado cruel con el diferente e indiferente al necesitado, en el mundo de refugiados, exiliados y diferentes abandonados en los campos y las calles, sigo pensando que la hospitalidad universal deberá ser puesta

en práctica o desaparecemos todos porque los hambrientos, que son mayoría, terminarán con los que comen y tienen comodidades, que son minoría (es preferible aumentar la sociedad a vivir escondidos, protegidos por guardaespaldas y defensas electrónicas).

Para Demócrito, el sabio era, ante todo, un ciudadano del mundo, un cosmopolita ordenado, como para Caercio, el único orden era el de la naturaleza (el cosmos es la ciudad perfecta para los seres humanos, el cosmos que está construido antes de nosotros, por eso todo es polis).

La Naturaleza es la primera forma conocida de la divinidad, y parece que no nos animamos a trascenderla, más bien tratamos de destruirla en un deseo inconsciente de acabar con Dios, y los países se cierran en lugar de abrirse, hasta los que se creen sólo ecuatorianos pelean contra los que se creen sólo peruanos, como Clinton se mete en la tierra que Hussein cree propia, el Hussein que pronto aterrará a la Tierra que Clinton cree suya, como la gente de River se siente mal porque a la gente de Boca le va bien (millones festejan cuando en realidad sólo juegan once). Por la globalización, que es una invasión más de un imperio cobarde, es decir, económico; todos vuelven al barrio a defender su identidad, cuando todos deberíamos avanzar hacia el cosmos, que es nuestro destino desde antes de nosotros, y el cosmos es la meta porque nunca podrá ser dividido, es decir, mantendrá a la gran hermandad humana. Está claro que la patria en que vivimos es la misma, es uno el mundo del que no podemos escapar, es más, la redondez de la Tierra impide que nos alejemos, y nuestro origen, nuestra constante es el caos porque la vida es movimiento, cambio permanente para seguir siendo.

La Tierra es parte de una totalidad, por eso en cualquier lugar se puede ser poeta o asesino, todo puede ser si uno ha

nacido y ha trabajado para ser un humano, es decir, consciente de la muerte y dotado de un lenguaje, además de ser valiente para enfrentar los cambios de la vida. Todo es patria si uno se da cuenta, de lo contrario, son todos extranjeros, es decir son todos homicidas y suicidas, que es como se sienten ahora todos en el mundo. Además, todos venimos del mismo Padre, aunque se haya manifestado en la Plaza de Atenas o en la cosecha de la papa de Balcarce, en el París de Rodin o en la Lima de Chabuca. Todos somos huéspedes de todos, por eso es una tontería peligrosa menospreciarnos o maltratarnos porque nacimos un poco más cerca de la selva o un poco más lejos de las montañas. Somos de naturaleza cósmica, parte de un proyecto que nunca conoceremos, orden de un aparente desorden, estamos para acomodarnos dentro de un orden anterior a nosotros.

Regreso a Lima a contar algunas cosas a la televisión, la querida Lima donde se discute si se le declara o no la guerra a Ecuador, entre muchas cosas terribles que pasan en el planeta, pero detrás siempre nos espera la luz, de donde viene el fuego que alimenta a mis salmos (cada instante de mi vida es un salmo), que cada día armonizan más con las infinitas sinfonías de la vida. De juego en juego pasan los años, que no me preocupan porque sé, desde los salmos bíblicos, que la hierba que brota en la mañana es segada en la tarde, al fin y al cabo, la vida es un solo día que se alarga, y mi día ya ha sido más largo que el de Jesús y el de Rimbaud.

Sigo siendo un hombre esperanzado, pero mis esperanzas son más prudentes, ya no se alargan tanto, lo que quiere decir que ahora soy mesuradamente optimista (a esta edad, uno comprueba que lo malo no era tan malo ni lo bueno tan bueno, como a esta edad se comprueba que el arte sucede). Sólo me dejé llevar, entonces no es un mérito mío haber llegado a esta edad, en la que por suerte estoy fuerte porque de aquí en más comenzarán a irse los amigos, es más, ya comienzo a sospechar el sillón en el que me sentaré a esperar a la eterna vencedora,

la que seguramente, me encontrará leyendo, tal vez a Goethe, que llamó soledad progresiva a este ir perdiendo amigos.

Desde el presente añoro al pasado, por eso cada día lo veo con más benevolencia, por eso avanzo hacia el futuro tranquilo, si es que hay algo más que el instante (el transcurrir del tiempo sólo se puede ver a la distancia, en el ahora mismo es imposible notar al devenir, es más, si todavía siento al ayer, el ayer es hoy porque sólo puede ser pasado lo superado, por lo tanto para mí nunca serán pasado ni Shakespeare, ni Manet, ni Eliot). No hay eternidad para recuperar el instante que perdí, por eso debo vivirlo permanentemente, y es mía, sólo mía la decisión, y un instante vivido con plenitud perdona todos los errores. La vida me lleva de un extremo a otro, pero en mí está la unidad, de cerca parecen fragmentos pero de lejos se ve la totalidad (a la distancia, esas notas sueltas conforman una melodía). Plantado en mí mismo, puedo atreverme a todas las corrientes (estuve tan atento a mí mismo que pude ir del niño abandonado al patriarca que cobija a todos, y se me ocurre pensar esto recordando a mi madre, que cuando le pregunté qué venía después de viejo, me dijo: Patriarca!)

Tuve mucha suerte, por ejemplo viví los años sesenta, y el que no los vivió no sabe lo que es vivir poéticamente, eso es lo único que me da pena de los jóvenes de hoy, de todas maneras, al Universo no le van ni le vienen las felicidades o las desdichas de los humanos, como sigue creciendo la hierba en los campos de batalla. Después, los setenta y los ochenta fueron muy duros, pero me sirvieron para comprobar que ya no tenía miedo y que si de la cuna a la tumba es una escuela, lo que llamaba problemas eran lecciones y así, entre colibríes y montañas, fueron creciendo mis canciones, que son mi vida atomizada (a veces, como ahora, me siento poseído por la pura inspiración, hace un instante sobre la Tierra y ahora a diez mil metros de altura, por eso la pluma juega sola sobre el papel, la pluma alemana sobre el papel mexicano, por eso siento como

sueños a lo que los académicos llaman ensayos, y en estos momentos uno siente al destino, como aquellos días en la Isla de Pascua, en el Cuzco y en Chetumal, días en que, en un instante, vivencí a la eternidad).

Yo pensaba que a esta edad uno comienza a apartarse del mundo y sucede todo lo contrario: lo contemplo con más claridad y desde adentro, desde su propio corazón, es decir, del presente en constante ebullición. Estoy en el centro de esta excitante batalla, entre todos pero sólo, para no perder consciencia —poco a poco me fui apartando de las apariencias, pasé de la sombra a lo que la provoca—. Ya soy capaz de respetar mi propia historia, y al verme con simpatía soy una totalidad —ahora soy un patriota, si la patria es la Tierra, por eso me siento siempre en mi lugar, y aunque me moviera poco sigo siendo el rey, como en el ajedrez—.

Los muertos del papel me inspiran más que los vivos del asfalto —Sterne, Mallermé, Nietzsche, Stendhal— me remodelan, es decir, me mejoran a cada lectura, me excitan de tal manera que los continúo escribiendo en este interminable Diario que atomizado, será mis libros, ellos conformarán la obra que será el espejo de mi vida y por supuesto, yo seré (es más, ya soy) mi propio editor, porque no estoy dispuesto a perder tiempo o independencia con las editoriales —que no son nadie—, con las escuelas o con los grupos donde se debilita y asfixia el individuo, que es lo único verdadero porque sólo a partir de él existe todo.

El presente me tiene tan atareado que nunca releo mis libros. En realidad, cuando van a la imprenta dejan de pertenecerme, comienza a ser parte de la vida de los demás, ya no de la mía, como seguramente yo tengo más presente a la obra de Bradbury que él mismo, como yo le recordaba a Borges líneas suyas que había olvidado de tal manera que alguna vez me preguntó: ¿Esa línea tan bella es mía?, el querido Borges que

hablaba en francés con el alemán Ernst Fünfer, al que una mañana le interrumpieron la lectura de Heródoto con la noticia de que debía alistarse para la segunda guerra mundial, a él, que ya había estado en la primera, de la que tanto escribió.

Estoy tan en mí que el éxito me asombra más que alegrarme, pienso de concierto en concierto (Mazatlán, Culiacán, los Mochis, Tampico, Veracruz), como pienso que tanto hubo antes para que las cosas sucedan ahora mismo, todos los siglos en este instante, tanta gente para que esto me suceda a mí en esta caliente mañana de Veracruz: el amor de los que me escuchan, las palmeras, el puerto, es decir, la promesa del mundo, la ardiente comida mexicana, el recuerdo de los días en que Estambul era Constantinopla. Tanto hubo antes para que todo sea ahora, esta Plaza de Armas, el Zócalo donde los Veracruzanos se juntan en los atardeceres a bailar danzón, el Capitán, tal vez el último de los piratas románticos, que aquí se enamoró de una morena y aquí se quedó, como un alegre guía porque nadie sabe como él dónde están las aventuras y las diversiones.

Hicieron falta muchos siglos para este momento en este cuarto de hotel, frente a los barcos que alberga el golfo.

A cada rato aparece una nueva Gioconda, pero tantas no desvalorizan a la que Leonardo pintó sobre madera de álamo con una técnica tan sutil que no hay rastro de pincel, magnífico estudio de la luz crepuscular, juego de lo claro y lo oscuro que recrea la pintura antigua, la vida. Detrás, el paisaje da una idea total del mundo.

Pintores y escultores inspiraron a Dylan Thomas (en homenaje a él, Robert Zimmerman se llama Bob Dylan), que los transcribía para que fueran palabras, que era el mundo en el que vivía. El que sobrevivía entre la pobreza y la cerveza, él, que quería una voz para advertir a los ríos y a las rosas de que

en cualquier momento caemos en la nada, algo que aprendimos los hombres que con nuestras lágrimas fecundamos a la Tierra, una voz para que la hierba sepa que la juventud, a veces, se dobla como ella por los vientos con que la vida nos prueba, una voz para alertarnos que el viento de la muerte bebe de las fuentes de la vida, que la sangre que cae del cielo cierra todas las heridas, que las estrellas son trampas urdidas por el tiempo.

Dylan Thomas publicó su primer libro de poemas cuando se mudó de Gales a Londres, donde trabajó como locutor de la BBC, después vivió en muchos pueblos, casi siempre costeros, pero todos, para él, fueron una continuación de su pueblo, es decir de su niñez, único momento feliz de su vida, el poeta que salía de la cama como un muerto de la niebla, el que salía por el patio trasero de sus sueños, seguro de arrepentirse por la noche de lo que haría por el día, el que salía a visitar a la vecina que vivía con los fantasmas de sus dos maridos muertos (antes de la Doña Flor de Jorge Jurado), el que andaba buscando historias por los bares.

Durante la segunda guerra mundial escribió poemas que parecían grandes piezas para órgano, poderosos y profundos, luces entre los cadáveres de cuarenta mil londinenses, oraciones para las sinagogas del maíz, donde Dylan Thomas dejaba su simiente, allí, en los bajos valles del arrepentimiento donde se lloraba, cantando, la majestad del incendio, el respeto al fuego, aunque estuviera en las manos de un peligroso enfermo (a los costados del Támesis, después de la primera muerte, ya no hay ninguna).

Después de la guerra, Dylan Thomas quiso recuperar su niñez, recuperar el asombro, vivir abiertamente, estar en el centro de la totalidad, por eso se fue a un pueblo de pescadores, donde escribió los sueños del pueblo dormido —recuerdo al coro de voces de marinos muertos que me envolvió en el Océano Pacífico hace más de veinte años—, encerrado por su

mujer en un cobertizo del que sólo lo liberaba cuando abría la cantina, donde la cerveza lo bajaba hasta sus vecinos, donde descansaba de los mares de aguas verdes poblados por cisnes blancos y de los sermones de hojas marrones que lo despertaban en la segunda oscuridad. Cuando digo segunda oscuridad recuerdo a la Gran Esfinge uniendo al mundo inferior con el superior, es decir entre el fango y la luz, un gigantesco animal de piedra que se va transformando en un hombre de piedra, el león del desierto, apoyado en las ardientes arenas del desierto pero siempre atento al sol, al más allá (setenta metros de largo y veinte de alto), la fuerza de la Tierra emergiendo hacia el cielo, el Rey-león luchando contra el enemigo de todo, el tiempo, que sólo está al servicio de la vida, es decir, del cambio, porque la vida es movimiento, y muchas veces no hay purificación sin destrucción. La mandíbula cuadrada sugiere al inevitable orden, y la edad, la alta edad, siglos y siglos anteriores a Cristo, nos recuerda la eternidad de los altos mandatos, el punto único donde comienza todo permanentemente, y alrededor de la Gran Esfinge y las pirámides, miles de tumbas, tal vez las de los diez mil hombres que, se dice, trabajaron en esta obra (además de las tumbas de los faraones, que eran dioses en la Tierra), hombres que vivieron construyendo esta maravilla y murieron alrededor de ella, pintándola para la gran fiesta, la eterna ceremonia de la vida. La vida que nos exige ceremonias, como un concierto o lanzar una nave al espacio, de donde nos llegó la vida en los cometas y los aerolitos, que pronto desviaremos hacia Marte para que vuelvan a provocarle agua, es decir, vida, para que tengamos adonde mudarnos cuando ya no podamos respirar aquí.

Siempre busqué en la Gran Esfinge a la respetuosa y respetable antigüedad, ver lo más atrás posible para sospechar lo más adelante posible, allí descansé del yo y del presente. Allí releí en el aire el libro de los muertos y el Kybalion, allí, donde Napoleón, deslumbrado, se bajó del caballo, allí, donde tal vez

estuvo Jesús en los años desconocidos para sus humildes biógrafos, y digo humildes porque me hubiera gustado que me lo contara Romain Rolland o Marguerite Yourcenar; allí, donde Moisés comenzó el grandioso éxodo; allí, donde Borges, al levantar un puñado de arena y cambiarlo de lugar, sintió que había cambiado el curso de la Historia. Allí, donde siempre comienzo de nuevo, como corresponde porque la vida es circular, y comienzo viendo esos signos que nos dicen mucho porque para los antiguos egipcios, la arquitectura, el arte y la escritura eran una sola cosa, mucho más que algo útil o estético, algo sagrado, y lo veo claro, tan claro como lo vieron los conquistadores franceses en los jeroglíficos de la piedra negra que comenzó la historia que venimos reescribiendo desde hace siglos, desde Homero hasta Carlos Fuentes, desde Salomón hasta Wallace Stevens.

El faraón, como la poesía, podía cambiar de forma, como el sol se transformaba en piedra cada día en la Gran Esfinge, es decir, se aquietaba en el desierto el generoso gigante del inalcanzable horizonte (su búsqueda me llevó a darle la vuelta al mundo).

Siempre me tiendo, liviano, es decir sin recuerdos, en el Valle de los Reyes. Los reyes sepultados en las faldas de las colinas, alrededor de las pirámides que nos están señalando lo que todavía no entendemos, las pirámides que sugerían puertas por las que entrábamos a la muerte de noche y salíamos a la vida de día. Hace unos cuantos años, alguien salvó a la Gran Esfinge del Tiempo, que siglo tras siglo la fue cubriendo con la invencible arena del invencible desierto, y fue un renacimiento, como el nuestro después de cada dolor, de cada derrota, de cada mañana, y la salvó para recordarnos lo ricos que somos.

Delgadas palmeras me protegieron del Sol en la meseta de Guisa, donde hace muchos siglos los egipcios pintaron a la Gran Esfinge como se pintaban para celebrar a sus dioses, es

decir, a la vida, la Gran Esfinge que reinaba tanto en el mundo de los vivos como en el mundo de los muertos, que era, y tal vez siga siendo, la que unía a los dos. Allí, donde los antiguos egipcios le llevaban alimentos a sus muertos para tentarlos con la vida.

Del abrazo de fuego del desierto siempre vuelvo a la querida América, donde el árbol ofrece sus hojas al arroyo donde todo flota, donde la noche descansa durante el día, como la eternidad se deja ver durante el sueño sin sueños. Ahora mismo la tormenta, como las canciones, se eleva en busca de Dios, las flores se yerguen para alegrar al sol y las ramas de los sauces se agachan para besar a la Tierra. Me abrazan todos los elementos, bailo con la fauna y canto con la flora, enriquecido por todos los verdes donde caerá la tarde dorada, ahora que el huracán Mital se calma para convertirse en tormenta tropical, después de haber golpeado duramente a Honduras, Nicaragua, Guatemala y El Salvador (para muchos, soy un sobreviviente de los sesenta, que cumplen treinta).

Vivo entre los colores, en constante movimiento, como los colgantes de Calder. Soy un hombre libre y feliz, libre porque soy valiente y feliz porque dejo que actúe el corazón antes de que intervenga la cabeza. Con mis libros y mis canciones le doy alegría y paz a la gente, le contagio el amor a la vida, la animo, la excito para que se anime, le ilumino el alma y el corazón (nada como el silencio que continúa al aplauso de bienvenida, nada más cálido que esos hermanos, habitantes de la sagrada oscuridad del teatro, que serán mis compinches durante las dos horas del concierto, o tal vez para siempre).

Aquí, en el Quinto Real de Guadalajara, reina un silencio de ajedrez en la noche que, lentamente, va ocupándolo todo, desde mi suite confortable, propicia para escribir, (ideal para leer a Italo Calvino); a los cuidados jardines del hotel. La noche que avanza por las calles de Guadalajara llenando de sombras

las casas y los automóviles, la noche que debilita los mercados y los carteles, la que enciende a los amantes y calma a los viejos, la que entristece a los trenes y hace desaparecer al lago de Chapala, la noche que hace más misterioso al bosque alegre, la que avanza para cubrir pueblo tras pueblo, la noche indiferente al tiempo (si es que no son la misma cosa), la que duerme a los pájaros y a los perros pero hace oír más a los ríos y los arroyos, la que enmascara a las iglesias y transforma a las cárceles y a los monasterios en fantasmas, la que cruza los cementerios para ser, por un instante, el espejo de los muertos (el arco iris se hace a un lado cuando pasa la noche, que hechiza a los búhos y excita a los murciélagos), la que es el manto del mar, una caricia de la eternidad. La noche que para Homero y para Borges era todo el tiempo, por eso ellos son para siempre porque no hay mejor musa que la noche donde fatalmente, caen todos, pero sólo los que quedan de pie alcanzan la poesía, por la que sabemos todo, por ejemplo que todo es lo mismo cuando llega la noche, momento final, propicio para las promesas entre las sábanas, cruel en los manicomios y los hospitales. La noche que le tatúa sirenas a las borracheras de los marinos, que llena de mujeres las cabezas de los tímidos, que hace que cualquiera llegue al fondo de su memoria, la noche que llena de oraciones a los agradecidos y a los temerosos, la noche donde los jazmines vuelan y las mariposas vuelven a ser hojas del árbol que, entre otras cosas, nos dio la prosa para que podamos contar lo que jamás entenderemos porque entonces seríamos árboles, es decir dioses.

La noche avanza para hacer de todas las ciudades una sola selva y de todos los barcos un gigantesco bote tripulado por un pequeño hombre, un ciudadano que por temerle a todo se quedó solo, la noche que nos acerca al infinito, es decir, a la nada, la noche que me recuerda los puertos de mujeres generosas, la noche que calla a las plazas donde tocan lo mismo las bandas de siempre, donde los viejos esperan a la muerte y los

jóvenes al amor (en la plaza de mi pueblo recordábamos a los que se habían ido, que nunca regresaron, lo que nos hizo sospechar que, más allá del pueblo, estaba el Paraíso, poblado por hombres plenos y mujeres doradas).

Juan José Arreola llega al paraninfo de la universidad en una silla de ruedas que empuja el rector, y después de un poco de vino comienza a recordar, por ejemplo, el día que Neruda, fue a su pueblo a oírle recitar sus poemas, es decir, el día en que Neruda fue a Zapotlán el grande, donde Arreola se crió entre chivos, puercos y pollos, el Arreola que después del francés fue encuadernador, corrector y editor de libros de Rulfo y de Cortázar, este querido Arreola que cree que a los ochenta años merece más compasión que premios, este apasionado y apasionante amigo que sugiere que, entre todas las cosas, hay que escoger a la Belleza porque nos lo da todo, entonces recuerdo a Mallarmé, que murió hace cien años, el padre de la poesía moderna en Occidente, el que alguna vez escribiera: nombrar un objeto significa suprimir las tres cuartas partes del goce de un poema, que consiste en el placer de adivinar poco a poco. ¡Sugerir, he aquí el sueño!

Mallarmé fue un poeta tan puro que sentía como una vergüenza la vida cotidiana, los asuntos mundanos, por eso le costaba tanto la convivencia. Para él, la poesía era un oficio sublime, sagrado, por eso hay que estar dispuesto, atento todo el tiempo —para él, el diálogo sólo tenía un sentido comercial—, es decir, Mallarmé creía en el arte por el arte. Sólo existe la Belleza, decía, a la que sólo puede expresar la poesía.

Mallarmé quiso recrear al mundo con las palabras y para eso se apartó en busca de la perfección sonora, en busca del poder de la magia.

Escribir es despertar recordando el sueño, es más, las palabras me despiertan, voy cruzando la vida por un río torrencial de palabras que me hacen verlo todo para declararlo todo, vivir

todo para contar todo, y la memoria, bien entrenada, me lo recuerda todo, lo del lado de la vida y lo del lado del sueño, por eso cada línea que escribo es un despertar. Esta misma línea, un despertar excitante porque pueden llegar muchas cosas detrás de una línea, es como que el libro llega en fragmentos, como la vida se va completando de instante en instante. En la memoria está la eternidad, fragmentada.

Los dioses me confían secretos en los sueños, los muertos me cuentan sus historias, tantas que me despiertan para que las escriba. Platón decía que la verdad nos es revelada en los sueños y que si al despertar no los recordamos es porque todavía no estamos preparados para semejante regalo. En el sueño nos es cercano lo divino, por eso, en la vigilia, algo más grande parece escribir a través de nosotros, además, el sueño es lo más privado que tenemos, nuestro verdadero y exclusivo mundo, donde nada ni nadie nos limita el vuelo, hasta Dios parece más grande porque es para uno solo. Despierto, todo es de todos, por eso la poesía no es tan poesía, ni la música tan música, ni los mares tan mares. Dormido, la poesía es más poesía porque nada me distrae de ella, y el mar es más grande y cercano porque entiendo lo que me dice, como los delfines se entienden con las altas inteligencias que hace siglos nos visitan, que son, aunque no nos demos cuenta, nuestros ángeles de la guarda en el Universo. En el sueño está mi mundo, y lo más excitante es que no me pertenece, ¿quién puede ser dueño, amo de un sueño, que viene y se va cuando quiere?

También hay sueños que podemos provocar con los datos más fuertes de la vigilia; una mujer, una bahía, una lectura intensa. Sueños donde se completan esos regalos, donde llegan a su punto más alto, entonces, cuando despertemos, tendremos más conciencia de nuestra suerte.

En el sueño, el viaje siempre está dirigido, amorosamente, por la mística —la mística es el sueño de la vigilia, como el

silencio es la eyaculación de las palabras— y los que nos acompañan en ese vagabundeo por la vida onírica nunca se enteran en la vigilia. Por ejemplo, Borges nunca se enteró de que, invitados por Krishnamurti, compartimos una mañana con Gurdjieff, enojado porque algunos decían que era un invento de Duspensay. Por ejemplo, Silvia nunca se enteró de que encontramos al bosque encantado en Finlandia, donde Juan Francisco era mayor que nosotros. Por ejemplo, Rocío nunca sabrá que fue mía en las arenas blancas de Cancún, después de un concierto que compartí con Ravi Shankar.

En el sueño reencuentro al pasado y tengo datos del futuro, por eso puedo ver juntas a mi madre, que murió hace doce años, y a Dana, que nació hace siete. En el sueño, me hundo con el Titanic o soy uno de los tres astronautas que descenderán sobre un aerolito dentro de siete años. En el sueño, Judas traicionó a Jesús mucho antes, en la niñez, tal vez para evitarle la fuga a Egipto y otras incomodidades.

Cada sueño recuerda o inventa un paisaje viejo, —Graham Greene se hizo escritor desde el momento en que el psicoanalista, como no recordaba el último sueño, lo obligó a inventar uno—. Soy un médium a través del cual, hablan muchos, pero además de ellos, podría ser el Papa que cambia a la iglesia o el demócrata que convence a Clinton de que alcanzará la gloria en vida si acaba con el cobarde bloqueo a Cuba o el juez que por fin juzga a Videla y a Massera, o el autor de los poemas que suplantarán a los salmos bíblicos, o el marido de Carolina, una belleza de veintiún años que me recibe y me despide en cada viaje que hago a Guadalajara.

En mis sueños aparecen seres que lloran por los oídos y comen por los ojos, como Picasso. En mis sueños aparece todo menos la Muerte, que aparecerá de una vez, ocupando mi sueño y mi vigilia —algunas veces en la vigilia y algunas veces en el sueño regreso a Belén, donde sigue siendo niño, por eso

le cuento historias que sólo a él le cuento. La única realidad me va por dentro, lo demás es ilusión, o por lo menos, un exilio porque todo me suena lejano, extranjero ¿puede existir algo que no hizo uno?, aunque en el fondo no somos tan diferentes: ellos ponen negocios y yo versos, ellos gritan para que yo haga silencio, ellos quieren tener cosas y yo, tenerme. Lo tranquilizante es que no tengo nada que perder, por lo tanto, tengo mucho por ganar, y lo único que tengo no me pertenece: yo mismo, pienso entre el Dallas de Texas y el San Juan de Puerto Rico.

Decía Pessoa: mi vida gira en torno a mi obra literaria, por buena o mala que ésta pueda ser, las demás cosas de la vida para mí son secundarias. Escribió Kafka: Desde siempre intento escribir, mi vida está organizada exclusivamente para la escritura, y si sufre cambios es para que sirvan mejor al escritor ya que el tiempo es breve y las fuerzas, pocas. La oficina es un horror y la casa es ruidosa, hay que ingeniárselas para poder escribir (Kafka le escribió a Felice: Tienes tanto poder sobre mí que te pido que me transformes en un hombre que sea capaz de lo que es obvio).

En San Juan de Puerto Rico, es decir, cuando ya se puede fumar (es curioso, prohíben fumar los que más envenenaron y envenenan la atmósfera), me pregunto: ¿los pensamientos se van o vienen con el humo del cigarrillo? Y ese humo, ¿sale de él o viene de mí, que, según Zavera, soy un fragmento de aquel volcán ecuatoriano?

La suite del hotel de turno es mi refugio para recordar, imaginar y soñar mi mundo, y alrededor, el Universo es una grandiosa promesa, hasta me permite soñar lo que razonó Platón: En el cielo están los arquetipos de los que nosotros somos una pobre copia sin testigos mediocres e imprudentes, lo recreo todo, lo vivido, lo imaginado y lo soñado. Afuera de los lugares comunes (terremotos, inundaciones, campeonatos de fútbol,

elecciones), todo es poesía, arte, espíritu, es decir, la vida esencial. Alejado de los otros busco en mí y siempre encuentro, por eso en mi vida no hay decepciones, ni sufrimientos, pues no dependo ni de los resultados ni de lo exterior. Lo que quiere decir que, en lugar de pedir afuera, me doy adentro, donde somos enormes porque ahí está el punto que nos conecta con el Universo. Mi vida, extravagante para algunos, envidiada por muchos, es mía, tengo el gobierno absoluto de ella, el cien por ciento de las acciones en mis manos.

El sueño es un viaje del que siempre regreso enriquecido, es una tierra propicia a toda siembra que me da buenas cosechas en la vigilia, donde me divierto porque no tengo que convencer ni gustar a nadie —el que quiera oír que oiga—. En los pasillos de mi mundo no hay brujas acechándome de niño, ni muerte acechándome de viejo, por el contrario, la muerte me acerca a los grandes, los sienta a mi mesa, por eso he podido conversar con Platón, con Shakespeare, con Balzac, con Spinoza, con Nietzsche. En mi mundo, la vigilia se relaciona fácilmente con los fantasmas, los duendes y los gnomos, que son los que toman lo de afuera para hacer un Quijote adentro, los que van del pasado al futuro graciosamente, sin perder tiempo con el presente, que es el único momento donde suceden las cosas que, imprudentemente, llamamos reales.

Siempre viví en la frontera entre el sueño y la vigilia, sin prejuicios, abiertamente, y esto, por supuesto, enriquece aún más mi vida, además, el sueño me permite descansar de la realidad o cambiarla (el inconsciente excita al consciente, lo libera de los bloques que provoca la razón, es tan generoso que me permite soñar los sueños de mis personajes).

¿Soy el mismo segmentado por el tiempo o soy el tiempo juntando a muchos en mí? Cada vez que me pregunto esto recuerdo a Berón, que se hizo marino para navegar los mares de la literatura, desde Homero a Melvilla y de éste a Conrad y

a Hemingway, y terminó llevando a la ficción de la novela la ficción de la vida, de todas maneras, los sueños y nosotros somos la misma cosa.

Después de los conciertos en el Bellas Artes de San Juan de Puerto Rico vuelvo al avión, donde de vez en cuando suena una guitarra triste, entonces recuerdo a Michael, al que el padre lo defraudó —era falible como todos—, y la decepción y el enojo no lo soltaron jamás, tan desilusionado, que se metió en la tumba antes de morir. De vez en cuando suena un saxofón triste en el avión que me lleva de Miami a Los Ángeles, entonces recuerdo a Meter, que había sufrido tanto que para evitarles a sus hermanos menores el sufrimiento, los mató; pero al final del día, horrorizado por su propia violencia, se suicidó en el baño de un bar de Sunset Boulevard. De vez en cuando suena un piano desgarrador —parece Ray Charles pensando en Georgia— en la limousine que me lleva del aeropuerto de Los Ángeles al hotel, entonces recuerdo al pastor Lee, que hizo correr la voz de que Jesús volvería a San Diego, y con el pretexto de limpiarle el camino, mató a los malos, es decir, a los que competían con él. Lee fue siempre igual, es decir que la vida no pasó por él, que por culpa de la Biblia se perdió a Marilyn Monroe y a las mil y una noches, por eso de él sólo se puede decir que nació en verano y que murió cincuenta años después, en primavera. De vez en cuando suena un cuarteto de cuerdas en el lobby del hotel, entonces recuerdo a Aarón, que nunca pudo ser claro ni práctico, que nunca pudo encontrar su lugar en la sociedad, que nunca sospechó su destino, que no tuvo hijos, ni escribió libros, ni tuvo muertos que cuidar, es más, ni siquiera se trepó a un árbol cuando fue niño, o cuando debería haber sido niño. De vez en cuando, suena un quinteto de vientos en el ascensor, entonces recuerdo a Shirley, que con la ironía no pudo disimular su angustia metafísica, que la mató rápidamente, es decir, en dos libros y un matrimonio. De vez en cuando suena una sinfónica en mi suite, entonces recuerdo

a Felipe, dueño de su vida desde la cuna a la tumba, y tal vez lo siga siendo del otro lado, adonde Billie Holliday espera a Tony Bennett, al que alguna vez escuché por aquí, en Beverly Hills, donde la publicidad se ocupa hasta de la pornografía. No te engañes, por mucho que te preocupes, morirás a mitad del camino.

Los perros ladran pero el cazador mira para otro lado, la serpiente duerme la siesta en el sillón del poder antes de salir a envenenar a la multitud, las brujas y las celestinas hacen su guarida en los canales de televisión y los deportistas se disputan con los roqueros el cetro, la altura donde nadie consigue el equilibrio. Lo político pasa, como siempre, rápidamente, pero queda lo demoníaco, lo titánico, lo místico. ¡Alta función la del poeta que nos hace ver la belleza en todo lo que nos rodea, alta tarea transmutar las palabras, ofrendar su sangre a los ríos, evocar y conjurar!

Los trabajadores están fuera de la economía, siguen encadenados o cotizados por los políticos, que hoy son figuras folklóricas, sólo marionetas de los grandes capitales, que no permiten que a ningún componente del rebaño se le ocurra liberarse, pasarse del otro lado, dejar de ser esclavo para ser amo. Las abejas no pierden tiempo con teorías y supuestos como la democracia y la igualdad, ellas están sólo en los hechos, por eso nos sobrevivirán.

La influencia norteamericana ha empobrecido a Europa, le quitó brillo con su basura de corta vida pero que apestará la Tierra por mucho tiempo, conocí a alguien que hubiera preferido que los alemanes ganaran la segunda guerra mundial por razones culturales, y es comprensible: es preferible Schiller a Michael Jackson, Nietzsche a Stallone, la cocina francesa a las hamburguesas.

Por las autopistas, automóviles que dan más de doscientos kilómetros por hora deben ir a quince por el intenso tránsito,

automóviles de primera para ciudadanos de quinta porque son sólo esclavos, y lo peor es que lo son por elección, a cambio de un salario mejor que el de sus países de origen, tan alienados e idiotizados como los locales, vaqueros que, de pronto, con el auxilio de científicos que compraron en el mundo, ven a sus hermanos en el espacio, lo que es más una fuga de la vida de la Tierra, a la que nunca se arrimaron, que una hazaña. Aquí matan, pero serán pulverizados allá, donde investigan.

En la televisión, un pastor enceguecido por el pánico lleva una Biblia como si fuera la última tabla de Titanic, el poder que lo autoriza a todo. Una Biblia que como antes los españoles y los ingleses pusieron como pretexto para saquear y asesinar. Los latinoamericanos, siempre inocentes, por no decir dormidos, festejan porque el próximo vicegobernador de California será hijo de latinoamericanos, como si la política significara algo frente al dinero. Este pastor, como todos los de por aquí, adapta la Biblia a su conveniencia, a sus mediocres pero peligrosas necesidades, el querido libro sagrado que lo liberaría del consumo suicida y homicida, de la gula que paga tan caro el resto del mundo, principalmente América, nombre que se adjudican, la Biblia que siempre tiene algo para el que busca, la Biblia que te ubica de un solo golpe, la Biblia que convierte al mundo en un desierto, la Biblia donde desaparecen Babilonia y el cuerpo de Jesús, la Biblia que satisface a cualquier imaginación ¡caramba, un cuento dictado por Dios!

Estamos entrando en una nueva religiosidad, que no es la del espacio, del que siempre fuimos parte, aunque los norteamericanos nunca se dieron cuenta, ocupados en quedarse con el planeta, que ahora nos castiga a todos por culpa de ellos, que lo pudren todo.

Aquí, aunque se disfracen de benefactores y humanistas, todos sabemos que sólo buscan el poder, a lo sumo devuelven una pequeña parte de lo que se llevaron de todos los rincones

del mundo. Además, ningún esclavo más fiel que el que te debe un favor, el que te agradece porque no se dio cuenta de lo que le sacaste, por eso el ignorante es inconscientemente socio del invasor.

Los que se disfrazan de humanistas me resultan más simpáticos que los que se creen filántropos, decía Fünger, que leyó atentamente los veintidós volúmenes de Saint-Simon, el Fünger al que le gustaba el plan, el orden, desde el ejército prusiano a la orden de los jesuitas, desde la flota inglesa a los Césares (a Fünger le caían bien los ecologistas, van por el buen camino, decía, aunque son peligrosamente pesimistas, suicidamente inocentes, diría yo)

Hitler fue un monstruo, por eso tuvo una monstruosa popularidad, como el éxito aquí, en Estados Unidos, donde son tan ignorantes que no saben que la multitud siempre se hunde en el pantano con los dioses que inventa para no hacerse cargo de sí misma, espera tu hora, vaquero, y se te dará lo que mereces, tú, que lo calculas todo, incluye a la muerte en tus cálculos. De todas maneras, sólo es verdadero lo que nunca sucedió en ninguna parte, y yo soy artista; lo que quiere decir que no debo distraerme con la política. Debo estar atento a las musas, a lo esencial que, según Antoine d'Exupéry, es invisible a los ojos. Mi centro es el arte, el arte en todas sus disciplinas, y lo demás es lo de menos. Sólo soy responsable ante mi obra, por eso soy, inevitablemente, egoísta, aunque esa atención constante que tengo en mí mismo me dará una obra que iluminará a muchos, lo que quiere decir que puedo contagiar mi plenitud. Si quieres hacer algo por mí, hazlo por ti.

Hoy, en medio del exceso en el que se hunde Los Ángeles, no pienso en el manzano sino en la manzana que me da cada día. Hace mucho tiempo que sé que un poema le puede cambiar la vida a cualquiera de esté atento, por lo menos si es de Rimbaud o de Withman, que hubiera sido un profeta si hubiera

nacido más al sur, a mí me puso de pie en Argentina y me enseñó a ver y oír en el mundo.

Yo no soy un indio americano porque estoy aquí desde antes de Colón, yo soy un auténtico Lakota, me dice el misterioso pero afectuoso hombre de trenzas, collares y ancho sombrero negro que siempre que vengo a Estados Unidos, y no sé cómo se entera, hace muchísimos kilómetros —a veces se cruza todo el país— para encontrarse conmigo. Para él, yo soy parte del gran consejo universal de la paz, yo, según él, soy una pipa sagrada.

Lakota significa paz, amor, pueblo, y esto incluye a todas las tribus del mundo. Mi gente es la gente de la Chanumpa, me dice mientras me rodea de piedras que trajo para mi equilibrio, que es el nombre lakota de la pipa sagrada, y significa árbol viviente. Fumar la pipa sagrada es consultar a la Naturaleza, llenarse de ella. El bosque es nuestro hogar y nuestra madre es la Tierra, que nunca se equivoca, que siempre tiene mucho para darnos. Nosotros no interpretamos a.c. antes de cristo sino antes de Colón, y nosotros estamos aquí antes de él, por eso no necesitamos señales ni símbolos para reconocer y recordar que existe un Gran Padre que creó todo lo que hay en el Universo. Nosotros hablamos directamente con Él, telepáticamente, y nuestro pensamiento rodea al mundo, nosotros sabemos que la contaminación comienza en la mente del hombre, el primer desastre ecológico es hacer de uno un desdichado, lo que terminará afectando a todo el planeta. El hombre que no ha creado nada, sólo empuja alguna piedra desde lo alto de la colina, y de ahí en más inventamos muchas cosas inútiles, como la rueda. Digo inútil porque si no se tiene una medida, un fin concreto, el hombre es como una rueda sin frenos que puede salir disparada hacia un desfiladero. Nada de la vida moderna sirve para nada, los problemas que tenemos no nos pertenecen (enfermedades, soledad, locura, tristeza), por eso la solución deberá venir de los Seres del Trueno, ni todos los gobiernos del

mundo podrían controlar el clima del planeta, sólo nosotros con nuestra pipa sagrada.

Con él, Luciano Pérez, que llega desde el sur de California, sanador espiritual purépecha. Nacido en Pátzcuaro pero residente en Estados Unidos, espera recuperar la tierra que les pertenece, y ellos pueden esperar siglos porque no tienen apuro porque creen en la eternidad. Aprendió trabajando con los hombres-medicina de varias tribus indígenas, sobre todo lakotas, pero su visión de la danza para la paz, la salud y la unidad procede de sus experiencias como soldado en Vietnam, y completó esa visión viajando a los antiguos centros de las cuatro direcciones, donde rezó y obtuvo el permiso de los guardianes espirituales ancestrales para llevar a cabo la danza de la paz. Juició su viaje en Palenque, donde recibió la conciencia de Quetzalcoatl (la inteligencia creativa) y la Tezcatlipoca (el despertar del sentido de la existencia) en relación a la misión que le fue revelada. Después fue a Giza, en Egipto, donde ofreció una ceremonia en la Gran Pirámide, y allí obtuvo el bastón de paz, y de allí a Jerusalén, donde rezó en el Muro de los Lamentos, en el Monte de los Olivos y en la tumba de Ruth (oró por las próximas siete generaciones), después rezó en el Partenón de Grecia (debajo de la pobre Atenas contemporánea está la antigua, la de las excelencias, sólo bastaría tirar ésta para recuperar aquella) y presentó la danza de la paz en el Vaticano (al final, Luciano López tuvo cuarenta días de ayuno). Dice en su oración del pacificador: Prometo luchar por la creación de un mundo de paz, y empiezo por aceptar la existencia de un orden natural de paz y salud, que tiene en su corazón un espíritu visible e invisible, espíritu que es vibración, actividad, calor, frescura, color y sonido, es decir, la vida misma. Soy consciente de que la paz y la salud comienzan en uno, que dependen de cómo pienso y actúo, por eso prometo respetar y honrar al mundo que me rodea. Expresaré mi verdad y escucharé a los demás, mantendré limpios mis pensamientos por-

que son semillas de paz, de sanación y unidad. Doy un paso adelante como pacificador, voy desde el uno al todo, seguro de que esto favorecerá a todos.

Después de Luciano, enseguida, cuando éste se hace a un costado, llega un hombre naturalmente radiante que, después de una elegante reverencia, me dice: Mi nombre es Mohawk, es Kanattio, que significa pueblo agradable, pero mi nombre inglés es Allen Gabriel. Soy del país que ellos llaman Canadá y mi gente son los ganisakahaga, que significa pueblo de la inundación o del diluvio, aunque los ingleses nos llaman Mohawk. Nuestra nación es una de las seis que forma la Confederación Iroquesa y vivimos en el este del Canadá y los Estados Unidos. Yo pertenezco a la tribu onabaga, los guardianes del fuego. Onabaga es nuestra capital, el centro de todos los asuntos de la tribu.

Hablamos Zitkala-sa, la nación sioux que se llamaba a sí misma Ocheti Shakowin, es decir, el consejo de los siete fuegos, haciendo referencia a las siete tribus que originalmente la conformaron: los undewakanton, los wahpecute, los sisseton, los yaukton y los teton, pueblos que hablaban distintos dialectos y se concentraban en tres zonas geográficas diferentes. Los grupos más orientales eran los dakota o los sioux santee, que tenían sus animales en la horquilla que forman el Missouri y el Mississippi. La vida ceremonial, religiosa, de los sioux, era muy completa porque eran muchos los rituales y las danzas, los sioux que veían a la política y a la religión como una sola cosa. Las Tribus de la Pradera, en particular, elaboraban cosmologías pobladas por multitud de espíritus, deidades, héroes y heroínas con los que mantenían estrechos contactos. El coyote, la araña y el ciervo formaban parte destacada del folklore sioux, pero existía la creencia de una esencia espiritual que impregnaba al Universo, y era el Wakan de los dakotas, cuyo máximo exponente se hallaba en las tradiciones asociadas al calumet o pipa sagrada (esta gente es tan refrescante que después me cuesta

volver a la civilización blanca, eternamente complicada en tonterías suicidas).

Me zumban los oídos en el desayuno del Radisson de Beverly Hills porque todos, común en todas partes, están preocupados por mantener esta estructura suicida, y todo por miedo a perder las cuatro cosas que juntaron, es más, los más dementes, que en general son las mujeres de los empresarios, se creen filántropos porque donan dinero o mantienen escuelas que mantendrán normas que nunca funcionaron, que no hicieron felices ni siquiera a los aparentes triunfadores. Los Ángeles es un manicomio donde los locos andan sueltos porque son legales gracias a Hollywood, y cada uno toma la parte del pastel que puede, por ejemplo, esta zona de Beverly Hills es territorio coreano.

Viendo las mansiones del barrio y la decadencia que enturbia la atmósfera, recuerdo a los Césares, que tenían el hábito de la adopción, tal vez para manejar mejor la educación, para tener más chance de cambiar cosas, para liberarse de las cadenas de los genes, pero antes, mucho antes de los Césares, la cultura comenzó con el culto a los muertos, venerando religiosamente, a los antepasados, es decir, comenzó en las cavernas, en las gestas de los hombres de la prehistoria. Hoy, los muertos, como el casamiento, es un negocio más de los sacerdotes. Hoy, que lo podemos casi todo, sólo nos dedicamos al dinero y, con ese dinero, cuando es mucho, como sucede aquí, donde una cadena de televisión puede programar, es decir, decidir una guerra, juntamos bombas nucleares que pueden hacer estallar al planeta, una potencia tal que, puesta al servicio de la paz, acabaría con el hambre y la ignorancia, hasta podría lograr que trabajáramos menos, casi nada, lo justo para mantener la fiesta, pero el miedo, la desconfianza de los que están aquí, es decir, en la cima que les envidia todo el mundo, impide este avance e inventa motivos día a día para que sigan los conflictos para que ellos, entre otras basuras, vendan armas y puedan

mantener a los soldados y los espías que tienen en todo el planeta, y mucho más allá porque el aburrimiento que nos hace conquistadores, es insaciable.

De todas maneras, sospecho una gran profundidad en el materialismo de hoy, algo que ni los materialistas sospechan, porque nada es porque sí, por lo tanto, todo es importante en este mundo donde ya no hay silencio, es decir, que se transformó en una constante tortura desde el aire acondicionado a las cortadoras de césped y las aspiradoras, desde las motocicletas a la música funcional, por eso hoy lo que más aprecio de un hotel es el silencio, y a esta tortura hay que sumarle los turistas, que lo ocupan todo, que me arruinan casi todos los rincones del mundo, excepto las bibliotecas y los sótanos donde sigue señoreando el jazz. En el televisor aparecen los últimos sindicalistas, que parecen los viejos de una novela de Conrad, y algunos terroristas, emergentes de una sociedad terrorífica, de la que sólo nos salvan el arte y la sabiduría.

A cada ciudad debo repetir a los periodistas que no me interesa la política, por eso no voy a cantar al Parlamento, pero tampoco permito que la política se meta en mis conciertos porque, además de cara y peligrosa, la política es aburrida porque los políticos son tan iguales que los gobiernos sólo parecen cambios de guardia en palacios que nunca serán reales, por eso nunca cambiarán nada, es más, yo ni siquiera los tengo en cuenta, nunca me identifiqué con ninguna ideología. Una ideología es una idea petrificada y de una ideología enfrentada a otra, es decir, de dos muertos no puede nacer nada, no puede surgir la vida. Siempre estuve apoyado en mí, donde ahora estoy bien afirmado, es decir, soy un hombre natural, es decir, nadie está sobre mí, y estoy comunicado con todo porque soy parte de todo, sólo las circunstancias me remodelan, es decir, los accidentes me fortifican, es decir, crezco constantemente, como la música de Bach y la pintura de Cezanne. Estoy bien en cualquier parte porque estoy en mí, pienso globalmente pero

actúo localmente, es mi manera de poner en práctica el consejo de Jesús: Donde fueres haz lo que vieres, pero siempre desde uno mismo, no actuando sino adaptándose, como el agua al lugar que la abriga. Me sirvo con placer, por eso puedo servir con placer, pero siempre lejos de los excesos ideológicos, es decir, de esa peligrosa ceguera: primero el individuo, después todo lo demás. Una flor puede motivarme tanto como toda la pradera, una canción me es suficiente para volver a sentir un país, como sé que la sociedad puede exigir, condicionar mucho al hombre pero nunca llegará a lo más profundo de él. Pasé del anarquista al anarca porque me hice a un lado, ya no quiero cambiar a la sociedad pero la sociedad ya no me distrae del arte, donde me realizo. En una sociedad enferma, lo mejor es hacerse a un lado, con no colaborar con su locura ya estoy haciendo algo por su cordura.

Es poco lo que tengo para darte, pero es mucho porque te lo doy todo, puedo decirte por dónde hay que ir pero no caminar por ti, conmigo comerás poco pero soñarás mucho, que es lo que importa (la comida te sirve para hoy, el sueño para siempre). Vengo a sugerirte que recuerdes, entonces volverás a saber cómo vivir, entonces volverás a gozar de la serena plenitud, vengo a recordarte que no puedes vivir de espaldas a tanta belleza, que no puedes vivir como si la felicidad no fuera posible, si estar loco es hacer lo que uno quiere y estar cuerdo es hacer lo que quieren los demás, yo estoy loco. Si quieres acabar con las pesadillas abre los ojos, yo empecé a escribir para conocerme, es decir, para despertar, y cuando me conocí comprobé que era mucho más grande de lo que creía. Fue entonces cuando me animé a salir de mí, es decir, entré al mundo de Dickens y las palmeras, de las ballenas y de Melville, de las mil y una noches y los desiertos, donde los beduinos me recibieron como a un hermano perdido hacía siglos.

Sólo al conocerse uno puede amarse, y sólo cuando uno se ama puede amar a los demás, entonces se te abren todas las

puertas, entonces eres rico, intelectual, espiritual y, por añadidura, materialmente, si es que quieres tener cosas que cuidar, que no es mi caso, que prefiero no tener cosas para ser más libre.

Escribo, dibujo y canto porque estoy contento, y esta alegría me lleva por el mundo, es decir, soy un aristócrata que en lugar de castillos tiene continentes, y mantengo un perfil bajo porque no me gusta que me molesten y al no tener ideología, crezco en todas direcciones. Patria es la tierra del Padre, por eso, por mi Padre, mi patria es el mundo. Me enriquezco con Goethe y con los mayas, con Gurdjieff y con los shadus que meditan al costado del sagrado Ganges.

Uno no es ni bueno ni malo si recuerda la totalidad, es decir a Dios, uno no es primero ni último si recuerda a Dios, uno no es rico ni pobre si recuerda a Dios, al generoso Dios, que siempre nos da una nueva oportunidad; por eso podemos salir en cualquier dirección en cualquier momento. Del otro lado me encuentro con la abuela, que está en la casa que ya no existe de este lado, rodeada por las gallinas que nos comimos antes de que muriera.

La tarea fundamental es armonizar diferencias, de todas maneras, lo sepamos o no, todo tiene una misteriosa precisión, desde el café que se me cae al avión que aterriza; desde el tiro libre que se convierte, al discurso grosero de un iletrado. Uno puede sentirse mal pero el mundo va bien, suceda lo que suceda es lo que debía suceder, de lo contrario no hubiera sucedido. No podemos reducir la vida a un interés personal, por eso mi vida es un eterno festejo, una fiesta porque vuelo con las aves y nado con los peces, soy Withman y soy Zorba, soy la montaña y la nieve que la cubre, es decir, soy parte del único que es. Desconfío de la suerte, y más cuando es mucha. A Mussolini lo descuartizaron los que antes lo encumbraron, lo mataron los que lo aclamaron, ya sé que el que fácilmente hala-

ga fácilmente insultará. Tengo algo en común con el oso: el salmón, al que muchas veces vi saltar entre las aguas y ayer me comí en el avión, antes del queso francés, las palomas me confirman que no hay migajas, todo es pan.

Después de los conciertos en el Wiltern Theatre de los Ángeles y en el Masonic Theatre de San Francisco, me junto con algunos jóvenes, desde coreanos a canadienses, a recordar fervores que tenemos en común, por ejemplo Salomón, el que reinara en Israel, el que hizo construir el Templo de Jerusalén, que cobijaba al Arca de Dios, donde se guardaban las tablas con los mandamientos que el Señor puso en manos de Moisés. El Salomón de las mil mujeres que por una, la reina que vino desde Etiopía en siete años de camello, escribió el Cantar de los cantares, y cuando ella se fue, estuvo seis meses en su palacio pero sólo se le entregó la última noche, escribió el Eclesiastés, que repetir y repito, por todo el mundo. Al fin, con los muchachos coincidimos en que algo se perdió entre Kant y Hegel, y que para el sexo, el amor es un accidente, a veces lamentable, el sexo, que es demasiado inteligente para el amor, pero, de todas maneras, no amamos al otro, en el otro nos amamos, amamos lo que deberíamos tener, lo que nos falta para completarnos.

Pronto volveré al querido México, donde siempre espero encontrarme con los extraterrestres, hombres superiores, depurados por los siglos para llegar a Dios. Pronto volveré a Argentina, donde ódiense los unos a los otros es el mandamiento nacional, todos contra todos para que nos ganen los de afuera, los extranjeros de los que somos parte, ¿o no es cierto, Petrocelli, Goldemberg, Fernández, Smith, Certain, Yohiro, Kranss, Acevedo, Casals, Hassan, Menem?, y tengo derecho a hablar de esto porque yo soy argentino (vicecampeón del mundo en cualquier cosa, diría Cortázar), es decir, el resumen de la Humanidad, el promedio de todas las culturas, ¿o no es cierto, Borges? ¿Habría Gardel sin Francia, existiría yo sin

Yupanqui, impensable sin José Hernández, imposible sin España, es decir, sin los moros? Yo soy un detalle más en la tela argentina, siempre sin terminar, ni siquiera bien extendida, siempre en vaivén. Allá nací, pero no hace falta aclararlo, todos saben, o sospechan, de dónde soy cuando canto pero más cuando dudo, cuando ven que cambio de dirección en cualquier momento, cuando afirmo sin pensar, cuando parece que lo sé todo, cuando quiero las cosas ya mismo, cuando hablo en voz alta, pero soy un argentino diferente, algo extraño porque se han sumado a mi vida peregrina tarahumaras y derviches, japoneses y franceses, playas muy calientes y desiertos muy fríos, riquezas impensables y miserias desgarradoras, el budismo zen y el béisbol, al que no puedo olvidar estando en los Ángeles, desierto asfaltado donde todo queda lejos, por eso es impensable la vida sin automóvil, donde desde el Cadillac para arriba estás en peligro, tanta es la desconfianza porque tanta es la competencia. Esta California que los mexicanos vienen invadiendo inconsciente y silenciosamente, y eso por una simple cuestión demográfica, la California donde, gracias a Hollywood, todo parece posible, por eso llega gente de todo el planeta.

Ahora, y esto es poco argentino, acepto incondicionalmente la vida, ahora escucho más y discuto menos, ahora, en lugar de barrio a barrio, voy de aeropuerto en aeropuerto. Ahora hay hoteles en lugar de parientes, ahora los libros tienen más importancia porque son los únicos que me acompañan constantemente, son mi verdadera pareja, con ellos disfruto y planeo. Es más, sólo cuando canto soy absolutamente argentino, como si cantara la sangre liberada de la cabeza, es más, en el escenario soy la patria, aunque para muchos soy la voz de los latinoamericanos, que también es cierto, pero después de ser argentino, lo que quiere decir que “soy el gancho con más información del mundo”, como dijo un crítico de New York que revisó toda su vida después de un concierto mío en el

Lincoln Center. Cuando digo mío estoy diciendo que a través mío siempre resuenan Cortázar y Macedonio Fernández, siempre aparecen Borges y Yupanqui, siempre está la travesura de una pincelada de Carlos Alonso o de un collage de Antonio Berni, es decir, soy irremediable, fatalmente porteño, por eso en lo que canto siempre frasea Troilo y baila Vipulazo, soy un porteño desafortunado que se adueñó del mundo, es decir, que hizo de todos los países, barrios de Buenos Aires.

Soy un artesano que agita contando, a cada rato se siente temblar el piso, como para que no olvidemos que estamos sobre la Falla de San Andrés, que en cualquier momento se puede tragar toda California. Como el fango, incluyo todo, que excluyan los políticos es previsible, pero en los artistas es imperdonable. No me detengo a corregir, sigo adelante, constantemente excitado por las cosas y los cambios de la vida, o tal vez estoy reescribiendo el primer poema sin darme cuenta, y esto conformaría que la vida es circular, de todas maneras, no hay eternidad que me alcance para contar todo lo que tengo que contar, y esto es porque nada se detiene jamás. Estoy seguro de que recién entenderé mi nacimiento cuando esté agonizando. Subo la cabeza para ver y la bajo para escribir, como subo y bajo constantemente de los aviones y los escenarios, cuento y escucho contar, hago y veo hacer, y a todo le encuentro fundamento. Alrededor, la Naturaleza está alborotada, es su manera de responder a la agresión del hombre, que olvida que le pertenece, por ejemplo, esta parte del planeta se enfría demasiado, y llueve tanto que no hay río ni arroyo que no se desborde, que no hay mar que no se levante para callarlo todo, por ejemplo, miles de vidas en Honduras, en Nicaragua, en Guatemala, y El Salvador, donde barrió pueblos enteros, inquietando a la Florida hacia donde vamos, que está en permanente alerta.

Vivo como al descuido, pero atento a cada minuto, abro los ojos como abrí las tranqueras en la adolescencia donde sospe-

ché que siempre sería un campesino. Aún en la Fifth Avenue de Manhattan o en la First Class de American Airlines, que ahora nos lleva de Los Ángeles a Miami, cinco horas para escribir, es decir, cinco horas en el paraíso, que en este momento está a diez mil metros de altura. Muero en cada lugar para nacer en otro, por eso no hay tiempo de llorarme, a mí, que me parieron en Argentina por orden de Europa, en la Argentina que se detuvo, suicidamente, cuando yo comenzaba a caminar. Días en que mis abuelos paternos comenzaban a perder lo que no habían ganado porque de Perón en adelante perdieron poder los herederos, y esto pensando en favorecer al pueblo, abstracción que todavía me conmueve, que me llena el corazón y los pulmones cuando canto por milonga, que viene del africano milonga, que es hablar mucho. Cuando se me cuele un tango en los conciertos, cuando alguien me pregunta si tiene un centro mi vagabundear, cuando veo un caballo o recuerdo una jugada de Maradona, cuando es domingo, único día en que todos los lugares del mundo son iguales, esa abstracción, el pueblo, me creció las alas con las que vuelo por el mundo.

Los barcos pasan al costado de la cafetería del hotel Miami. El cielo está lleno de aviones y las autopistas de automóviles. Todo es tan grande como vacío. Todo crece constantemente, menos los cubanos que están condenados por la mala memoria, esa que recuerda sólo lo que duele, Fidel Castro al que su odio ha convertido en un gigante. Sólo se distraen de él para hablar de dinero.

En Estados Unidos te tratan como a un niño, es más, como a un idiota porque te marcan todo, hasta fumar es un delito federal, ellos, que pudrieron al mundo, por eso es un alivio, después del concierto en el Jackie Gleason Theatre, de Miami, volver a México, exactamente al Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, uno de los mejores del mundo, a dar un concierto, aquí estuvieron dando conferencias Isabel Allende, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez.

Después volamos a San Salvador, donde los periodistas, entre muchas cosas, me preguntan qué es el amor. El que hoy nos convoca, les digo, mi ahijado y yo corriendo para abrazarnos. Antes, la Madre Teresa mirando a cualquiera, los conejos negros sobre la nieve blanca, todo lo que cante Marco Antonio Muñoz, Borges recordando a Macedonio Fernández y Goyeneche cantando a Pichuco, Erika caminando a Cartagena y Rocío a Guadalajara. El amor es el sándalo en los anaranjados ocasos de la India, la liviana lluvia sobre los trigales, el polvo transformando a Zotalco en una tela impresionista, los canarios del Ancira en el Monterrey de Roberta, el vapor del baño callando al espejo, el otoño de Roma, la primavera de París, el vino y los amigos chilenos, el rumor del mar, el misterioso murmullo de las abejas, los jazmines de Silvia y el breve espacio de Milanés. Todo esto es parte del amor al que sólo Dios puede definir.

Cada vez más salvadoreños tienen hambre de mi testimonio, necesidad del agua que traigo y, sin saberlo, me empujan amorosamente a la última etapa, donde la luz será la meta, sólo la luz porque no se puede poner nada al lado de ella (ya una vez, hace doce años, cuando estaba preparado para alcanzar la cima, Él me bajó al fondo de los abismos encadenado a mi cuerpo enfermo, pero después, a través de los médicos, me dio una nueva vida, porque en realidad soy un niño que acaba de nacer).

Los salvadoreños, tal vez inconscientemente, me están ayudando, con su necesidad de mí, a abrir la gran puerta, y miles de ellos entrarán conmigo a la otra dimensión (todos los libros que me regalan van en esa dirección, todas sus flores, que me traen las mujeres más ricas y los bomberos más pobres, los campesinos a los que el Match les quitó todo y los jóvenes que despertaron con mis canciones, hasta la quena que me hizo el padre con su hijo de cuatro años me indica el camino a la gran puerta). En el Salvador vuelvo a ser salvado, y parece que

ahora definitivamente, y me salvan para que los salve, a ellos, tan humildes que se creen pobres, ellos, los mejores seres humanos del mundo, es decir los más ricos, parte de esta reserva espiritual de la Humanidad que es Latinoamérica, adonde vendrá el primer mundo a recuperar la salud perdida, y tengo derecho a hablar del mundo porque lo he caminado, hasta he seguido los pasos del apóstol Pablo por la cuenca mediterránea, hasta me detuve donde se detuvo, y hablando de Pablo, recuerdo los días en que escribí que lo había visto y escuchado en la meseta del Golán, maravillosa ventana a la alta Galilea, donde unos años antes se habían abierto trincheras, pobladas de ametralladoras que disparaban contra los sirios, la Galilea poblada de refugios de hormigón escondidos en los matorrales y alambradas de espinos, como la corona de Jesús, la sagrada Galilea ofendida por las minas, donde llegó a pelearse cuerpo a cuerpo la guerra de los seis días. Recuerdo las noches en que pensé alto en el alto Valle del Jordán, el del conmovedor encuentro en el amado río, recuerdo a Kuneitra, pueblo de la frontera donde sospeché para qué había nacido, recuerdo la nieve del monte Hermón, señoreando sobre un desierto siempre hirviendo, como una nube que bajaba del Infierno a la Tierra, y después de él, la nada, la densa nada de la que surgió todo, recuerdo al ex soldado israelita enojado con los hombres de las Naciones Unidas porque no les dejaron avanzar hasta Damasco, por donde anduvo Jesús.

He caminado y buscado siempre, como Pablo, atento a todo porque lo que buscaba era la verdad, la verdad primera y última, búsqueda que comenzó con Jesús, con el que me voy a encontrar en cualquier camino del mundo, por eso estoy muy atento, y no tengo nada para que nada me distraiga de este vivir despierto, hace veinticinco o veintiséis años, al final de un concierto en Bersheba, se me acercó una muchacha que reconocí de inmediato: era la hija del mueblero de un pueblo bonaerense, el que cada vez que yo le llevaba un telegrama, a mis

doce o trece años, me decía que fuera con tiempo porque me quería leer un libro, cosa que nunca sucedió porque en esa época yo no escuchaba a nadie, y ese libro, me dijo la hija de Bersheba, era la Biblia, a la que sospecho trajinaste mucho, me dijo emocionada, por lo que escuché tu concierto.

Anduve las ondulaciones del Delfinado con un viejo escandinavo que no dejaba de contarme la hazaña vikinga: haber llegado en sus pequeñas embarcaciones a Norteamérica, donde descubrieron a las uvas, hace mil años, es decir, quinientos años antes de Colón. Compartí el fuego de Juan el Bautista y la paz de Ghandi con las monjas de una abadía cercana a Saboya, trajiné muchos pueblos de Chipre, Turquía y Grecia, canté y escuché en Malta y en Sicilia, en una lenta y maravillosa procesión, en un alegre peregrinaje que todavía no terminó.

Recuerdo a los niños y a los asnos corriendo entre la multitud por las calles del ardiente Tarso turco, lleno de tiendas, imposible de asociar al de hace dos mil años, cuando las mezquitas suplantaron a los templos, las mezquinas de minaretes que parecen misiles, de aquella época sólo una puerta evoca a los romanos, y se llama Cleopatra, y cerca, en la ladera de una colina, los restos de un teatro antiguo, más algunas cabezas de mármol encantando al patio del museo municipal, pero en los suburbios de calles estrechas hay casas antiguas que evocan los días de la niñez de Pablo: gruesas puertas de madera maciza en los gruesos muros y terrazas donde tomar el fresco y estudiar a las estrellas, y en los jardines cerrados maduran los limoneros, los higos y las granadas, antes dieron sus frutos los manzanos y los ciruelos, y dentro de poco, en la primavera, los almendros.

En el mercado todo sigue igual, como hace dos mil años, los vendedores siguen hablando maravillas de su centeno, su cebada y el trigo que sacan a manos llenas de los sacos de yuste. Y al lado, los hortelanos ofrecen los pepinos y los repollos, las

cebollas y los garbanzos, las lechugas y las lentejas. Después el tejedor, el alfarero, el sastre, el zapatero, el tejedor de alfombras y las orillas del Cydnos, donde quedaron las ruinas de un templo romano, al viejo puente se lo ve quieto, como un barco muerto sobre las aguas verdes. Las cañas tapizan las orillas del Cydnos, donde hace muchos siglos casi detuvieron a Alejandro Magno, que venía de Macedonia, y esto fue por una congestión que lo desdobló con la fiebre, tanto que casi muere.

En el recuerdo vuelvo a caminar entre los olivos de Cilicia, antes de la rosada cadena del Taurus, antes de la nieve que llega con el otoño, del recuerdo saco para los salvadoreños, a Tarso, corazón de una cultura superior, una brillante encrucijada del Asia Menor, fundada por los hititas, antiguos pobladores de Anatolia, mil cuatrocientos años antes de Jesús, y después de los hititas llegaron los asirios, los macedonios, los seleúcidas, los armenios, que arrasan la ciudad, y los romanos, que la llenan de monumentos y le devuelven la paz.

Por Tarso pasó Ciro, rey de los persas, y Senaquerib, rey de Asiria, Alejandro Magno, Cicerón y Pompeyo, César y Marco Antonio, que en Tarso conoció a Cleopatra, la hermosura egipcia que lo enloqueció de amor. En esos días, el nivel cultural de Tarso eclipsó a Alejandría y a la mismísima Atenas, era tanto el nivel que los profesores controlaban y administraban a la ciudad, que descansaba en la llanura costera de Cilicia, cruce de las más importantes rutas de Europa y Oriente. Por el mar llegaban la razón y el derecho romanos, la cultura y el arte de Grecia, y por tierra, las especias, las sedas, los magos, los astrólogos y los misteriosos cultos asiáticos.

Allí nació Pablo, en el seno de una familia judía, bajo el dominio del emperador Augusto y cuando se cerraba el Templo de Jano, era la paz romana, más de mil años después de que Dios se revelara a Abraham, padre de judíos, cristianos y musulmanes.

El padre de Pablo era tejedor con palos de cabra, y en su casa hablaban griego y arameo, que era la lengua popular de la Palestina, seguramente conocían el latín y el hebreo, que era la lengua de la Biblia. La familia de Pablo eran fariseos, judíos separados en busca de la santidad, laicos que, dentro de Israel, buscaban lo ejemplar, y para esto aplicaban la ley con todo rigor: la pureza, el descanso en el Sabbat, los tres rezos del día y la lectura diaria de la Torá, que significa mostrar el camino a través de los cinco libros del Pentateuco, el libro de los libros que contiene toda la enseñanza de Moisés. Así comenzó el camino de Pablo hacia Jesús, aprovechando que Tarso estaba en permanente comunicación con Jerusalén, rodeado de judíos ortodoxos, los que jamás se sacan el sombrero por respeto a Dios, los sacerdotes siguen vistiéndose a semejanza de Aarón, los que saben que la ley no admite cambios ni discusión.

En esos días, Pablo recitaba en voz alta a los poetas griegos (Menandro, Aratos, Epiménides), a los que debe haber conocido por Atenodoro, que andaba cerca, el que fuera preceptor de Augusto. En Pablo estuvieron siempre la diatriba estoica, la mayéutica socrática, es decir, el modo de pensar griego, aunque no pudieron contagiarle el amor a los deportes porque, para él, el cuerpo era sólo un siervo que lo llevaba de aquí para allá.

A los dieciséis años, Pablo subió a Jerusalén, setecientos kilómetros de camino, entre olivos plateados y robles, entre cipreses y enebros, subida que se va despoblando de a poco, que se desnuda en homenaje a la ciudad sagrada, que aparece en un recodo del camino, como se nos aparece el Cotopaxi del Ecuador, como aparecen las canciones y el amor. Así se le apareció, fortificada y entre montañas tan áridas como calientes, la tres veces santa, la capital de la eternidad, el centro de la paz, aunque siempre ha vivido en guerra, la caliza con que fue construida se pone dorada al atardecer, y después, lentamente, baja al púrpura, a veces violeta, la Jerusalén que ora debajo del cielo sin nubes, donde Salomón construyó el templo que, muchos

años después Josías declaró el centro del culto. Allí, Pablo estudió a los pies de Gamaliel, que también era fariseo, el más importante doctor de la Ley, hombre ante el que todos se inclinaban, que gustaba decir a sus discípulos: exceso de carne, exceso de gusanos. Exceso de bien, exceso de tormento. Exceso de mujeres, exceso de encantos. Exceso de servicio, exceso de hurto. Exceso de Torá, exceso de vida. Exceso de estudio, exceso de prudencia. Exceso de consejo, exceso de sagacidad. Exceso de Justicia, exceso de paz. Adquirir buen nombre, adquirir para sí mismo palabras de la Torá, adquirir vida del mundo venidero, y nada como la música para retener las palabras, por eso la salmodia y los ritmos, o mover, mientras se habla o escucha, los doscientos cuarenta y ocho miembros del cuerpo, como aconseja un texto de los días de Abraham.

Como Gamaliel, el Pablo que amaba a Homero entra en el mundo espiritual, el Gamaliel que hablaba muchas lenguas pero prefería el arameo, la lengua de la Revelación, la lengua para entablar diálogo con Dios. En esos días, en Jerusalén había más de cuatrocientas sinagogas, en tiempos de Jesús, es decir, un poco antes, hubo más de seiscientas escuelas en la ciudad, y la ley oral era tan respetada como la escrita desde que Dios habló a Moisés que, oralmente, pasó el mensaje a Josué, que se lo comunicó a los ancianos y a los profetas, que lo pusieron en los oídos de los sabios de la Gran Sinagoga. Uno de los rabinos enseñó a Pablo que el estudio intenso de la Torá conduce a la circunspección, la circunspección al cielo, el cielo a la inocencia, la inocencia a la separación, la separación a la pureza, la pureza al amor total a Dios, este amor a la humildad, la humildad a temer al pecado, el temor al pecado a la santidad, la santidad al espíritu santo, el espíritu santo a la resurrección de los muertos, y por la resurrección se alcanza, como el profeta Elías, el estado de bienaventurada memoria.

Cuando Pablo andaba por Jerusalén, Jesús, doce años mayor que él, todavía no había iniciado su vida pública. Pablo

abstracto, Jesús concreto, uno criado en la holgura, el otro en la pobreza, uno con gente brillante, el otro con campesinos silvestres, uno entre rollos sagrados, el otro entre palomas y peces, uno entre maestros, el otro entre gente sencilla. Al poco tiempo, Pablo regresó a Tarso, donde trabajó el pelo de cabra, como su padre, en tanto enseñaba la Torá, como un rabino de medio pelo. Allí, al poco tiempo, se enteró de la epopeya de Jesús, que duró menos de cuatro años. Pronto, la historia y el mensaje corrieron por toda Palestina, por la costa y en las caravanas de camellos que iban a Damasco y Alejandría, entrando en los corazones de los pobres y los oprimidos, que abrieron los ojos frente a las Bienaventuranzas. Entonces Pablo volvió a Jerusalén para seguir ascendiendo en la vida religiosa, cuando todavía Poncio Pilatos seguía siendo procurador de Judea, y allí, al pie de las murallas de Jerusalén, vio cómo mataban a pedradas al claro Esteban, el primer mártir del cristianismo, al que continuaron muchos, principalmente helenistas. Los apóstoles, es decir, los hebreos, no fueron molestados. Entonces comenzó la dispersión hacia todas partes. Pedro, por ejemplo, llegó a Cesarea, donde canté hace veinticinco años, es decir a la costa, y Mateo, autor del primer Evangelio, fue atravesado por una espada en Etiopía. Pablo, por esos caprichos del destino, se transformó en un perseguidor de los adeptos al Camino, en un inquisidor antes de la Inquisición, hasta que una tarde cayó fulminado al costado del camino de Damasco después de oír la voz de Jesús que le preguntó: ¿por qué me persigues? Los compañeros de Pablo vieron la luz pero no escucharon la voz. Sorprendido, Pablo preguntó: ¿qué debo hacer, Señor? Y Jesús le dijo que fuera a la ciudad, donde le diría qué tenía que hacer. Unos años después, Pablo contará este encuentro ante la multitud reunida en los escalones de la Fortaleza Antonia, ante el pueblo de Jerusalén y ante el rey Herodes Agripa II en Cesárea, encuentro que contó Lucas: Vengo a ti para hacerte mi siervo y mi testigo porque contarás esto a los paganos de los que te pro-

tegeré, los paganos que pasarán de las tinieblas a la luz con tu testimonio. Entonces Pablo es un hombre nuevo frente a los muros de Damasco, un oasis después de la desierta meseta Síría, una fiesta de palmeras y naranjos, jardines donde susurra el agua fresca, con jazmines en primavera y rosas en verano, un hombre nuevo pero ciego por el impacto del encuentro, un ciego que toca las murallas romanas hasta la Puerta de Oriente, la que da a la Calle Recta, siempre poblada y bulliciosa como todas las calles del Islam, un ciego deslumbrado a los treinta años, un ciego que ya no quiere volver a las sinagogas, que no desea encontrarse con la comunidad judía de Damasco, que es grande, un ciego en la ciudad donde alguna vez se detuvo Abraham, donde se le acerca Ananías, avisado por Dios, que le impone las manos para devolverle la vista. Recuerdo a Isaías: sobre los que habitaban el país de las sombras resplandeció una luz, y tal vez en ese momento Pablo comprendió que un judío que sigue a Jesús no es un traidor, un desertor, sino alguien en el que se confirma la promesa, que se realiza a sí mismo, es decir alguien fiel a la Escritura, por eso es inexplicable la eterna disputa entre judíos y cristianos.

Desde ese momento, para el judío Pablo, la cruz deja de ser un instrumento de tortura para transformarse en un instrumento de salvación, un escalón hacia la gloria, un árbol de vida. Desde ese momento, sus manos quedan limpias de sangre, entonces se arrodilla ante Ananías, que lo bautiza. Después, ante el asombro de todos, él, verdugo de cristianos, va a las sinagogas a proclamar que Jesús es el Hijo de Dios, y después busca el desierto jordano, como todos lo que desean vivenciar lo absoluto, el desierto que buscó Buda, el Bautista y Jesús, el desierto que mata o despierta.

Cuando regresa a Damasco se encuentra con muchos más cristianos, bautizados en Jerusalén después del discurso de Pedro, la primera comunidad en Jerusalén nace del Pentecostés, allí crece el nombre de Pedro porque cura a un enfermo.

Después predica en el patio del Templo y anuncia la resurrección de los muertos, lo que hace que los sacerdotes hagan detener a Pedro y a Juan, pero como los jueces no tienen cargos que hacerles, los liberan, y enseguida vuelven a predicar bajo los pórticos de Salomón porque no pueden callar lo que vieron. Por eso los siguen persiguiendo, por eso terminan dando testimonio casi a escondidas, en casas y plazoletas.

Ansioso de saber más del Jesús que debe anunciar a los paganos, a los reyes y los israelitas, Pablo busca a Pedro en Jerusalén para conocer las palabras del Maestro, cimientos de la Iglesia, es decir que Pablo, el rabino de Tarso, se junta con Pedro, el pescador del lago de Tiberíades. Pablo, el que prefiere el griego, Pedro, el que como Jesús, habla arameo, ambos llamados por el Maestro de diferente manera. Después, Pablo camina Jerusalén con Santiago y sus discípulos, antes del silencio de años, de los años que lo devuelven a Tarso, a trabajar el pelo de las cabras (si el estudio de la ley no está unida a un trabajo manual es vano, nos llevará al pecado, diría su maestro Gamaliel), pero en Sabbat habla en la Sinagoga, habla humildemente, sin olvidar que nadie es profeta en su tierra. Reza y medita, medita y reza, parte el pan y lo reparte en memoria de Jesús, y como él, se prepara en el silencio y la meditación, es decir, crece en esa vida oculta hasta que Bernabé lo llama a Antioquia, ciudad abierta a todas las religiones, aunque es parte del imperio romano, son los días del emperador Claudio, que sucedió al asesinado Calígula, donde se lee a los griegos, comenzando por Aristóteles, donde se interpretan las tragedias de Eurípides y las comedias de Aristófanes, donde se recita a Píndaro, donde hay juegos deportivos permanentemente, donde son muchas las escuelas y las bibliotecas, donde los templos son bellos. La Antioquia no menos brillante que Roma, enlozada con placas calcáreas, talladas y pulidas como el mármol, con más de tres mil columnas de granito, con estatuas de bronce. En nuestros días, los turcos la rebautizaron Antakya y

la poblaron de mezquitas, ya no tiene murallas ni bajorrelieves asirios ni columnas ni mosaicos, sólo queda algo suntuoso en el museo).

En las caravanas del Oriente llegó a Antioquia el esoterismo, en las que llegaron de Judea la Torá pero, al no haber fricciones, no hubo judería, en Antioquia se comenzó a llamar cristianos a los seguidores de Jesús el Cristo, a los que antes se había llamado discípulos, hermanos o creyentes. En Antioquia Pedro tuvo una gruta, tal vez el primer templo cristiano.

En esos días, los magos tenían escuelas, y el más famoso de ellos fue Elimas, judío amparado por el procónsul romano de Chipre, llena de movimientos griegos, como griegas eran la lengua y la escritura, como griegos fueron sus gobernantes hasta que los sometieron los romanos.

Elimas era culto y abierto a las novedades, pero temeroso de perder poder frente al procónsul, trató de que no oyera las predicaciones de Pablo, que seguramente lo convertiría al cristianismo, a lo que éste reaccionó dejándolo ciego con una sola frase: ¡por impedir la llegada de la luz quedarás ciego! Y viendo esto, el procónsul entró en el Camino, tanto que llegó a ser obispo en Narbona.

Éste fue el primer prodigio de Pablo, indispensable para confirmar la autoridad que le había dado Dios (los hombres, necios, necesitan cosas contundentes), y fue en esa isla poblada por el espíritu griego.

Después de muchas etapas llegó a Roma, donde Nerón había culpado a los cristianos del incendio de la ciudad, por eso mató a tantos, tal vez hasta al mismísimo Pedro. Se instaló entre el Teatro Pompeyo y el Teatro de Marcello, vecinos al barrio judío, pero al poco tiempo Nerón lo acusó de robarle soldados, es decir, de convertir a hombres suyos, y lo mandó encarcelar, a lo que Pablo respondió: Te invito a convertirte, lo que enfureció a Nerón, que lo mandó decapitar.

Me despido de San Salvador con miles de personas con velas en las manos.

Tenía tantas ganas de estar cerca de ti que esa mesa del restaurante se me hizo la más grande del mundo, me dice por teléfono, y el abrazo que me diste al despedirnos me dio tanto calor que tuve frío el resto del día.

Tiene pelo negro, ojos grises y hambre de años porque se casó con el primer novio, es decir, que no conoce a los hombres, y está desesperada por conocerlos, es un volcán a punto de estallar. Me esperará en Centroamérica, mientras en África, el león seguirá persiguiendo a la cebra por la Sabana.

Con tal de no estar solos están con cualquiera, y más hoy, domingo, cuando el aburrimiento llega a su punto más alto, por eso, desesperados, se juntan en grupos, generalmente familiares, en los campos de recreo, en los clubes y en los hoteles, alteran todo, rompen la tranquilidad y el silencio con sus tonterías de siempre, hablando de las mismas cosas mientras engordan y engordan, como un autocastigo inconsciente, como un suicidio inconsciente. Lo ocupan todo con su nada, ya amargaron a sus casas, ahora salen a amargar los hoteles donde se refugian los pocos individuos que buscan la soledad para reflexionar, para alivianarse, para volar, hartos de arrastrarse en la pobrísima vida social, que es un torpe ensayo de la muerte; y cuando el aburrimiento se hace insoportable, cuando ya no tienen de qué hablar ni qué compartir, tienen un hijo más. Las señoras me sonríen de reojo, están hartas de estar con el que están, no pueden disimular las ganas, al sexo no lo pudieron debilitar del todo los parientes y las estúpidas obligaciones sociales.

Vuelvo a la Guadalajara de Juan José Arreola, que es como Yupanqui, buen bebedor de vino. un amigo le dijo: De este excelente vino tengo para quince años, a lo que Arreola con-

testó: Como lo sigas sirviendo así, tendrás para treinta!. El Arreola artesanal que viene de una familia que desde siempre hace dulces e instrumentos musicales. Vuelvo a Guadalajara, a la Feria Internacional del libro (tendré un stand), adonde estarán García Márquez, Carlos Fuentes, Álvaro Mutis, Monsivais, Abel Posse y Gloria Orozco, entre muchos escritores, editores y traductores, y allí, entre los libros, como debe ser, reaparece Rocío, espléndida en sus dieciocho años, tan hambrientos como tímidos. Comienza dándome sus pinturas, que es una forma de darse, de darme lo mejor de ella, que comienza a darse cuenta de que ella misma es una obra de arte, y yo tengo algo que ver con eso, y como si fuera poco el llamado de nuestros animales, también nos une el arte, al que venera tanto como yo, es decir, que nos amamos entre Cervantes y Cézanne, entre Picasso y Klint, que es uno de sus predilectos, entre Mahler y Rodin, entre Neruda y Klee, es decir, que vivimos en arte. ¡Hay que ver con qué dulzura colorea mis dibujos!

Rocío es la más bella en el lugar más bello, el Quinta real, Rocío es una maravilla no tocada, no amada, de dieciocho años espléndidos y tímidamente atentos, listos para las más amorosas fiestas de la vida. Me ama, y esto me hace sentir que todo comienza de nuevo, esto era algo que no estaba en mis planes, es un regalo de Dios. Nos besamos, nos abrazamos, estamos constantemente del brazo o de la mano, como que si nos soltamos caemos al vacío, sólo nos separamos unos centímetros mientras firmo libros.

Rocío es la confirmación de que nunca debemos dar nada por terminado, entra por la ventana de mi cuarto, donde descansan mis sesenta y un años, irrumpe toda la luz en mi madrugada, llena de flores mis días, su sonrisa me invita a sonreír. Me provoca para que comience de nuevo pero con ella, pone su bote en mis manos y yo le doy los remos del mío, entonces de la desolación surgen nuevas islas, torres llenas de maravillas en pleno desierto. Rocío es una mañana donde cambia todo el

mundo, el mundo y los suburbios cósmicos que lo albergan, es una rosa sin espinas, es tanta vida que ni se puede sospechar la muerte. En un momento miro atrás y veo la llanura seca, miro adelante y la veo florecida por este presente que es Rocío, espigada como un junco, sensible al mínimo viento como una espiga, es una flor que la vida puso en mi ventana, la paloma que yo esperaba que se posara en mi hombro. Si había heridas, ella las cerró con una sola sonrisa, tan ancha como blanca, espléndida debajo de su pelo largo y rizado, doncella recién llegada de la selva, ya no recuerdo el nombre de las mujeres amadas, o Rocío es el resumen de todas. Rodeado por el amor adonde vaya, el amor de viejos y de jóvenes, de lisiados y condenados a muerte, de pobres y ricos, de curiosos que sospechan que la vida debe ser algo más, pero Rocío me saca aparte para que los vea mejor desde lejos, para encender desde el pasado el pozo del presente, para que sea aún más luminoso. De pronto yo, el árbol casi seco, me lleno de nidos, y mis nidos se llenan de pichones que, digan lo que digan, dicen Rocío. Ella es un anticipo del mañana de mi canción, yo ave migratoria, me quedo un rato largo en este bosque, desde donde sólo se puede escribir para el Cielo, del que Rocío es una pluma, desprendida para llegar a mí, como una nueva manera del arcángel Gabriel, pero la vida sigue, y su juventud es una prueba. Ella será yo, por eso vuelvo a tener dieciocho, es decir, mucho más tiempo para completar el poema, mientras el sol esté ahí seguiré caliente, mientras transcurran las horas seguiré en movimiento, por eso los dos sabemos que volveremos a encontrarnos en Guadalajara o donde el Dios que nos juntó decida, me llevo el perfume de tu piel, tus piernas largas y livianas, la frescura de tu sexo y tus senos, espléndidos e intactos, viajarán conmigo como sé que para ti, yo estaré contigo.

Religiosos, deportistas y maestros se acercan a mi stand de la feria del libro para decirme que mis libros los inspiran y todos me preguntan algo, creen que tengo respuestas para

todas las preguntas, y en ese momento las tengo, como si Dios me auxiliara, feliz de saber que estoy en lo que Él quiere que esté, algo que la gente también sospecha. Por eso se me acercan enfermos de cáncer para que les dé aliento, señoras aburridas para que las empuje a la libertad, jóvenes que me cuentan que dejaron la droga escuchándome o leyéndome, parejas que me traen a sus hijos para que los bendiga. Pero los jóvenes son los más deseosos de novedades, se sienten representados por mí, algunos traen a sus padres para que me escuchen, soy una alternativa para ellos. Estoy reinstalando los gloriosos años sesenta, independiente y contra todo lo establecido, solo, fuera de todos los medios, que me siguen por todas partes porque sospechan que algo está pasando.

Les digo en el Auditorium Juan Rulfo, el más grande de la feria: Es un gusto estar con mis contemporáneos, los jóvenes, porque los adultos son muy aburridos, excepto Borges, Bradbury, Jesús, Buda, Shakespeare, Picasso, Krishnamurti, Osho, pero en general los adultos son aburridos y peligrosos: mantienen ejércitos y políticos, que complican y encarecen todo, hasta provocan guerras. Hace muchos años que están tratando de transformar a este planeta maravilloso en un cementerio. Estudiaron por obligación, se casaron por obligación, simplemente porque todos se casaban, votaron y votan por obligación, se ocupan de los demás porque no se animan a ocuparse de sí mismos, es decir, los adultos son aburridos, por eso me gusta encontrarme con ustedes porque yo soy un joven de sesenta y un años. Sigo creyendo en el flower power, sigo creyendo que la imaginación debe tomar el poder, debe estar en el poder, no la ideología porque la ideología es una idea petrificada, y de dos ideologías que se enfrentan, y eso es la política, dos muertos que se enfrentan, y de dos muertos no puede surgir vida, la vida que es movimiento, un revolucionar constante, por eso hay que ser valiente y estar atento, listo para todo cambio, aprendí de Krishnamurti que la revolución fun-

damental es revolucionarse, entonces nada se puede hacer por obligación, ni por compromiso, ni por deber, sino por amor, razón del Universo que por el amor fue creado, por eso cada uno debe hacerse cargo de su vida, después sí, pleno, puede participar en la vida de la comunidad, entonces sigan a su sueño, no teman que los crean locos. Los cuerdos no hicieron el éxodo ni se enfrentaron a Herodes, ni caminaron sobre las aguas, ni escribieron el Quijote, ni descubrieron América, ni pintaron el Guernica, ni echaron a los ingleses de la Judía, ni fueron a la Luna, ni escriben canciones, entonces, ni tiene peso la opinión de los cuerdos. Crean en la locura, en la divina locura que nos hace audaces y nos crece las alas, crean en el individuo, que es lo único verdadero porque sólo a partir de él existe todo, por eso, el arte, la más alta manifestación del individuo, mantiene libre y fresco al individuo y nos acerca de uno a uno, la única manera de diálogo. Sin embargo, cuando el artista llega al éxito pierde esa maravillosa libertad porque aparecen muchos intereses, por eso el artista debe cuidar su independencia más que nadie, he visto, y veo aquí en la feria del libro, a los famosos encadenados a los gobernantes, a los empresarios, a los editores, y esos compromisos los alejan de la gente, es decir, los enfrían, los desinforman y los debilitan. Dejan de crear o se enferma su creación, pasan a ser unos burócratas más, bufones de los poderosos, ciudadanos, que es la antítesis del hombre, esclavos de una sola mujer, de un solo sistema, y si no hay libertad no hay fuego ni alegría, y sin ellos no puede haber creación.

Me gusta juntarme con ustedes, los jóvenes, para recordarles que la ciudadanía es planetaria o no es, y ése es el punto más alto de la modernidad, lo más revolucionario, es casi el amarás al prójimo como a ti mismo. La Historia nos está llevando de la mano, antes sutilmente y ahora claramente, de lo nacional a lo universal, lo que es realmente un gran paso, algo que por fin tiene que ver con el progreso, ajeno, por fin, a los

dogmáticos, los líderes, los protectores, los justicieros, hambrientos de sacrificios humanos, ajeno, por fin, a la nostalgia y la queja, tan parasitarias como la prensa y la Iglesia. Ahora, creer o no creer son dos pasatiempos inútiles, ahora se trata de cambiar o desaparecer, ya no hay pretextos porque no hay escapatoria, y sólo queda una cosa en medio del caos: detenerse, pero no en Internet, que ha provocado un nuevo y desaforado mestizaje, mezclar todo para nada, callar a la cabeza, agobiarla con datos, confundir lo cercano con lo lejano, millones a la deriva en el mar de la información, un viaje que sale de cualquier parte hacia ninguna. Me ven sólo, pero conmigo viajan los hombres azules de Marrakech, los chamulas de Chiapas, el maravilloso fantasma de Emiliano Zapata, el duende que iluminaba al Che Guevara, los derviches mendicantes de Teherán, los sobrevivientes de los años sesenta, la ardiente calma de Yupanqui, la caravana de la sal, los beduinos con sus camellos en el desierto de los desiertos, los niños huicholes que aprenden la aritmética de culturas que, por suerte, nunca entenderán, los papúes de la Guinea, que saben diferentes, el curandero panameño que cree que la orina cura todo, Rosy, que me regala globos porque no se anima a regalarme profilácticos. No hay hombre, hay hombres, todos somos los hijos del pueblo, pero esto sólo se puede entender desde el individuo, sólo cuando uno se conecta con uno puede tener conciencia del todo del que forma parte. Alrededor, la gente llama pobres a los que realmente son más libres porque no tienen cosas ni prestigio que cuidar, ni siquiera expectativas porque viven el ahora mismo, que es lo único real, lo único que hay. Alrededor, la gente llama ricos a los que habría que llamar esclavos porque están encadenados a lo que acumularon, lo que no les permite vivir, sólo consumir. Los empresarios y los ejecutivos hacen mucho para no hacer nada, siempre me invitan pero con ellos nunca se puede hablar porque siempre interrumpen sus teléfonos celulares; sin embargo, su aparente ocupación es una fuga

constante, hacen mucho para no hacer nada, jamás serán hombres, a lo sumo serán ministros o maridos. Me pregunto: ¿Qué importancia tienen las Bolsas? Al final se caerán todas, hasta las del camello, y seguiremos negociando los asuntos del corazón. Se preguntarán qué me lleva por el mundo, y les digo que es el arte, como siempre, el arte que es una emoción puesta en un documento, la figura es un símbolo más, para el artista todas las cosas son símbolos, por el arte, la gente normal comienza a darse cuenta de que no es tan normal. La poesía, por ejemplo, es el desbordamiento de la palabra, pero también el diluirse de las palabras, la que las transforma en otra cosa, en algo que termina transformando nuestra vida. Yo comencé siendo un poeta de emergencia, y creo que sigo siendo subterráneo (aunque me conozca mucha gente), secreto (típico hijo de los sesenta), alguien que se transmite de persona a persona, un alcahuete espiritual, un testigo, un agitador, un espía del alma, otra manera del correo del zar, si el zar es Dios. Un apache me dijo que yo era el trueno cantando a través del río, alguien que les recuerda que la tarea es transformar todo lo que nos pasa en algo que sea digno de la gloria de Dios, ésa es la tarea, transformar todo lo malo en un llamado de atención, en una enseñanza, y transformar nuestros aciertos en humildad, saber que todo es una oportunidad que nos da Dios de ser poetas, es decir, de transformar todo en belleza. Dios nos hizo para su gloria, entonces debemos ser plenos, y para esto debemos estar en serena atención todo el tiempo, sin distracciones sociales, salvo que las tomemos como lecciones, como vallas, como retos para superarnos a nosotros mismos. Mi causa es la nada, de la que me viene todo, por eso no busco, sólo espero sin ansiedades ni expectativas, por eso estoy en paz, es decir, un estadio más alto que la felicidad.

Atrás, no hay dolor más bello ni conmovedor que el de Billie Holliday cantando a la que murió encadenada a la cama de una clínica, acusada de usar heroína, y delante, la mirada de

Fernando Sandoval le saca voces a todos, sus retratos chorrean discursos que enriquecen al mío, ahora mismo, que vuelvo a oler las maderas recién cortadas, que vuelvo a enterrar mis manos en la caricia, provocadas por Rocío, como en la Tierra, y en esa desnudez tejo túnicas para monjes embriagados por el amor. Los gritos de la multitud se convierten en ramas, que calman aún más la siesta de las vacas, tan estoicas en toda circunstancia, en tanto las palomas vuelven a coronar a los mendigos.

Después del concierto con el que me despidió de Guadalajara vuelo a Madrid, a grabar con Miralles y Cortez, y a gozar, una vez más, de las maravillas del Museo del Prado, la fiesta constante de la Plaza Mayor y la gente del mundo desbordando la Gran Vía. Anoche, al final del concierto, un señor me dijo: Al quedarme ciego comencé a sentir una energía que me deja tres o cuatro noches sin dormir, estado en el que veo mucho dentro de mí y dentro del planeta, maravillas que si no las grito, ¡voy a explotar!

Cuando lo mismo ocupa todo, nos sentimos violados, robados, estafados, desarraigados y aunque nos tomemos de las manos, estamos bailando al borde del abismo. Ya no somos de ninguna parte, por eso, lo único que importa es el ir y el venir, es decir, la mudanza constante, el movimiento, aunque sea para nada, todos son lugares de paso, sólo escalas donde nos reabastecemos de combustible, es decir, que el descanso es imposible, y al no poder detenernos, nadie puede pensar ni comunicarse realmente con los demás. Llegar a un nuevo lugar es volver a nacer, es decir, empezar de nuevo, por eso no podemos avanzar. La competencia nos expulsa de un lugar a otro, y los colonos, los pocos que pueden quedarse, no aceptan a nadie, hacen sentir mal al que llega, lo que aumenta la desilusión y el odio, nadie reconoce en los otros la humanidad propia, no se da cuenta de que se parece más a ellos que a él mismo, por eso hay que producir más humanidad que cosas. La civilización, en

lugar de llevarnos a la luz, es cada día más sombría, y la verdad sigue bostezando a la espera nuestra.

Cuando venía recordando los días de retiro y los encuentros con el Dalai Lama, aparece Madrid, fría e iluminada como corresponde a diciembre, pero, milagrosamente para estos días, amable como siempre. El Madrid de la España donde siempre recuerdo a Hemingway, que dijo que toda la literatura norteamericana venía de Mark Twain, que fue minero, reportero, buscador de oro, editor de una biografía del general Grant, jugador y humorista, siempre dispuesto a juntar la realidad con la ficción para que fueran una excitante historia. Setenta y cinco años de invenciones audaces, bebedor y mujeriego que amaba al Mississippi, al costado del cual se crió, que buscó en el Far West, en la guerra civil y en Hawai, donde las mujeres son tan libres como dulces. Era ferozmente independiente y denunciaba toda injusticia, principalmente el maltrato a los chinos en San Francisco. “Si Cristo viviera esta época, no sería cristiano” —dijo alguna vez. Su traje blanco, que no se sacaba nunca, fue un artificio para llamar la atención, y gozó todo, hasta la riqueza que le dio la enorme popularidad que alcanzó con sus libros, el querido Mark Twain, un pseudónimo más de los muchos que tuvo, que comenzó su relación con las letras titulando la primera plana de un periódico, que creía que sólo navegando uno puede sentirse libre. Independiente, el que diseñaba los afiches que anunciaban su llegada a las ciudades que fascinaba con su elocuencia, con su constante sentido del humor. Alguna vez dijo: “Cosa extraña el prólogo, que se escribe al final, se publica al principio y, ¡no se lee nunca!” Uno de esos afiches decía: Las puertas se abrirán a las siete y los problemas comenzarán a las ocho.

Mark Twain era tan hábil que, con vendedores ambulantes, inventó la compra de libros por suscripción, y vendió millones “haz dinero —decía— y todos conspirarán para llamarte caba-llero” Su nombre era una marca, un producto que todos querí-

an, por eso hasta hubo cigarros con su nombre, el éxito radicaba en su propia persona. En su madurez dijo: “A mi edad, cuando me presentan a alguien, ya no me importa si es bueno o malo, rico o pobre, negro, blanco, amarillo, judío, musulmán o cristiano, me basta y me sobra con que sea un ser humano... ¡Peor cosa no podría ser!”

En el cine se apagan las luces para que nadie te vea llorar por tonterías, algo que, sin saberlo, haces a la luz del día: lloras por una mujer habiendo tantas, lloras por un trabajo habiendo tantos, lloras por una derrota cuando se juega todos los días, lloras por los pobres de los que te mantienes lejos, es poco serio tomar a la farsa social en serio, además de peligroso, porque te puede convertir en un amargado para siempre.

Tal vez para protegerme de tanta superficialidad, recuerdo al río dorado que llaman el río negro porque a veces las nubes se reflejan en él como sobre tinta china, el que desemboca en el magnífico Amazonas que cruza el Matto Grosso. El río dorado donde unos peces, escapando de depredadores mayores, saltan, vuelan fuera del agua, como los delfines que, aprovechando la inundación por las lluvias que pueden durar hasta cinco meses, que hacen subir al río hasta siete metros, aprovechan para alcanzar las orquídeas, es magnífica esa unión, el río con la selva, es decir, los peces nadando entre los árboles. Recuerdo al río dorado donde los pocos niños, porque pocos son los seres humanos que andan por ahí, juegan con los monos de espalda dorada sobre las arenas blancas de la buena época, es decir, cuando no llueve, porque la crecida hace difícil la pesca pues las canoas de los pescadores no pueden andar entre los árboles. Los niños y los monos juegan entre mariposas de todos los colores y todos los tamaños, y buscan (monos y niños) los huevos que dejaron las tortugas de cabeza roja para que los incuben el sol, monos y niños que no saben que hay un mundo con televisores y teléfonos celulares, que hay políticos que se matan por el poder, que se puede perder la presidencia del país más

poderoso del mundo por uno, o dos, o tres coitos, tanta es la competencia. Recuerdo a los guacamayos azules y amarillos que ocupan las palmeras muertas, sus agujeros para tener y criar a su cría, los guacamayos que hacen pareja una sola vez porque es para siempre. Allí, en la selva más grande del mundo que, al dejar caer sus hojas al río, lo hacen ver dorado, algo así como un gigantesco té que viaja con peces de todos los tamaños y todos los colores y todas las formas, una selva por la que el hombre anda hace más de diez mil años. Una selva y dos ríos donde han evolucionado extrañas especies durante millones de años, donde las pirañas atemorizan a todos, donde los delfines rosados juegan todo el día, los delfines que llegaron hace muchos siglos del Pacífico a estas aguas dulces y puras, donde anda el martín pescador verde, siempre atento a cualquier cosa que se mueva en el agua dorada, entre la selva verde, la arena blanca y las mariposas azules. Debajo de las grandes hojas del fondo del río se esconde el sapo pipa para tragarse todos los peces que pueda, el sapo pipa que parece un monstruo de ficción cuando de muchos cráteres que se abren en su lomo salen sus muchas crías, entre las serpientes coralillo, azules, blancas y rojas, que entran y salen del agua constantemente, y las mantarrayas que castigan a sus enemigos con la cola.

Todo comienza cuando la mente hace silencio y el corazón se aquieta para que yo alcance mi centro, entonces mi luz puede alcanzar a cualquiera porque en mí vibra el universo. La meditación acaba con la basura del pasado, nos libera de los condicionamientos. Es el nacimiento definitivo, el punto donde todo se transforma en arte, y mientras yo bailo en la paz del silencio, la mayoría se arrastra en las tinieblas del bullicio, muriendo a cada obligación, alimentando a la guerra porque quiere irse de este mundo rápidamente, y no se suicidan porque no están seguros de que la muerte sea mejor. Por suerte, la multitud ya no me distrae de lo esencial, por eso estoy entero en cada acto, y esa plenitud se expande, como el Universo,

entonces canta el todo cuando canto y el todo escucha cuando escucho.

Nadie va o viene, todo sucede, los vientos de la vida nos llevan adonde quieren, por eso es mejor alivianarse. La vida no se adaptará ni a tus deseos ni a tus conclusiones, por eso les resulta difícil vivir a los que creen que saben, y nadie puede saber nada porque la vida no se repite.

El sabio acciona, el ignorante reacciona y sólo se puede accionar desde la quietud, la música es imposible sin el silencio que la precede y la continúa. es decir, sólo se puede accionar desde uno mismo. ¿Ahora entiendes porqué no te respondí? Llegaste unos años tarde, ya no reacciono a lo exterior porque estoy instalado en mí mismo, ya no soy un esclavo de los otros, por eso no tengo que dar respuestas a nadie que no sea a mi maestro, que soy yo mismo, ahora soy el río que acaba con el fuego del bosque, mi silencio transforma a los insultos y a los halagos en silencio. Ya ves, actúo desde mí, no desde ti, por eso tu pregunta no tendrá respuesta porque llegó demasiado tarde.

Frente al Guernica, recuerdo que un crítico le dijo a Picasso (que se agregó una s para tener algo parecido a Matisse):

—No me gusta su pintura porque la pintura debe ser realista, no abstracta ni simbólica. Ésta es mi esposa, le dijo mostrándole una fotografía, ¡si usted la pintara debería pintarla como es!

—Es sorprendente, dijo Picasso, es muy pequeña y muy plana, ¡esta fotografía no puede ser su esposa!

Una mujer hermosa le dijo a Picasso:

—Ayer vi su autorretrato en casa de un amigo, tan bello que abracé el cuadro y lo besé.

—¿Y qué hizo el cuadro? ¿Le devolvió el beso? —preguntó Picasso.

—Por supuesto que no —dijo la mujer—. ¿Cómo me lo iba a devolver?

—Entonces no era yo —contestó Picasso.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó el niño a la madre viendo una fotografía de su padre joven, con ojos brillantes y cabellera abundante.

—Es tu padre —dijo la mujer.

—Entonces, ¿quién es ese hombre calvo que vive con nosotros? —preguntó el niño.

La mente colecciona imágenes, las transforma en cosas muertas, y lo peor es que la gente reacciona ante lo de ahora, es decir, lo vivo, a partir de esas imágenes. Entonces, siempre se equivoca, sigue al costado de la vida, jamás entra en sus juegos.

Sólo en el amor puedes conocerte porque el amor te ilumina todos los rincones, te hace sentir todas tus partes, es una alegría tan desbordante que te comunica con todo, por eso amar es tener consciencia de que pertenecemos al todo, es un estado de permanente sensualidad, y el amor no es sólo la relación con otro, es un estado de gracia del ser. No nos enamoramos, somos amor, es decir, que el origen del amor está en uno, por eso uno debe ser consciente de uno mismo para sentir al amor, y para conocerse hay que ser valiente, por eso la mayoría no conoce al amor. Es más, la mayoría muere sin conocerlo porque el miedo es lo contrario al amor, no el odio, que es un amor descontrolado. El amor te crece, el miedo te achica, el amor te abre, el miedo te cierra, el amor confía, el miedo duda, en el miedo siempre hace frío, en el amor siempre es verano. Sólo cuando conoces tu paraíso interior puedes darte cuenta de lo maravilloso que es el mundo que te rodea.

No contagies tu miedo a tu hijo, que se interesa por todo y se divierte con todo porque no conoce el miedo. Tú tienes memoria de haberte golpeado, y quieres evitárselo, lo que te

angustia a ti y lo limita a él, y en vano porque se golpeará de todas maneras, y esto es tan seguro como que siempre se levantará para intentar algo todavía más peligroso. Que no pierda esa audacia, esa valentía que lo hará amante de la vida, no un muerto que adora muertos como sus mayores, que cuidan a las instituciones que los paralizaron porque no se animan a caminar, porque no se animan a meterse en el caliente juego de la vida, además, las instituciones les dan ilusión de seguridad, algo absurdo porque en el mundo lo único seguro es la inseguridad, la sorpresa, el cambio, que es lo que lo hace tan excitante.

Ahora que comienzas a animarte a estar solo, medita, eso te ayudará a conocerte. Entonces serás más generoso contigo, te amarás y en ese estado cantarás y bailarás, lo que hará que los que tienen ganas de vivir se te acerquen. En ese estado de bienaventuranza apreciarás el canto de los pájaros y el de la lluvia, te embellecerán aún más las flores, tanto que irás enamorando y despertando sin darte cuenta, es decir, naturalmente, sin sentirte un maestro ni acumular conocimiento, entonces en cada persona verás una manera de Dios y en cada cosa un manjar de la fiesta, te sentirás bendecido, por eso bendecirás a todos, sin pedir nada porque el amor se alimenta de sí mismo, es un volar constante hacia las alturas, es algo que va más allá del cuerpo, por eso no puede ser medido ni cotizado, por eso no hay más o menos amor, hay amor o no lo hay. El amor es un peregrinaje eterno donde no hay esfuerzo porque el amor es liviandad.

En el amor, lo biológico es la base y la consciencia el vuelo, que no tiene fin, por eso no dejará de asombrarte, pero recuerda que sólo puede amar el que alcanzó la felicidad, no puedes pedir amor si no tienes para darlo, y nadie puede, ni tiene porqué, hacerse cargo de tu felicidad, que es asunto tuyo, pides algo tan real como el amor cuando no conoces la realidad porque sólo has seguido pautas culturales, por eso sólo puedes

aparentar amor porque estás vacío. Eres un desierto donde no se ha sembrado nada y pretendes que te inviten a los jardines del amor, quieres verano sin haber pasado por la primavera, y esos amores que creíste fallidos no fueron amores porque el amor es perfecto, tanto que con él, Dios creó al Universo. ¿Cómo puedes conocer al amor si no te conoces? Sólo cuando la luz que te puebla, aunque no lo sepas, se desborde, conocerás al amor, algo difícil en una sociedad donde la educación es una fuga legalizada, que señala siempre afuera, nunca adentro. Por eso Bernard Shaw dijo: mi educación fue muy buena hasta que me la interrumpió el colegio, no es casual que los hombres más sabios de Occidente fueron pésimos alumnos. Y además te exigen ganar, lo que es agotador, y perfección, que ha hecho que todos se sientan constantemente desdichados porque, excepto en el amor, es decir, cuando somos conscientes de que somos parte del todo, los seres humanos somos imperfectos porque no hay meta que alcanzar en un infinito. No hay dónde llegar en el constante movimiento que es la vida, y los que se creen perfectos exigen perfección, es decir, avergüenzan a los demás, de los que nos separa la autoridad, que impide que haya encuentro. Con la idea de la perfección te han venido envenenando los sacerdotes desde hace siglos, con la complicidad de tus padres, que te pusieron en sus manos.

Somos tan hipócritas que aparentamos saber lo que queremos cuando en realidad estamos vacíos, tan hipócritas como para escribir cartas como ésta:

Mi querida, por ti cruzaría los desiertos más inhóspitos, escalaría las montañas más altas y cruzaría los mares más violentos. Pasaré a verte el lunes, si no llueve.

Muy pocos seres humanos conocieron el amor, no esa cuestión biológica que tú crees amor, y que se va cuando el animal está harto, y a esos pocos seres humanos les debemos la sabiduría. Cultiva tu ser y florecerá el amor, que es una experien-

cia espiritual, no una experiencia física. El amor es una recompensa por habernos animado a entrar en nuestro templo, por eso al amor sólo lo conocen los místicos, difícilmente los poetas que sufren lo que es una fiesta, que confunden al amor con la morena que de vez en cuando sale al balcón.

El amor es Dios, por eso no creo que condene a nadie, entonces no tiene sentido la ley, ¿qué puede ser necesario después del amor? Por eso, si amo, estoy directamente relacionado con Dios, por eso no necesito sacerdotes, todo mandamiento es pequeño e inútil estando en el amor. Cumpliendo con esto, el resto sobra, y es tan grande el amor que el ego desaparece. El que ama no soy yo, es el amor, que sólo aparece cuando dejo de buscarlo.

Si amas a tu hijo, no lo cargues con tus cadenas del pasado, con tus supersticiones y prejuicios, libéralo de tu locura suicida para que sea lo que tiene que ser, para que se parezca a sí mismo, no lo obligues a mentir lo que no siente, que no sea un hipócrita como tú, que encuentre su centro, a salvo de parientes, maestros, curas y políticos, el centro donde la meditación lo llevará al amor al que tú no te animaste, por eso has vivido en una eterna desdicha, de deseo en deseo, es decir, de fuga en fuga, siempre en la periferia.

Después de la deliciosa comida española, de la mano de un excelente gourmet como Cortez, el Valle de Arán nevado, Sorolla en el Thyssen Bornemisza y Don Giovanni en el Teatro Calderón, vuelvo a Buenos Aires poco antes de la Navidad que, para un solitario como yo, es un día más. Clinton está tan aburrido y tan desesperado por su enjuiciamiento que manda bombardear Bagdad con una irresponsabilidad imperdonable.

Entre Madrid y Buenos Aires recuerdo el sánscrito y el tibetano del Dalai Lama, siempre en movimiento, traducidos al inglés por su atento discípulo, Jinpa, joven monje, en aquellas montañas de Middlesex, una universidad de las afueras de

Londres, hace cuatro años. Oírlo era comprobar la doctrina budista del eterno fluir, siempre apoyado por sus manos, siempre riendo, a veces a carcajadas, siempre reacomodando su hábito marrón. Era un encuentro con cristianos en homenaje a John Main, monje benedictino irlandés, maestro de meditación según la tradición de los Padres del Desierto.

El Dalai Lama, que además de autoridad religiosa es jefe de Estado, era el primero que llegaba cada mañana con sus monjes, con los que meditaba, en silencio, media hora, después leía los Evangelios cristianos y los comentaba desde el budismo, que sufrió tanto castigo a manos de los chinos, que lo obligaron al exilio, a su instalación en el Tíbet, pero al Dalai Lama no le afectan los cambios, es más, tiene el arte de calmar a los demás, principalmente a los nerviosos occidentales, y rescatar las buenas ideas que andan a la deriva, lo que demuestra su atención constante. En su carisma hay algo franciscano, en su apertura cultural, algo de jesuita.

Con tranquilidad, a veces con alegría, explicó las prácticas meditativas del budismo Mahayana, disciplinas que mantienen la conciencia alerta, concentrada. Sin dogmatismos ni sentimentalismos habló de las cimas a las que nos puede llevar el autoconocimiento y la autodisciplina, y cómo se pueden superar los límites de la razón. Dijo que, lamentablemente, los occidentales no nos hacemos tiempo para la meditación, que mejoraría tanto nuestras vidas, y terminó recordando a un amigo suyo, occidental, que fue posponiendo la meditación porque siempre estaba muy ocupado, y al final lo llevaron a ella en un cajón, seguido de un cortejo fúnebre. El propósito de las religiones, dijo, no es el levantar grandes templos sino la creación de templos interiores, dentro de nosotros, llenos de bondad y compasión.

En esos días me acompañaba Janet, a la que le atraían los cultos secretos, los rituales olvidados, el esoterismo y las fuer-

zas ocultas, la excitaban los dioses arquetípicos, y con estos elementos creó un mundo místico en el que vivió con más intensidad que cualquier habitante de la mal llamada realidad. Es indudable: con la poesía reinventamos la esperanza.

Es una locura meterse en la vida de los demás, decía, cuando no logramos comprendernos a nosotros mismos. ¡Que cada uno se haga cargo de sus dudas! Un hombre, no una comunidad, es el autor de las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira, que inspiraron a tantos pintores de nuestro siglo, como por uno solo tenemos el budismo, el Quijote y el psicoanálisis, sólo de a uno el hombre es útil a los hombres.

Nada tan real como los mitos, que desvelan una realidad que no pueden alcanzar, totalmente, la ciencia y la filosofía. La realidad es demasiado profunda para la lógica, al fin y al cabo todas son metáforas, algo que pretende representar lo que no se puede representar, como la guerra, que era el deporte preferido de los reyes. Nuestra curiosidad no se quería perder nada, por eso, con Janet, íbamos de Osho, un alma gemela, a los Koans del zen, desde Alan Watts hasta el impresionismo, desde los tarahumaras a la estética egipcia y las disciplinas de la Judía, desde los rituales del amor a la ética de la Guerra, desde los vagabundos a los astronautas. Entre mitos y religiones subíamos y bajábamos de los aviones en busca de arquetipos que no son de nadie, luces a las que se acercan pocos, y mientras íbamos y veníamos cambiaban los paradigmas, por ejemplo se apagaban los años sesenta, que hoy se ven tan revolucionarios porque el dinero transformó a todos en autómatas, en esclavos.

En esos días, Occidente buscaba armonizar con la Naturaleza, pero ahora cada uno es, lo sepa o no, el verdugo de ella, es decir el asesino de su madre, por eso el vacío se agranda en todos. El suicidio comenzó cuando el hombre empezó a sentirse separado de lo que lo rodeaba, algo aparte de la Naturaleza, superior a ella, y en esa guerra suicida, el dinero

ocupó el lugar de Dios, entonces la vida, que es una fiesta, empezó a verse como trabajo, y la obligación acabó con todos los fervores, es decir, desapareció la alegría, que cuando aparece, en los carnavales o los campeonatos mundiales de fútbol, es tan compulsiva que es preocupante porque siempre está lindando la violencia.

Con Janet terminamos nuestro peregrinar en las Marquesas, docena de islas volcánicas a las que los nativos llaman The Henna Henata (tierra del hombre), uno de los lugares más remotos y bellos del Pacífico donde decidió pasar sus últimos años Ganghin con su amante de catorce años, que era una nativa, lo que aterrorizó a los vecinos, donde constantemente nos contaban historias de caníbales y conquistadores. Son islas cercanas al ecuador, más calientes y húmedas que Tahití, islas que fascinaron a Melville, que las visitó en su juventud (antes de Moby Dick), donde las mujeres se visten de blanco y gustan de los sombreros de alas anchas y los collares con flores, donde los hombres se tatúan los brazos y las casas son de madera, donde se protegen de los mosquitos con aceite de coco.

Aparte, única manera de preservarse, me dejo alimentar por todo lo que me rodea, al fin y al cabo mi espíritu transformará todo en una experiencia enriquecedora, sea una disciplina como el budismo o una fuga de domingo como el fútbol. Los brasileros lloraron mucho en el último mundial porque festejaron antes, y toda anticipación trae decepción, en tanto todos los franceses festejaron lo que sólo jugaron once.

Sin maestros ni principios voy hacia mí mismo, hacia lo interior, donde está lo esencial, que es multidireccional, y en ese revolucionarse está la liberación. A diez mil metros de altura, y escuchando a Ovorak, vuelvo a encontrarme con Bodhidharma, el monje indio que llevó el budismo a China hace quince siglos, es decir, el primer patriarca zen. Este encuentro es otra cita que tenía prevista el monarca que nos

puebla y nos rodea, el que decide todo tan misteriosamente que lo creemos azar, y lo extraordinario es que hasta el mínimo acto o pensamiento tiene que ver con el Universo, es decir, con la totalidad, lo que confirma que nunca vinimos a la vida, que siempre estuvimos en ella, donde crecemos constantemente, donde nuestra conciencia va de cuerpo en cuerpo en busca de la perfección, que beneficiará a los girasoles y las estrellas.

Todo vuelve a sucedernos para que lo mejoremos, lo que parece rutina es una manera sutil de avanzar, y si todos somos parte de todo, nadie es forastero y todos somos peregrinos. El Universo toma conciencia de sí mismo cuando cada uno de nosotros toma conciencia de sí mismo, por eso nuestra distracción hace estallar galaxias.

Es tanto nuestro poder que se hace realidad lo que pensamos. Yo pensé cantar, y ese cantar me lleva por el mundo, me permite ver, por ejemplo, esta cordillera nevada, conmovedoramente brillante a mediodía, y nada es locura, todo es revelación.

Alrededor se habla mal, por eso las relaciones son malas, y los temas son pobres, por eso son pobres hasta los que parecen ricos. La tecnología ayuda tanto como envenena y los medios de comunicación adormecen a las neuronas, por eso los políticos, marginados de la cultura, son los protagonistas. Me veo a mí mismo saliendo ahora mismo de la casa de mi madre, entonces tengo nueve años, veo mis ojos nuevos de no entender la vieja vida. Me veo a salvo de la sociedad en la biblioteca, en la pequeña biblioteca que alberga a los grandes que me gritan desde el fondo de los tiempos, desde todos los costados de la Historia, me veo sufriendo por mi madre, que no sufría, que no podía sufrir porque era un suicidio quedarse quieto, y ella quería vivir, y ella quiere vivir. Por eso la veo contenta cuando canto en ese lugar sombrío donde nadie me escucha hasta que uno me escucha, justo el uno al que respetan todos.

En la first class de los aviones siempre me encuentro con Sammy, al que nada le da más placer que ser desvalijado, culpa de un ladrón con conciencia. Por eso, cuando tiene unos días libres, corre a Las Vegas. Sueña quedarse con el león de la Metro. Cuando se duerme, el cerebro hace fuerza porque quiere salvarse de esa cabeza que ni la calvicie logró hacer respetable.

Con el pretexto de informar, es dueño de unos cuantos medios de comunicación, se metió, es decir, se apropió porque dejó a sus periodistas dentro, del Congreso argentino, del Palacio de la Moneda chileno del PRI mexicano, del PSOE español, del gobierno cubano en el exilio y de otras abstracciones que son realmente peligrosas, como la FIFA y el Fondo Monetario Internacional. Alguna vez me compró la grabación de un concierto mío para no compitiera con un artista de él, que hizo un repertorio con los papeles que yo tiraba.

Sammy anda por todas partes por si alguno se distrae, pero tiene una virtud: concreta lo que otros piensan, a su lado, Van Gogh no hubiera muerto pobre, y en esto se parece a Picasso, que robó mucho pero mejoró todo.

La mujer de Sammy sufre puntualmente, y esto lo confirma el que llora todos los días a la misma hora, como los pocos cantores de tango que tienen trabajo. El hijo de Sammy pasará por Harvard, después se hará millonario y terminará jugando golf con algún presidente sudamericano.

Alguna vez la cerveza nos llevó, a Sammy y a mí, de Joyce a las mujeres en aquel pub de Dublín donde nos reencontramos con Olaff, que estuvo muy cerca de Samuel Beckett. En esos lugares, generalmente, se habla de perros, de zorros y de caballos, de increíbles hazañas en los mares y de monstruos que hace siglos los inquietan, y cuando hablamos de mujeres, fatalmente, aparece Norah, que andaba a la deriva por las oscuras aguas de Lacan, que la llevaron a la isla desierta en que me

había convertido la muerte de Barbra, y me pobló de tal manera que me creyeron el Paraíso. Norah era Shiva cuando me abrazaba porque yo sentía más de dos brazos.

Por ella volví a escribir, por ella que, alrededor del fuego y entre café y café, me excitaba leyéndome a Rinband, a Rilke, a Shaw, a Chesterton y a Bradbury, para el que el Mexicali de antes era como un perro viejo tendido en el polvo y lo recuerda con un circo de una sola pista al lado, un circo que se debe haber perdido en el tiempo, como todos los circos, y con él la mujer pequeña que freía tacos y vendía entradas y tocaba tambores y bailaba sobre el camello, que era la mariposa de Berlín y la reina de Saba, y que seguramente conducía el viejo camión que se debe haber perdido en el caliente desierto donde de vez en cuando aparece un pueblo con más perros que gente, con más grillos que almas, pueblos adonde no volverán los jóvenes que se fueron adonde haya algo que hacer, alguien con quien hablar y pelear y tener hijos y, si Dios lo quiere, aire acondicionado y un automóvil de cualquier marca y del año que sea.

Sigo viendo a Norah en la ventana del restaurante chino, tan blanca dentro de su sombrero negro, demasiado francesa para Mexicali, el de ahora, cincuenta años después del Mexicali de Bradbury pero con el mismo calor sobre el mismo polvo, con la misma nube sobre la misma plaza de toros pero con otro circo que terminará corriendo la misma suerte porque hoy, al lado de la televisión, todo es incómodo, y, ¿qué puede sobrevivir en un desierto donde no estaba previsto el ser humano, y menos aún si es malabarista o payaso?

Sigo gozando a Norah, tan Hokusai en la mano derecha de atizar el fuego, tan Vermeer en la mano izquierda de reordenar las flores en el jarrón, tan Modigliani en el cuello, tan Degas cuando se inclina, atenta a cada grano de arroz como yo a ella, a la que veo algo triste, nacida para estar sola para que la goce-mos todos. Todas las noches sueña con la muerte, y a la maña-

na tiene el cuerpo lleno de golpes. Ahora la veo dándole felicidad a cualquiera pero de lejos, como los libros de Flaubert y las óperas de Verdi, la veo Rendir en la cena francesa del Toyoacán mexicano.

La gente que me espera siempre es la misma, aunque tenga distintas caras y distintos nombres, y ésa es una hazaña que sólo consiguen las canciones, por eso la armonía de desiguales sólo es posible en un concierto, donde sienten lo mismo ricos y pobres, buenos y malos, donde todos son lo que yo quiero ser, donde todos están de acuerdo con lo que soy.

En la ciudad de México me encuentro con una muestra del norteamericano Lichtenstein, que desde su aparición en los años setenta ama las banalidades, alto representante del pop art, compinche de Andy Warhol en representar el mundo del consumo, en mil novecientos sesenta y uno, Lichtenstein expuso una imagen aislada de una historieta, y allí descubrió la trama de puntos que lo hace tan reconocible.

Estaba en todas partes y hacía todo, desde los vestidos de novia a los pasteles de cumpleaños, siempre sonriendo y con una flor en el pelo, la primera que encontraba al levantarse, muy temprano, por supuesto. No sólo se abanicaba en los sofocantes veranos sino que también abanicaba a quien tuviera cerca, aunque no lo conociera, modelaba arcilla, pintaba casas, tejía suéteres para los viejos del asilo, y todo cantando las canciones que aprendió de su abuela, que vio cómo la gente de Pancho Villa se llevaba el piano de su casa, al que abandonaron en la mitad de la calle porque era muy pesado para arrastrarlo.

Entre una tarea y otra, preparaba tacos para el primero que pasara por su casa de puertas y ventanas abiertas, ante la sorpresa de las vecinas que nunca supieron en qué momento llegó al pueblo para cambiarlo todo desde esa casa de madera que estuvo tanto tiempo abandonada y que de pronto estalló en jarrones azules y amarillos, y sillones floreados, y mesas y sillas

talladas al estilo de las piedras mayas, y las grandes cabezas huecas y pájaros que entraban y salían con la alegría más grande que se había visto en el pueblo. Era como si esta mujer viviera con Laurel y Hardy, o visitada constantemente por Marcel Marceau y el principito de Antoine d'Exupéry, era imposible pensar que vivía sola y no con Walt Disney, tanta era la dicha y la creatividad que irradiaba, tanto que todos pensaban que iba a volar cuando se le diera la gana y, por supuesto, todos los hombres del pueblo se enamoraron de ella, y estaba claro: se escapaban de sus trabajos para verla jugar con todos los gatos del barrio, que la adoraban porque era el único ser humano que estaba todo el día con ellos. Los domingos, en lugar de ir a la cancha de fútbol, iban a verla salir de Templo porque parecía la única que había comulgado con Dios pues salía radiante, como cuando bajaba con su bicicleta del Cerro Mayor, como cuando cruzaba el valle verde con su caballo negro. Entonces, las mujeres del pueblo tuvieron que cambiar, es decir, tuvieron que dejar ver algo de sus senos, cantar por la calle, bailar en la plaza, dejar pasteles de chocolate en la ventana para cualquiera que pase, amar a Dios, no temerle, ir al templo a agradecerle, no a pedirle ni a reprocharle nada porque todo le pertenece, entonces sólo nos queda gozar sus maravillas, que es lo que hacía esta deliciosa mujer que, por esas cosas de la vida, era mi abuela, señor Cabral.

No hay mensaje más grande que la perfección porque en ella sólo puede estar Dios.

Nuestro presente es el pasado de ellos, los vecinos del espacio (yo viajo, tú viajas, ellos viajan, todos viajamos, entonces todos somos de todas partes). Hay algo afuera del todo que lo mueve todo, grandiosa, maravillosa, apocalípticamente, algo que nos quiere vivos ahora mismo, por eso nos dio el poder de olvidar porque no podemos parar.

Te pregunto: ¿Qué conseguiste con tanto miedo y corriendo tanto? Sólo perder el tiempo, el esencial, el de vivir plenamente el presente, y crear monstruos, úlceras y tumores, dictadores y esposas nocivas. Tu miedo le sale caro a todos porque necesitas soldados, policías, guardaespaldas, políticos, economistas, psicoanalistas, tu miedo paraliza a los que te rodean y hace perder al equipo de fútbol de tu país, entre muchas cosas. Lo que piensas sucede, y piensas lo peor, por eso sólo te sucede lo peor (imagina lo bueno porque lo que uno quiere, a la larga o la corta, sucede).

Algo tan misterioso como cálido se metió en mi esqueleto y me afirmó todo lo que me rodeaba: Dios.

Sin saberlo, destruimos todo para aumentar las montañas de basura que rodean a las ciudades, es un suicidio colectivo o un loco y gigantesco acto artístico, el sùmmum de la fragmentación, que es la manera de hoy: un poco de algo para pasar rápidamente a otra cosa. Papeles, cartones, plásticos, latas y alambres debajo de las luces de neón, como un Duchams desafortado, algo que hubiera fascinado al Bosch y a Brueghell. Son un paisaje constante que vemos desde los automóviles, los trenes y los aviones cuando suben o bajan, y a esto hay que sumarle los cables para que recordemos a Pollock y a Giacometti, y los cementerios de automóviles para que recordemos que todo lo que costó algo terminará valiendo nada.

Los suburbios de las grandes ciudades son campos de concentración donde la gente se encierra sola y muere sola, como que naciéramos con la orden de destruirlo todo, y morir lo antes posible en esa tarea, lo que quiere decir que nuestro éxito es un fracaso, hasta apretamos botones que nos facilitan todo pero nunca estamos cómodos, que nos ahorran tiempo que nunca utilizamos para vivir. Alcanzamos todo rápidamente y rápidamente lo abandonamos, nada nos conforma, y no sé si esto es bueno o malo, como si Dios se hubiera cansado de noso-

tros o tuviera grandes planes, tal vez el destino humano es sólo buscar y buscar, y por el solo motivo del movimiento, y tal vez ése es el destino del Universo. Y esto es tan sombrío como excitante, Bradbury me cuenta que las venas de los brazos de su vecina de asiento en el avión son ríos de tinta azul.

Todo lo que nos rodea parece una fantasía de la mente porque no tiene sustancia, cuerpo, está ahí porque sí, y ¿por qué no? Le sacamos más provecho a la Tierra o la transformamos en un páramo inhabitable, cada vez envenenamos más, y por eso cada vez vivimos menos, vamos a la luna pero no conocemos al vecino, esa diversidad somos, por eso nunca funcionó la igualdad, por eso la estadística es una ilusión.

Decía Alan Watts: Le han metido tantas vitaminas a nuestras verduras, frutas y panes que han dejado de ser alimentos para ser medicinas. Creemos que la solución es acumular más y más, por eso el país parece el cuarto de juegos de un niño mimado que tiene demasiados juguetes, por eso se aburre y los tira enseguida.

Todo lo que hacemos se convierte en dinero, es la meta, con el que compramos lo que terminará siendo basura, y lo que le tememos al presente, que es donde nos sucede la vida, hacemos todo lo posible para lo imposible: tomar más espacio y escapar al futuro con el pretexto del progreso, que es una fuga creativa porque nos permite por ejemplo, hacer el Concorde o poner un aparato para que estudie el terreno de Marte. O Internet, algo que nos comunica con todo para nada, que nos evita la búsqueda, maravillosa aventura que nos crece, y como si esto fuera poco, todo lo que hacemos es por obligación, no por amor, lo que quiere decir que nos estamos estafando constantemente, con tanta culpa que permitimos que cualquiera nos estafe, y al final del día, en la realidad, en lugar de la vida nos espera una realidad virtual, electrónica, que al fin y al cabo nos salva de la mujer con la que ya no tenemos de qué hablar.

Distraídos en este simulacro, vamos de la cuna a la tumba sin pasar por la vida, plétórica de cataratas y tiburones, de amores que son maravillosas hogueras de una noche, de música y literatura, de riquísimos diálogos con el otro que llevamos dentro, de chamanes y escultores que nunca sabrán porqué saben lo que saben, de conejos negros jugando sobre la nieve y de caballos blancos llevando mujeres morenas hacia campos dorados.

A esas cosas, es decir, a la vida, la vemos pasar por la pantalla del televisor mientras comemos algo que no tiene sabor, que es sólo una bola desabrida por las vitaminas que nos mantienen fuertes para seguir haciendo lo que odiamos, para que nuestros hijos puedan estudiar donde nosotros estudiamos, “para que tengan un porvenir”, es decir, para que sean tan cobardes, falsos y desdichados como nosotros, para que siga la farsa ¡por los siglos, amén!

El televisor es lo único vivo en las noches de las ciudades, y enfrente muchísimos individuos aislados unos de otros, individuos que conforman una multitud ciega y sorda, irresponsable, que al ser mayoría elige, para completar el suicidio, al hombre que dirigirá al país. Un hombre que se les parece, es decir, un muñeco de plástico, tan impotente que, para distraerse, quiere gobernar todo lo que pueda, y todo esto con la colaboración de los que tienen más dinero, es decir, más miedo, que por ambición, que es lo único que tienen, terminan empobreciendo y desilusionando aún más a la multitud.

Lo que llamamos sociedad no es una sociedad, son individuos amontonados por miedo a la soledad en ciudades que odian, y esto lo confirma el hecho de que, cuando hay algunos días de vacaciones, todos corren al campo, a las montañas, al mar. Es más, los que tienen algo de dinero viven en countries, que son simulacros de campo, afuera de las ciudades y con

casas un poco más separadas, pero tan faltas de alegría como los apartamentos del centro de las ciudades.

En Oriente te felicitan cuando comprendes que eres parte de Dios, cuando superaste la ilusión de la materia, que te hace sentir aparte de la totalidad, pero en Occidente pocos te perdonan la consciencia de ser parte de Dios, fácilmente te diagnostican delirio místico o te llaman blasfemo, como los judíos a Jesús.



Este libro no es otra cosa que, el cálido homenaje que el pueblo de Ibi (Alicante) España, le quiere rendir al maestro Facundo Cabral, añorando lo que supuso su paso por nuestra ciudad, el pasado 30 de abril de 2006, en el que, con su concierto, “Terriblemente sólo..... Maravillosamente libre,” supo cautivarnos.

ÍNDICE

1. Introito.....	5
2. Prólogo.....	11
3. Las confesiones de Cabral.....	21
4. Sensaciones inolvidables.....	53
5. La magia de Facundo Cabral.....	79

